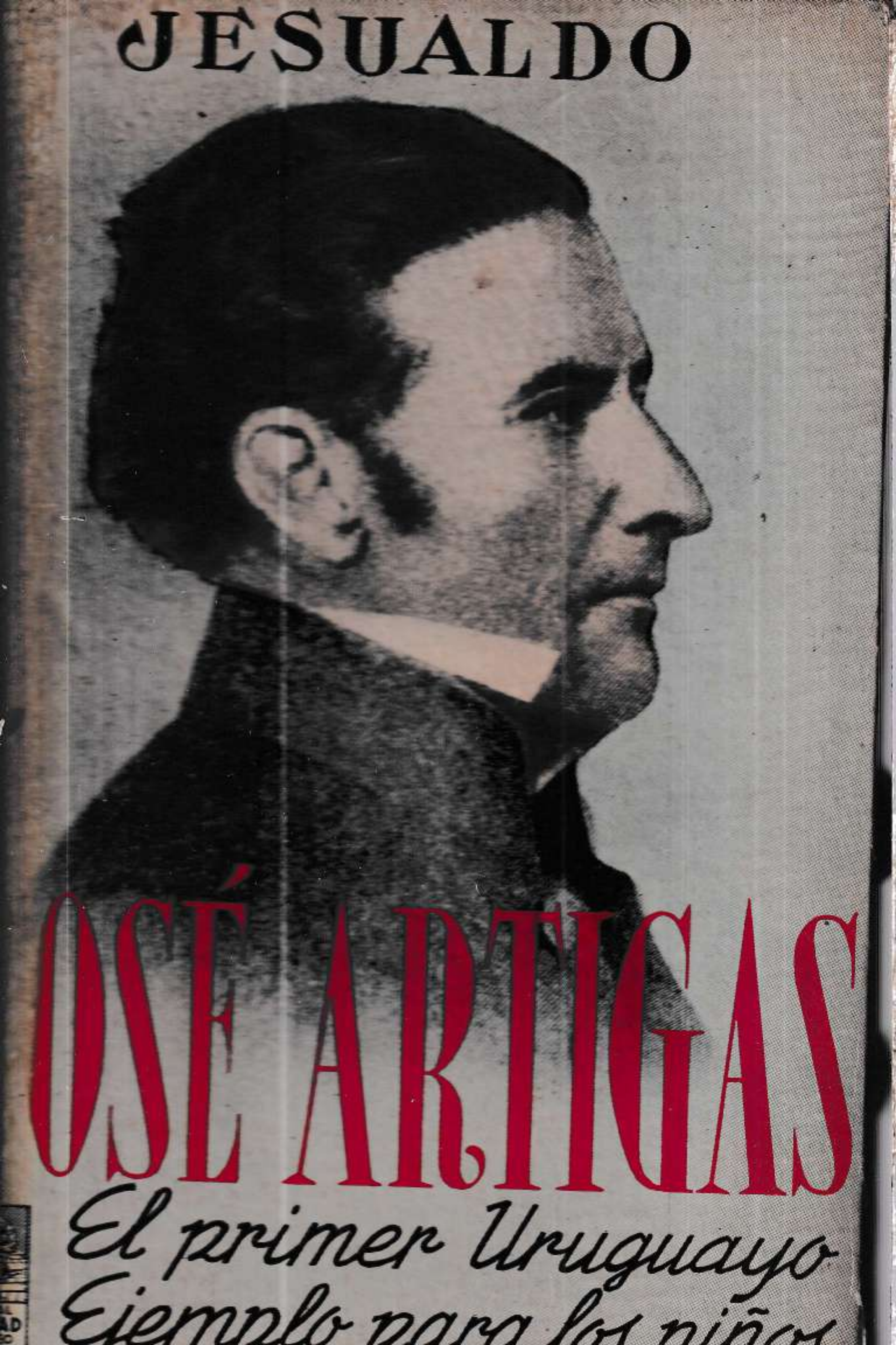

JESUALDO
OSÉ ARTIGAS
El primer Uruguayo
Ejemplo para los niños

BIBLIOTECA DE ESCRITORES URUGUAYOS

UNA PUBLICACION ESPECIAL DE LA EDITORIAL CLARIDAD S. A. RIOPLATENSE

OBRAS PUBLICADAS Y EN PRENSA:

Vol. 1. Artigas. — Del Vasallaje a la Revolución, por Jesualdo. La más completa y documentada biografía del fundador de la nacionalidad uruguaya. 1 tomo de 580 págs., con numerosas láminas fuera del texto .... $ 3.00

Vol. 2. El Dictador Latorre. — Retrato del hombre y crónica de la época, por el Dr. Juan León Bengo.a Un tomo de 256 páginas .... $ 1.50

Vol. 3. Exposición de la Poesía Uruguaya. Desde sus orígenes hasta 1940. Compilada, clasificada y presentada por Julio J. Casal. Un tomo de 768 páginas $ 3.00

Vol. 4. Manual de Historia del Uruguay, por el Dr. Lincoln Machado Ribas. (En preparación) .... $ 3.00

Vol. 5. Movimientos Revolucionarios en las Colonias Españolas de América, por el Dr. Lincoln Machado Ribas. Obra premiada por la Academia Nacional de la Historia de Venezuela. Un volumen de 256 páginas .... $ 1.50

Vol. 6. Las que llegaron después, por Paulina Medeiros. Novela dedicada a las mujeres de hoy y a las que esperan el porvenir. Un volumen de 300 páginas .. $ 1.50

Vol. 7. Arca de Noé, colección de Fábulas y Apólogos. Libro auxiliar para "Cultura Moral", por Carmen Izcua de Muñoz, con prólogo del Dr. Víctor Pérez Petit. Un tomo de 216 páginas, ilustradas .... $ 1.20

Vol. 8. Proceso Intelectual del Uruguay y Crítica de su Literatura, por Alberto Zum Felde. Un volumen de 650 páginas encuadernado en tela .... $ 4.00

Vol. 9. Panorama de la Poesía Gauchesca y Nativa del Uruguay, desde Bartolomé Hidalgo hasta nuestros días, selección y prólogo de Serafín J. García. Un volumen de 320 páginas .... $ 1.20

Vol. 10. Infancia, Adolescencia, Juventud. Normas para los padres y educadores, por el doctor Isidro Más de Ayala. Un volumen de 200 páginas .... $ 1.20

Vol. 11. Panorama del Cuento Nativista del Uruguay, selección, prólogo y notas de Serafín J. García. Ilustraciones de Julio E. Suárez. Un volumen de 320 páginas .... $ 2.00

Vol. 12. La granja cooperativa, por Epimenio Bachini .. $ 1.20

ESTOS PRECIOS SON EN MONEDA URUGUAYA

EDITORIAL CLARIDAD S. A.
Director General: ANTONIO ZAMORA
Oficinas: COLONIA 1164 — MONTEVIDEO
Dirección Central: SAN JOSE 1621/45 — BUENOS AIRES

Jesualdo

Beatriz Amézaga

JOSE ARTIGAS

El Primer Uruguayo, Ejemplo Para los Niños



EDITORIAL
CLARIDAD
MONTEVIDEO

Este libro ha sido impreso en papel fabricado en el país, por la "Pamer. S. A.", especialmente para la EDITORIAL CLARIDAD, S. A.

Derechos reservados para toda la América Latina.
Impreso en el Uruguay. — Printed in Uruguay
Copyright by Editorial Claridad S. A. in 1944

Advertencia sobre esta edición

No sé cuanto éxito alcanzaré con esta edición reducida y adaptada a la mentalidad del niño, de mi **Artigas** de 1940, yo que acabo de publicar todo un tratado sobre ética, estética y psicopedagogía de la literatura infantil. No dejo, pues, de advertir mi enorme responsabilidad en este trabajo, en el cual muchas de las páginas que se me antojaban aún oscuras o difíciles al entendimiento del niño, fueran escritas varias veces, para ajustarlas a su comprensión, luego de críticas colectivas realizadas por los niños de mi barrio, acaudillados por mis propios hijos, lectores exigentes. Discutí muchas veces con los niños, incluso sobre simples palabras, todo lo que me sirvió para acrecentar mi experiencia sobre esta materia y ratificar mi criterio, expuesto muchas veces, de la enorme dificultad —y por ende responsabilidad— de escribir para los niños. Pienso que en ediciones siguientes, y gracias a las observaciones que espero recibir de mis pequeños lectores en especial, siempre mis grandes maestros, iré ajustando esta biografía histórica, hasta alcanzar totalmente el interés de los niños, trabajo difícil porque si trasciende el imaginismo puro de cierta etapa, no alcanza a un objetivismo puro, como ha de ser esta etapa del relato histórico que lo nutre en la etapa siguiente al **robinsonismo.** Todo esto dicho en cuanto a la forma y la expresión empleadas.

En lo que se refiere al contenido histórico, quiero advertir también, que al adaptar toda la biografía anterior en sus citas, documentaciones y novela, sobre bases reales, para hacerla totalmente comprensible, evité intencionalmente el tratamiento de determinados aspectos históricos, en especial aquellos relacionados con la vida personal de nuestro grande y querido Héroe, por creer que no agregaban nada para su mejor conocimiento y respeto, ya que determinados aspectos de la vida del individuo, no entran en la zona comprensible de la mente infantil. El libro considera, no obstante, toda su historia, sin que escape de su análisis ningún acontecimiento importante; es más, no se han excluído siquiera algunos, como el conocimiento de su Constitución de 1814 —que no lo tratan los historiadores en general—, por entender que el niño debe ir familiarizándose, desde los bancos de la escuela, con la extraordinaria visión político-

administrativa de Artigas, nuestro primer y esclarecido uruguayo.

Al agradecer la posibilidad editorialista de la difusión de la personalidad de nuestro gran Jefe en toda América, en una nueva versión al alcance de los niños, espero haber cumplido con el pedido de muchos maestros para que realizara este trabajo, así como el de mis propios hijos y sus amiguitos, que siempre encontraban "muy gordo y difícil" mi anterior libro documentado.

JESUALDO.

Montevideo, 22 de febrero de 1944.

I

HISTORIA DEL ABUELO DE JOSE ARTIGAS

1 — Quién era y de dónde venía.

Quiero empezar por contarles la historia del abuelo de nuestro héroe José Artigas. La historia del primer Artigas que vino a América allá por los años de 1716, junto con otros soldados que España enviaba para colonizar estas tierras. Se llamaba Juan Antonio y era nativo de una aldeíta pintoresca llamada Puebla de Albortón, cercana a la capital del reino de Aragón, en donde había dejado a sus padres. Era Juan Antonio un recio mocetón, de nariz un poco picuda y apenas si sobrepasaba los veinte años de edad en el momento que llegó a América.

Sus bisabuelos y sus abuelos habían sido guerreros, porque éste era el oficio más importante para las gentes de alguna nobleza como la familia Artigas, que hasta tenía escudo de armas atravesado con encinas; del nombre de este duro árbol tal vez proceda una parte del apellido: **arti.** Pero los padres de Juan Antonio prefirieron cambiar la dura profesión de la guerra, por la de pacíficos labriegos aldeanos. Juan Antonio, sin embargo, joven lleno de bríos, no entendió de la misma manera que sus padres la suerte de los Artigas y prefirió, desde temprana edad, enrolarse en los ejércitos aragoneses que peleaban por imponer un Rey a España. De este modo, reinició el viejo oficio de sus abuelos y de sus bisabuelos.

Cuando terminaron las guerras en las que Juan Antonio Artigas había participado como un soldado del Rey vencedor, con muchas experiencias ganadas en diversas batallas, decidió emigrar a estas tierras, como ya lo habían hecho tantos otros compañeros de armas. De Amé-

rica se contaba en las aldeas españolas tantos cuentos y leyendas, que todos pensaban que ella sería el paraíso del mundo. Además, en España, las condiciones de vida para los pobres habían variado mucho desde hacía algunos años. Ya no existía aquella vida abundante de la gran España de los descubrimientos y las conquistas. Pocas personas, muy poderosas, se habían adueñado de cuantiosas fortunas; se habían extendido sobre todas las tierras y se negaban a considerar al trabajo como un oficio honroso. Esa situación de la península había creado una gran masa de habitantes miserables, desocupados y **pícaros,** que comenzaron, desde entonces, a realizar una muy penosa existencia. Quienes poseyeran alguna fortuna, como no la hacían producir con el trabajo, la fueron perdiendo poco a poco hasta quedar en la más absoluta pobreza, fueran nobles o villanos. Esas eran, en general, las condiciones de España en los principios del siglo XVIII, época en la que emigró a nuestro Continente, Juan Antonio Artigas.

Los Artigas, aunque habían sido guerreros de alguna importancia, eran de cuna más bien humilde y tenían en ese pequeño pueblo de Albortón, muy escasas propiedades: apenas si las suficientes para vivir con algún sacrificio. Juan Antonio pensó que no había de quedar en esa villa, sin medios para progresar, apegado a las viejas costumbres aldeanas, cuando las colonias necesitaban tantos brazos jóvenes y fuertes. Además, todos los mozos como él, tenían deseos de otros mundos. Por eso fué que, de vuelta de su campaña como soldado, Juan Antonio comunicó estos pensamientos a sus padres, quienes, a pesar de entender lo arriesgado que era atravesar el siempre temible océano, diéronse cuenta sin embargo de las razones que asistían a su hijo, este muchachote al que todos le reconocían como muy perseverante. Y un día, mozo saludable aunque sin saber leer ni escribir, Juan Antonio Artigas partió para América. Venía muy confiado, y este Continente se le ofrecía como una conquista nada despreciable. Llegó en el correr de 1716, en un velero que atracó en las tristes y apenas dibujadas costas de Buenos Aires.

2 — Buenos Aires, la Colonia y la lucha con los portugueses.

Artigas apenas si conocía de nombre esta ciudad de Buenos Aires que había sido fundadada por el valiente capitán Garay. En el momento que llegó, Buenos Aires era el centro más importante de la colonización española en el Río de la Plata. Le pareció a Juan Antonio una ciudad llena de soledad, con sus casas bajas aunque de azoteas, todas muy iguales y monótonas. Poco más de cinco mil habitantes vivían apeñuscados alrededor del Fuerte, núcleo denso que iba clareando hacia las afueras. Casi lo único que sobresalía en esta ciudad chata eran las cúpulas y campanarios de las iglesias y parroquias existentes.

Tan pronto como desembarcó Artigas se dirigió al Fuerte en donde sentó plaza como simple soldado. Muy poco tiempo después de su llegada, arribó también a Buenos Aires, nombrado nuevo gobernador, Bruno Mauricio de Zabala, un joven y emprendedor militar que, por valiente, ya había perdido una mano en honrosa acción de guerra.

En ese entonces, los territorios que forman nuestro país, la **banda oriental** del río Uruguay, estaban unidos con los de la otra banda en una sola región y tenían un mismo gobierno dependiente de España. Constituían la Gobernación del Río de la Plata, más tarde Gobernación de Buenos Aires, y estaban bajo el dominio del Virreinato del Perú. Esta Gobernación actuaba más sobre la región de los grandes ríos, que sobre las inmensas extensiones de territorios interiores, las que, en realidad, estaban totalmente abandonadas en sus cuatro punto cardinales.

El mayor trabajo de las autoridades españolas colonizadoras, no era solamente el de cuidar que ningún extranjero se adueñara de estas comarcas, sino también el de vigilar las cuantiosas vacadas y caballadas que las poblaban, para que no fueran robadas por piratas, faeneros y mamelucos, portugueses y franceses principalmente, que merodeaban estas costas en procura del cuero y del sebo de los animales. Estos eran los dos principales productos

del Río de la Plata que servían al comercio de los traficantes.

Cuando Juan Antonio Artigas llegó a Buenos Aires, los españoles estaban justamente empeñados en rescatar de manos de los portugueses, a Colonia del Sacramento, pequeña y muy activa población costera sobre la banda oriental del Río de la Plata, la que había sido fundada por el portugués Manuel de Lobo en 1860. Este la fundó, en nombre de su Rey, alegando que esa margen del río pertenecía a Portugal. Pero la verdad es que ellos necesitaban, en esta margen, de un puerto que les sirviera de embarcadero de los productos que faenaban ocultamente, y de desembarcadero de las mercaderías que querían introducir sus aliados los ingleses hacia el interior de la América, especialmente al Alto Perú. Esas ricas regiones que no podían comerciar con ningún país que no fuera España porque así lo imponía esa nación, atraían, desde mucho tiempo atrás, el interés de los demás mercaderes europeos. Para aquel comercio fué que los portugueses, impulsados por los ingleses, fundaron Colonia del Sacramento. España protestó contra esa apropiación indebida de su territorio, y como los portugueses se hicieron sordos al reclamo, el Gobernador de Buenos Aires dió comienzo al sitio para desalojarlos. A muchas luchas, sitios, asaltos y tratados, durante casi un siglo, daría lugar esa pequeña población que fuera llamada por los diplomáticos de Europa, la **manzana de discordia.**

En las expediciones que vinieron a luchar contra los portugueses de la Colonia, alguna vez vino también Juan Antonio Artigas. Como también vino en algunas de las excursiones que persiguieron al famoso pirata francés, Moreau, que pagó con su vida sus arriesgadas empresas aventureras, uno de los tantos faeneros que hacían competencia a los portugueses en nuestras costas.

3 — El abuelo vino con Zabala a fundar Montevideo

Más tarde, como los portugueses insistieran en establecerse en otros puntos de la costa, como en Montevideo, Zabala, a insistencias del Rey de España dispuso que se

fundara un fuerte en la magnífica bahía de Montevideo. Este fuerte serviría al mismo tiempo como vanguardia defensiva de estas tierras, para alejar definitivamente a los portugueses de ellas. Con el fundador Zabala vinieron los primeros vecinos estables con familia. Entre ellos, Juan Antonio Artigas, que se había casado con una criolla de Buenos Aires y de cuyo matrimonio, en el año 1724, tenía ya cuatro hijas.

Recibió como todos los demás fundadores, honras y privilegios de primer poblador, además de tierras y útiles para el trabajo. Algunos años más tarde, Zabala creó el gobierno legalizando la fundación de la ciudad. Al elegir las autoridades para el primer Cabildo que empezó a regir los destinos de la ciudad de 1730 en adelante, Juan Antonio Artigas fué nombrado cabildante a pesar de ser iletrado. Por su honradez y su experiencia desempeñó el cargo de Alcalde de Santa Hermandad, especie de comisario rural que se dedicaba a cuidar la campaña contra los malhechores. Desempeñó este puesto con toda lealtad y el sacrificio de que fué capaz.

Mientras Montevideo fué creciendo lentamente y los acontecimientos se fueron sucediendo, Artigas desempeñó nuevos cargos, activó como capitán de milicias y multiplicó su familia. En 1736 le nació el séptimo hijo que, en recuerdo al primer capitán con quien sirviera en Buenos Aires, le puso de primer nombre Martín. Este fué el padre de nuestro héroe cuya breve historia veremos en el capítulo siguiente.

●

II

HISTORIA DEL PADRE DE JOSE ARTIGAS

1 — Infancia y juventud de Martín José Artigas.

Como los principales trabajos del padre de Martín José eran realizados en el campo: o bien desempeñando alguna comisión real como Alcalde o Capitán, o bien cuidando de sus propiedades que no eran muchas, pero que le alcanzaban para vivir con cierto desahogo, el niño Martín desde pequeño, aficionóse a las correrías. No sería difícil que el propio padre, viendo sus condiciones naturales, lo preparara para sucederle en los difíciles trances de su oficio. Martín tenía un físico fuerte como el de su padre. Era enérgico de carácter, vivaz y despierto de inteligencia, y bien pronto estuvo en condiciones de colaborar eficazmente con el autor de sus días.

Sus primeros recuerdos infantiles databan de cuando acompañaba a su padre, Alcalde Provincial entonces, en las persecuciones que realizaba a criminales y malhechores, que el viejo los arreaba maniatados y los depositaba en el Fuerte, para ser juzgados más tarde. Era éste un cargo para el que se necesitaba tener arrojo y sacrificio y que obligaban al Alcalde a estar muy a menudo en campaña, en servicios del Rey.

Al mismo tiempo que el niño se experimentaba en tales trabajos, en compañía de su padre, concurría con sus demás hermanos a la escuela que los jesuitas tenían establecida en la ciudad desde muchos años atrás. El fundador Artigas quiso que con sus hijos no sucediera como con él, cuando muchas veces se avergonzó al no poder firmar las actas del Cabildo, por no saber hacerlo. Cuando se terminaba la sesión, todos los cabildantes, uno a uno, pasaban a estampar sus nombres en aquellos largos info-

llos que guardaban las resoluciones del gobierno colonial. Pero Juan Antonio Artigas, decano de los regidores, debía quedar sentado porque no sabía dibujar uno de aquellos hermosos y enredados dibujos que hacían sus compañeros de gobierno, y por lo cual el secretario debía dejar la dolorosa constancia: "... **y firmaron los que sabían**..."

Para evitar esto, desde temprana edad dispuso la concurrencia de sus hijos a la escuela que los padres jesuítas tenían establecida en la Residencia. La casa estaba situada en la Plaza Mayor, hoy plaza Matriz, sobre la calle de la Plaza Oeste, justamente en las actuales de Rincón e Ituzaingó. En esa casona, cuadrada y chata, próxima al Caserío de los Negros, recibió con sus hermanos varones, la muy escasa educación, como era la que los jesuítas transmitían, a base de castigos, memoria y oraciones. Pero esa era la única y ellos los que la transmitían.

Martín José creció al igual que los problemas en la colonia y que el desarrollo de Montevideo. De aquel primer núcleo de habitantes venidos unos de Buenos Aires y otros de Canarias, por dos veces, que se habían agrupado en torno de la bahía, se siguió extendiendo el pueblo tierra adentro. Por el año 1747, cuando Martín José, tenía once años, la ciudad ofrecía un aspecto sumamente humilde. La mayor parte de sus casas eran chozas de paredes de barro y techo de quincha de paja, muy pocas de piedras con techos de tejuelas españolas. Las calles andurriosas unían dificultosamente las casas entre las cuales se extendían grandes baldíos, incluso en las inmediaciones de la plaza, o entre las pulperías, tendejones y talleres. La Iglesia Matriz ostentaba ya sus cuatro paredes de piedra y barro.

El gobierno de la ciudad, cada año que pasaba, tenía mayores dificultades en especial por los problemas que creaba el tráfico de cueros y animales. El contrabando de artículos, gracias al cual se surtía la población, ya que España tenía absolutamente abandonadas a su suerte a estas colonias, cada día se tornaba más importante en los negocios coloniales. Las peleas entre los cabildantes, autoridad administrativa de la ciudad, y los comandantes

militares, representantes del poder real, en lo militar, se agudizaban día a día. Por estas razones el pedido del Gobernador de Buenos Aires, que en vano trató de administrar a Montevideo con un teniente de gobernador, tanto como los de la propia ciudad obligaron al Rey a enviar un Gobernador para Montevideo, cosa que algún tiempo después proveyó.

2 — El primer Gobernador que tuvo Monteviedo.

Cuando Martín José tenía dieciséis años, llego a Montevideo Joaquín de Viana, nombrado para el cargo de primer gobernador de la ciudad. Corría el año 1751. Viana era un distinguido militar de la Península que ya venía comprometido en casamiento con una sobrina de Alzáibar, el rico colonizador que se había encargado del transporte de las familias canarias para la fundación de Montevideo.

Entre los muchos problemas que Viana encontró a su llegada, sin duda ninguno fué tan importante como el de la guerra que debía emprender de inmediato contra los indios guaraníes y los jesuítas de las Misiones, para cumplir con lo establecido por uno de los tantos tratados firmados por Portugal, a raíz de sus límites en el Río de la Plata. Se trataba de recuperar, una vez más, la Colonia del Sacramento, de nuevo e npoder de los portu gueses, y entregarles a cambio, toda la inmensa tierra llena de pueblos industriosos y civilizados que se llamaban **Misiones Jesuíticas.**

Martín José, como casi todos los jóvenes de su época, se dedicó al comercio del cuero. Los jóvenes que no realizaban este trabajo, se dedicaban a la milicia, ocupación que fué también la suya, cuando su padre le consiguió del Gobernador una plaza, a pesar de saber de que él, como todos los criollos, no alcanzaría más que hasta el grado de capitán. Esa era una de las tantas injusticias que la Colonia mantenía para quienes habían nacido en estas tierras, que siendo tan suyas, resultaban de los españoles mismos.

Con el Gobernador Viana, no obstante, vinieron otros conceptos de gobiernos. Se desplazó de los puestos públicos

a los que eran analfabetos, terminando, por esta disposición, la limpia ejecutoria capitular del padre de Martín José. Pero éste, ya dueño de cierta educación y los fuertes rasgos heredados, desde muy jóven intervino en el gobierno de la ciudad. Casóse con otra criolla, Francisca Arnal, hija también de españoles fundadores, recibiendo de su padre, en su matrimonio, la dote de una suerte de estancia en Casupá, Florida. Esta tierra fué el principio de su poderío económico, propiedad que se vió aumentada con otra más que su mujer recibió de herencia en el Sauce, Canelones, a cuatro leguas del pueblo de Las Piedras. En ese lugar, más que en la propia ciudad de Montevideo, Martín José Artigas y Francisco Arnal levantaron la casa patriarcal que con el tiempo se llamó en muchas leguas a la redonda, la **Azotea de Artigas.**

El año 1758, encontró a Martín José Artigas apenas con veinticuatro años de edad y ya en el desempeño del puesto de Alguacil Mayor del Cabildo, es decir, el encargado de cobrar por apremio (ejecutar) a los deudores morosos del fisco y a quienes los jueces condenaban a pagar multas por castigo. Mientras trabajaba en sus campos, en el tráfico de la ganadería y en la faena de cuero y sebo, alternaba con las autoridades militares y capitulares de la ciudad ,rasgo éste, entre otros muchos, que caracterizaría la vida de los Artigas.

3 — Cómo era la vida aldeana de Montevideo. en 1770.

Montevideo aumentaba de importancia lentamente. Tenía un espléndido puerto que era la admiración de todos los viajeros que llegaban de los más lejanos lugares. La ciudad ofrecía una vida pacífica, pueblerina y descansada; sólo la perturbaba alguna fechoría de indígenas, o de arriesgados aventureros portugueses, en sus alrededores. Los habitantes eran gente sin prisa y, por lo general, ociosa. La población estaba compuesta por dueños de tierras, comerciantes, regidores y militares, algunos cuantos artesanos y una masa muy grande de esclavos, casi todos negros, que alcanzaba la tercera parte de la ciudad. En las

calles no se veían muchas más actividades que vecinos que cruzaban al tranco de sus cabalgaduras, deteniéndose en las esquinas para echar una prosa sobre los problemas del contrabando, las últimas disposiciones del Gobernador o las novedades de la Gobernadora. A veces los conversadores formaban rueda vecinal, en especial sobre las puertas de los peluqueros y debajo de la clásica bacía que colgaba simbólicamente en lo alto de la puerta.

Contadas eran las tiendas y pulperías que existían, a pesar de que todo el mundo vendía algo, y no se las distinguía de las demás casas por letreros o anuncios. Sus interiores ofrecían, en desorden, colgados de clavos, todo lo vendible, desde los comestibles hasta los trabajos en cuero o las platerías. Los únicos verdaderamente ocupados de la ciudad eran los comerciantes, los artesanos y los esclavos que traficaban llevando grandes bandejones repletos de bollos o empanadas para la venta, o cargando bolsas con carne y hortalizas. Estos numerosos esclavos eran la vida de la ciudad y realizaban todo el trabajo doméstico, mientras los hombres perdían el tiempo, y las mujeres descansaban en sus salas. A cualquier casa que se llegara, se encontraba a la señora sentada, con una estera a sus pies en verano y cubiertas con una piel en invierno, abanicándose o tocando algún instrumento, mientras las infatigables esclavas acarreaban a sus amas el consabido mate.

El pueblo vestía a la costumbre española. Usaba prendas corrientes como el poncho, que lo llevaba desde el señor Gobernador, uno muy corto y liviano, bordado en oro y plata, hasta el último de los esclavos, uno burdo, pesado y largo hasta los pies. Las mujeres se ajustaban corsés blancos, recamados de adornos, mantilla de encaje e iquella blanca y fina, galoneada de oro, plata, seda y velillos que recubrían la cara y bajaban envolviendo sus brazos y sus cinturas.

Así como eran simples sus hábitos en el vestir, herencia del español de vida sencilla, era igualmente todo lo demás de la vida aldeana. Las comidas de abundantes carnes, servidas de muchas maneras distintas, el pan blanco, las confituras y el vaso de vino, todo mezclado siempre

con el infaltable mate, completaban uno de los aspectos de esta vida ciudadana, tan calma que por momentos parecía que incluso se hubiera detenido en ella el tiempo. Especialmente durante la larga siesta veraniega de la que aprovechaban amos y esclavos.

En esta ciudad, Martín José Artigas desenvolvió su vida; acreció sus bienes; actuó en sus funciones de regidor, y, como militar, en incursiones por tierra adentro, en los problemas de la colonia y los portugueses. Su familia siguió aumentando tanto como su trabajo. Su padre, que había seguido firme en la ruda colaboración, como gran conocedor del campo, alcanzó a los setenta años, fuerte y erguido sobre el caballo, sirviendo al virrey Ceballos, que se había propuesto acabar con la famosa manzana de discordia que era la Colonia del Sacramento.

Cuando Martín José pidió al gobernador le concediera nuevas suertes de campo, para trabajar, fué porque su familia se había multiplicado. En los principios de 1764, los Artigas-Arnal tenían una hija ya grandecita, un varón que crecía morrudo para las lidias campestres y esperaban una nueva criatura. El padre no quería que con sus hijos sucediera como con sus hermanos, por el excesivo celo paterno en cuanto a las propiedades reales. Sobre todo cuando ya más de media docena de capitulares y militares, y el propio señor Gobernador, poseían inmensas extensiones de tierra, cuyos límites no se conocían. Martín pensó que cada hijo suyo que naciera, debería venir con un pedazo de tierra debajo del brazo, porque los tiempos se venían poniendo cada vez más difíciles, especialmente para los que eran criollos. . .

●

III

NACIMIENTO E INFANCIA DE JOSE ARTIGAS

1 — Su nacimiento bajo el gobierno de de la Rosa.

El tercero de los hijos de don Martín y doña Francisca nació el 19 de junio de 1764 y fué anotado con el nombre de José Gervasio. Su nacimiento figura en el Libro I de Bautismos de la Catedral, lo que hizo suponer, con mucho fundamento para algunos, que su nacimiento se efectuó en Montevideo y no en la Azotea de los Artigas, en el Sauce, como se creyó y se sostuvo por mucho tiempo. Era lógico que se pensara que había nacido en el Sauce, pues en esa estancia pasaban los Artigas-Arnal la mayor parte del año. En ella, como vimos, su padre aumentaba su ganadería y realizaba la mayor parte de los trabajos de campo.

Justamente en este año que nació el que sería nuestro futuro héroe nacional, Montevideo había recibido el nuevo gobernador que sustituyó a Viana, Agustín de la Rosa. Traía este segundo gobernador, privilegios idénticos a los de su antecesor, pero nuevas y más duras formas para aplicar el gobierno en las Colonias. España, gobernada en esa fecha por Carlos III, pensaba poder resucitar su antiguo poderío. Para eso creyó necesario realizar una nueva política, no mucho más generosa que antes, cosa que se propuso llevar a cabo casi de inmediato aquí el gobierno de la Rosa. Incluso este hizo levantar una horca contra la muralla, cosa desusada en la historia de Montevideo hasta entonces, para que los castigos que recibieran contrabandistas y malhechores fueran públicamente ejemplarizantes.

El padre de José Gervasio había seguido actuando, año a año, en el gobierno colonial. Unas veces como Al-

calde de la Santa Hermandad, otras como Alguacil Mayor, y, como el más antiguo de los capitulares, alguna vez también de Alférez Real, encargado de pasear el estandarte en las festividades. Este cargo de honor le cupo asimismo a su padre. Tales desempeños públicos no le impidieron trabajar afanosamente en el aumento de sus propiedades. Además de sus establecimientos de campo, tenía don Martín una barraca de frutos del país, en Montevideo, para el acopio de tales productos.

José Gervasio, con poco más de siete años, junto con su hermano mayor José Nicolás, concurrían a una escuela no mejor que a la que habían concurrido su padre y sus tíos. Ya no eran solamente los jesuítas los maestros de los niños montevideanos; ahora lo eran también los franciscanos. Los primeros seguían instalados en la antigua Residencia a la que había asistido su padre. Los franciscanos dictaban sus clases en su Convento y a ella concurrían los hijos de las mejores familias montevideanas. Los franciscanos, menos mezquinos y avarientos que los jesuítas, un poco más suaves en sus tratos escolares, tenían, lógicamente, más simpatías entre las familias y más alumnos en sus escuelas. Los conocimientos que transmitían seguían siendo más o menos los mismos y usaban también más o menos las mismas formas de transmitirlos. El abuelo de José Gervasio había instituído una capellanía para uno de sus nietos y cierta afición del pequeño José en los trabajos literarios, estuvo a punto dirigirlo en tal sentido. Pero los Artigas, a parte de que nunca fueron muy religiosos, eran gentes de trabajo y sacrificio. En su sangre hervía más el combatiente, que el pacífico fraile aldeano, a pesar de que existiera alguno en su familia.

El pequeño José Gervasio era físicamente de complexión más bien débil, de cutis muy blanco, de ojos claros y poco cabello lacio y rubio. Tenía una sensibilidad muy delicada y era inclinado a la amistad de las personas humildes que vivían a su alrededor. Nunca fué un niño muy expansivo en palabras ni con sus propios hermanos. Así era cuando concurría al Convento de San Francisco, que se levantaba sobre la antigua calle del mismo nombre, hoy Ituzaingó, con fondos hasta la calle Solís. Allí, además de

recibir las lecciones de los franciscanos, las que aprovechaba lo mejor que podía, trataba y conocía otros caracteres distintos que debían ser tan importantes como él en su época, como los hijos del ex gobernador Viana, Nicolás de Vedia, su primo Fernando Otorgués y muchos otros. Pero no era sin duda ésta la mejor escuela de nuestro héroe que crecía vivaz en el medio ciudadano y en el rural. Su mejor escuela era el trato con los humildes, sobre todo con los gauchos y los hombres esclavos, que conocía en el transcurso de su vida campesina, ayudando a su padre en los trabajos de sus estancias.

2 — Influencia de los gauchos y los negros en la infancia de Artigas.

Los gauchos eran hombres de vida errante que habían hecho su hogar en el campo sin límites. Nacieron un poco por la necesidad que había de un trabajador campesino, hábil en faenas en campo abierto, como otro poco por la situación ilegal del tráfico de cueros y ganados, y las duras condiciones de subsistencia a que se hallaban abocados algunos elementos que ya no cabían en las ciudades. Se fueron formando de distintos orígenes: de presidiarios de las cárceles europeas, liberados en estas playas; de desertores de navíos que anclaban en los puertos; de esclavos huídos de sus amos; de indios que entraban en contacto con la civilización con el fin de comerciar. En fin, de toda esta población diversa, se fué formando este tipo humano que se llamó gaucho, jinete diestro, **centauro de las pampas.** Valeroso, temible, sin instrucción alguna, despreocupado en cuanto a su destino presente y con la guitarra atada a los tientos de su recado, lo mismo se jugaba la vida peleando a cuchillo, que entonando una décima o un cielito a su **china.**

Como los gauchos eran útiles a los estancieros por su destreza y porque sin temor alguno realizaban el contrabando necesario, se les protegía y se les defendía. Era cierto que ellos no tenían gran culpa en su vida errante y sin destino. Ellos sabían que eran ya los que sobraban en todas partes y debían huír campo afuera en busca

de su libertad y de su sustento. Este nuevo tipo de hombre rioplatense se multiplicó rápidamente gracias a las condiciones personales, muy sencillas, de los españoles, que no tenían escrúpulos en mezclarse con ellos, y por la enorme población negra e india que existía y que entró a formar parte de la composición de tan original especie humana.

Los negros vinieron a la colonia como producto de un horrendo comercio ultramarino. Y aquí desempeñaron las labores más diversas, desde los menesteres domésticos más despreciables, hasta la de ayos y primeros preceptores de los hijos de los capitanes, regidores y gobernadores. Todas las familias poseían sus esclavos que eran el brazo ejecutivo de las faenas. Los Artigas también los tuvieron, pero como los esclavos formaron parte, como hombres, de la célula familiar, desempeñaron un papel importante en la vida de la familia, como Joaquín y los angoleses Jerónimo y Francisco.

Al lado de los negros, los niños montevideanos, Artigas entre ellos, vivieron sus fiestas y danzas; sus candombes sobre las murallas; aprendieron los pasos de sus calendas y de sus tangos. La influencia de las danzas negras, en especial, fué tan grande en la sociedad de Montevideo, que no sólo las bailaron en los salones, sino hasta en los tabladillos que los curas levantaban en las calles en las festividades religiosas. Seguramente muchas veces, Artigas con sus amigos habrían repetido aquellas tan corrientes voces de sus calendas que las coreaba todo el pueblo:

Calunga, canguée...eee, llumbá, eee, llumbá

y se había contoneado también al son de palmadas, como lo hacían los mozos bailarines de su época y que en los salones causaban tanta gracia como admiración a los viajeros europeos.

Los negros llegaban hasta nuestros puertos, después de haber sido cazados en la selva y desiertos de Africa, por los traficantes y negreros. Se les acollaraba con cadenas y en barcos construídos a propósito, se les traía en

interminables marchas, castigándolos cuando se negaban a comer lo poco que se les daba y arrojándolos al mar para aligerar los barcos, cuando sucedían tempestades. Al llegar a Montevideo, apenas una tercera parte de los que habían sido cazados, se les llevaba, lo mismo que a animales, a una plaza y se les vendía en remate público por doscientos o trescientos pesos cada uno.

Todas estas historias Artigas las conoció no sólo por los propios negros, sino también porque las vivió. En su época estaba en pleno florecimiento la venta y explotación de los esclavos.

Gauchos y negros, de este modo, fueron personajes que le enseñaron las primeras injusticias que José, o Pepe como le llamaban familiarmente, aprendió. De ellos recogió las mejores experiencias de la vida y del trabajo.

De joven, al mismo tiempo que en la ciudad concurrió a las fiestas que daban las autoridades en el Cabildo o en el Fuerte, y se ilustraba con el trato con jóvenes cultos y padres franciscanos, en las estancias de su padre se endurecía y templaba en las faenas campestres, en el trato con esa estirpe gaucha, a la que, por entenderla totalmente, la amó de corazón. Sin llegar a ser un gaucho, asimiló mucho más de sus costumbres que de la vida ciudadana. Su padre, fuerte y acrecido en fortuna, no había pasado del grado de capitán de milicias, por ser de origen criollo. En ese puesto colaboró, sin embargo, muchas veces contra los portugueses, especialmente cuando atravesara el país, de Sur a Norte para llevar materiales de guerra a los fuertes que habían levantado los españoles en el Norte. Esos fuertes tenían por objeto defender el territorio y sus vaquerías de los portugueses, grandes empresarios del contrabando. José Artigas, que a la simplicidad de sus costumbres, unió el hecho de reducir su nombre para la posteridad a estas once letras, razón por la cual preferimos respetar su decisión, se rindió en el campo con esa gente, llena de astucia, de recursos y de valentía. Más que el aprendizaje en la mala y corta escuela de su época, la que sin embargo supo aprovechar muy bien para su futuro, fué la

vida del campo quien más le enseñara cosas esenciales.

El gobierno de Montevideo había cambiado de mano varias veces. En 1776, época en que Artigas tenía doce años, ya había muerto el primer gobernador Viana. También había fallecido su abuelo, con más de ochenta años, siendo enterrado como un anónimo cualquiera, incluso con el nombre cambiado.

Los problemas de la Colonia del Sacramento, ciudad que ya existía cuando llegara al Río de la Plata su abuelo, entonces joven, siguieron preocupando a los pobladores de estas regiones hasta que un día Ceballos, un virrey de temperamento guerrero y decidido que mandó España a estas tierras, la tomó por asalto y la destruyó totalmente en 1778. Ceballos cegó el puerto, destrozó sus bastiones, demolió sus murallas y expulsó a los campos los pobladores que quedaban en los recintos. Aquella bella y blanca ciudad de piedra, recostada al río, quedó reducida a un montón de escombros y cenizas. Desde entonces desapareció esa eterna cuestión entre España y Portugal.

José Artigas tenía catorce años cuando ese hecho. Ya había abandonado la escuela y se había convertido, por su sagacidad, inteligencia natural y habilidad en los trabajos del campo, en el brazo derecho de don Martín, que era una figura importante y respetada dentro de la vida social de la ciudad.

●

IV

LA JUVENTUD DE JOSE ARTIGAS EN VAQUERIAS Y COMERCIO

1 — Retrato físico y moral del adolescente.

El rudo trabajo campesino fué endureciendo rápidamente al joven Artigas. A los dieciocho años ya empezó a trabajar por su cuenta y se hizo cargo de la estancia paterna del Sauce. A esta edad, los que le conocieron de la infancia dicen que ya era lo que iba a ser en el futuro: la figura que dominaba con la cabeza todo el círculo que le rodeaba. En este entonces tenía el cuerpo delgado, ceñido en carnes; no era alto ni bajo, levemente agobiado; de andar más bien calmo que nervioso aunque dotado de gran agilidad. Fácilmente saltaba sin estriberas sobre el caballo, braceaba con soltura en el agua, bailaba flexible y gracioso una media caña. Su rostro quemado por los soles, encubría cierta blancura que nunca se curtía. En él llamaba la atención su frente ancha, apenas abovedada, su poco cabello casi rubio y unos ojos claros, verdosos o amarillentos, que nunca parecían fijarse sobre las personas aunque las estuviera mirando profundamente.

Mitad campesino, mitad ciudadano. Alternaba, vestido de etiqueta, con los oficiales y personajes cultos de la ciudad; y se mezclaba con los campesinos y sus costumbres en el campo, sin prevención alguna. Fué un gaucho entre los gauchos y un ciudadano entre sus iguales, aunque siempre el campo le atrajo más que la ciudad. Desde muy joven cultivó la amistad de los hacendados del Aiguá y los linderos de sus campos: los Latorre, los Lema, los Ravía, los Otorgués. Con ellos faenaba cueros en los campos de los alrededores, para la venta. Su figura inspiraba

simpatía y respeto desde joven. Nada había en él que no inspirara estos sentimientos. Muy por el contrario de muchos de sus copaisanos, como Otorgués, por ejemplo, Artigas era sencillo en el vestir aunque sus prendas: fina bota, buen pantalón o bombacha, camisa de tartana, capote de invierno, casi nunca poncho, sombrero ancho, siempre fueron de excelente calidad. No era detonante en el uso de ninguno de sus objetos personales, ni siquiera en los del campo. En lugar de las clásicas **lloronas,** usaba espuela pequeña. No llevó nunca el cuchillo atravesado en la cintura, como sus compañeros, sino que prefería guardarlo entre los cojinillos de su recado.

No era muy comunicativo con sus semejantes; su carácter era más bien el de un hombre triste, y un poco solitario en sus pensamientos, con algo de selvático, de huraño. Jamás su expansión iba más allá de lo que un hombre cauto debe hacer saber a un semejante. Como el gaucho verdadero era si se quiere bromista, pero tampoco muy abierto a las chanzas; sentencioso en sus dichos, las más de las veces; sereno para esperar las situaciones adversas o graves, y muy ingenioso para resolverse en los momentos de mayores peligros.

Era reconocida su pericia en las lidias campesinas, su habilidad en el manejo del lazo y de las boleadoras y, con el caballo, un jinete consumado. No habría alcanzado a entender totalmente el gaucho, como lo hizo, si en sus mocedades no hubiera gustado también del juego, del trago de caña después de una buena faena, de pensar callado mientras sorbía su mate y de consolar sus penas, a medio tono, con las seis cuerdas de la guitarra. El campo le atraía con su embrujo como había atraído a su abuelo, como atrajo a su padre, pero nunca se desligó totalmente de la ciudad, la gran renovadora de sus impresiones. Sin duda fué conmovido profundamente por el gaucho con su vida sin destino claro, casi nómaded de echado de todos los medios sociales, a pesar de lo cual le reconocía virtudes esenciales. Por eso Artigas y los gauchos se entendieron y se unieron recíproca e indisolublemente.

Artigas llegó a saber perfectamente de la función de

los gauchos en la vida campesina. Comprendió que no era porque sí, por ejemplo, que sus pandillas aparecieran y desaparecieran en un lado y en otro. Vió que eso sucedía porque ellos debían buscar su sustento, y de ahí que en donde hubiera ganado alzado, se encontraron los changadores realizando sus faenas, sin jefes, ni leyes ni policías ni moral. Nadie como Artigas llegó a conocer tan bien la psicología gaucha y el sentido del destino de estos hombres sin patria. Y como ellos se hizo vaquero. Como ellos fué sobrio en su vida, en el comer, en el vestir, en el vivir. Fué en momentos que realizaba este sencillo pero hondo conocimiento en la mejor escuela de su época, cuando se independizó de su padre. Quería trabajar por su cuenta, labrarse un porvenir por sus propios medios.

2 — Estampa de la ciudad y de sus moradores.

Montevideo daba lugar a un comercio cada vez más importante, en el correr de los años de la década de 1780. Era una ciudad de simple recinto amurallado, con dos cubos que defendían la playa que bañaba la misma punta, de Norte a Sur. La vida seguía siendo como antaño, aldeana y somnolienta. Las calles de la ciudad estaban llenas de residuos, de desperdicios de carne, y pobladas de puercos y perros que arrastraban garras y presas. Zanjones y lodazales eran como cicatrices enormes que corrían en dirección a las corriente. El agua se vendía en pipas; el pan, muy sabroso, lo repartían los vendedores en árgonas y las verduras y frutas que se cultivavan en las quintas del Miguelete, se empezaban a vender en la ciudad.

Los pobladores de Montevideo eran hacendados, comerciantes, artesanos y esclavos, negros y mestizos, alcanzando éstos casi la cuarta parte de la población que tenía alrededor de mil familias. Los hacendados formaban la clase social más importante. Eran ex-gobernadores y regidores y militares que habían acumulado grandes extensiones de tierra, cientos de leguas cuadradas en las que pacían miles de animales, como los Vianas, los García de Zúñiga, los Ramírez, los Villanueva, los Alzáibar, los

Achucarro. También formaban en esta clase los hacendados más modestos, como los Artigas, que habían juntado algunas suertes de estancias a fuerza de grandes sacrificios, que nunca habían podido denunciar campos por cientos de leguas ,si no por cuadras y que las obtenían cuando otros, más listos, no se aprovechaban de sus propias denuncias.

Después de los hacendados, la clase social más importante la formaban los comerciantes. Tenían en cierto modo el destino de los propios hacendados en sus manos. Porque, por su intermedio era que se realizaban todas las transacciones comerciales con la Península, la compra - venta de los productos. Por lo general eran españoles, con ideas muy limitadas y cerrados a todo otro pensamiento que n ofuera el de sus ganancias. Y se apoyaban, para mayor provecho de sus especulaciones, en los militares y clérigos de la ciudad, a cuyas arcas iban a parar parte de sus ganancias. Las crónicas de la época nos dicen que la ciudad tenía casi tantos comerciantes como habitantes; que casi no existía una sola casa en Montevideo, en la que no se vendiera alguna cosa.

Los artesanos eran, por lo general, gentes de la tropa y de la marinería, con no mucha habilidad para realizar sus trabajos aunque los hicieran pagar a buen precio.

La Colonia se desarrollaba muy penosamente en lo económico. Los gobernadores que sucedieron a Viana, de la Rosa primero, Viana nuevamente y Joaquín del Pino mas de gobierno que no fueran aquéllas que se refirieran de su padre en el trabajo, no habían agregado otras normas de gobierno que no fueran aquellas que se refirieran a la aplicación de nuevos impuestos a los pobladores. Los virreyes que se sucedieron en Buenos Aires, tampoco habían continuado la política más o menos liberal que iniciara el primero de ellos, Ceballos. Sino que se dedicaron a limitar en todo instante las pocas actividades que podían realizar los criollos: prohibirles toda industria derivada de la oliva, de la vid, de la lana, etc. que pudieran competir con la del reino. De este modo, y necesariamente, se tenía que comprar y veder a los monopolistas de Cádiz y de Se-

villa. Mientras tanto, como para vender sucedía lo mismo, las pilas de cueros estivados sobre armazones de madera y amarradas con correas, se empodrecían en las calles en espera que llegaran los barcos que los transportaban a la Península, esos barcos que no llegaban más que una vez al año...

En la campaña, año a año, y a causa de la persecución a vaqueros y a contrabandistas, las masas campesinas que andaban sin rumbo de un lado para otro, empezaron a sentir la necesidad de afincarse a la tierra. De este modo, por lo general alrededor de alguna estancia, se empezaron a formar los **pagos.** Primero fué Paysandú, que fundara el fraile Sandú; diez años más tarde nació Canelones, fundado por Santos, alias Colla, pueblo que casi desapareció pero que refloreció diecinueve años más tarde; Mercedes y Santa Lucía, que se fundaron con españoles, igual que San Juan Bautista con colonos que estaban destinados para la Patagonia; San José, con ibéricos de la Maragatería; Las Piedras, iniciado por asturianos pescadores y labradores. A estas familias se les fueron juntando indígenas que despaciosamente se incorporaban a la vida sedentaria de los poblados, y peones y esclavos que huían de sus patrones y de sus amos.

3 — Artigas trabajó por su cuenta en ganadería.

José Artigas, con dieciocho años, pues, se separó de su padre para abrirse paso por su cuenta. Se dedicó, como la mayoría de la juventud de su tiempo, a **changar,** es decir, comprar ganados mayores y caballadas para revenderlos en la frontera y retornar con mercaderías portuguesas, para cubrir las premiosas necesidades de la Banda. Para ello se unió a las partidas de vaqueros y **changadores** que traficaban en tales correrías. Era necesario contrabandear y así lo entendían todos, por esa especie de cinturón de hierro que el comercio monopolista español le había puesto a las necesidades de la colonia. Artigas entendió, como los demás, la necesidad de la ley social que era el contrabando. Para que la colonia no se asfixiara era ne-

cesario el contrabando que se practicaba desde el principio de la Conquista. Lo habían realizado los gobernadores y militares, y nunca, ni con la pena de muerte, se le había podido impedir, porque si para el fisco el contrabando era la muerte de sus entradas e impuestos, para los pobladores de la colonia, el no contrabandear era la muerte de sus propias vidas. De este modo, el contrabando se convirtió, lógica y necesariamente, en ley social de la época en cuanto ello suponía la lucha a muerte contra el monopolio. Era ilegal pero benéfico e imprescindible, no sólo para que prosperan estas colonias, sino simplemente para que no murieran de extenuación. Los virreyes inteligentes habían comunicado muchas veces estas realidades a la Corte. Artigas sabía de estas verdades tanto como los demás, por venirlas viviendo y padeciendo. Por eso no vaciló en formar parte de las pandillas de vaqueros que se dedicaban a este comercio, que servía además para la propia defensa de los hacendados de la Banda.

Atravesando el país, en todas sus direcciones, para comprar ganados, acopiar frutos o colocar mercaderías, Artigas aprendió a conocer a su tierra como nadie. Para él no existieron secretos en los accidentes geográficos de la Banda Oriental. Y, desde muy joven, al mismo tiempo que se experimentaba en este conocimiento, ya hablaba a sus gauchos y compañeros de correrías de una **patria** que un día había de ser defendida. Y muy a menudo, cuando entregaba a sus gauchos las medialunas de desjarretar animales, las que eran hechas por un amigo de Montevideo y enviadas por otro, también entre ellas agregaban armas con las cuales, contaba una sobrina, su **tío Pepe quería armar a los gauchos para defender la patria**. . .

4 — Cómo se formó el Caudillo.

En pocos años de trabajar con los gauchos, Artigas impuso su autoridad moral y su jerarquía de hombre superior. Se convirtió en el verdadero jefe de ellos y en el juez con poderes casi absolutos de sus cuestiones. Su celebridad como vaquero arriesgado en sus correrías, ingenioso

en sus tretas para escapar a sus perseguidores, bien pronto le crearon una ancha fama en toda la campaña oriental y en la norteña del Río Grande. Desde que su nombre fué conocido como dirigente de partidas de changadores, las autoridades se empeñaron en darle alcance.

Contaban algunos capitanes españoles, como don Jorge Pacheco, que habían de ser más tarde compañeros de patriada de Artigas, que su habilidad para escapárseles de las manos era muy grande. Y que muchas veces había burlado con facilidad a sus perseguidores.

En el correr de los últimos años de 1790, una partida española salió de Montevideo, al mando de un veterano y vanidoso capitán, comprometido a buscar a Artigas y a sus gauchos, batirlos y traerlos presos a la ciudad. Los demás que habían salido antes que él, habían fracasado en su intento. Llegados a las proximidades del campamento de Artigas y los suyos, en el anochecer de un día de verano, el viejo capitán y su gente acamparon en una especie de abra formada por una tupida arboleda a la que rodeaba por un lado un arroyo, y una sierra escarpada, de difícil pasaje, por el otro. En tan bien cercado lugar, el viejo y confiado militar se creyó relevado de mayor vigilancia, limitándose apenas con hacer cuidar la entrada del campamento. A poco de acampar, rendidos por la marcha, todo el campamento de los españoles se entregó al sueño como en el mejor de los mundos. Artigas, que les había seguido los pasos de cerca, bien enterado de los movimientos de la partida y mejor de los accidentes geográficos del lugar, hizo cortar ramas de árboles, a sus **muchachos**, como llamaba a sus gauchos, y esperó que entrara la noche. Y cuando supuso que los españoles reposaban a pierna suelta, bajó por la sierra a la cabeza de sus gauchos, con las ramas de los árboles por armas, en dirección al silencioso campamento. A pocos metros de él, Artigas y sus gauchos pudieron observar detenidamente a los veteranos de las guerras hispánicas. Estaban dormidos, indefensos, en sus manos. Hubieran podido matarlos a todos si ese hubiera sido el deseo del Jefe. Pero Artigas sólo dispuso que sus hombres, arrastrando a la carrera sus

ramas, entraran en tolvanera en el campamento. La maniobra fué ejecutada exactamente y la irrupción fué tan total, la confusión y la sorpresa tan completa, que todo el campamento español se dispersó. Huyeron las caballadas, los soldados se tirotearon entre sí, mientras los gauchos, con Artigas a la cabeza, se retiraban campo afuera casi sin ser apercibidos por los jefes de la partida que no salían de su asombro sobre lo inusitado de aquel ataque en la noche. El viejo capitán y sus pocos soldados reunidos, volvieron a la capital avergonzados de no saber siquiera explicar lo que les había pasado, ni que clase de armas tan raras habían utilizado sus enemigos disfrazados de árboles. Muchos días más tarde, aún llegaban a Montevideo los soldados dispersos del capitán vanidoso. . .

Estas muestras de lo inútil que era perseguirlo, obligaron a las autoridades españolas, burladas muchas veces de manera semejante, a desechar todo intento de apresarle. Artigas redobló entonces su comercio de acopio y de frutos y venta de artículos portugueses. Consiguió mejores elementos de trabajo y se convirtió en un poderoso caudillo del interior del país. Muy a menudo las tropas de sus carretas, cargadas de productos, atravesaban lentamente, bien custodiadas por sus servidores y guiadas por el caudillo, las llanuras orientales. Esta potencia del campo que era Artigas despertó en muchos estancieros, que vieron en él su mejor aliado en defensa de su economía y vidas, el interés por obtener su decidida protección.

Es necesario pensar que Artigas debería tener ya entonces algunas aspiraciones un poco más elevadas que esas solas de comerciar en cueros como patrón de carretas. El oficio de gobernante de su abuelo y de su propio padre, aún cabildante respetable, las preocupaciones que crearon en Artigas ciertas culturas superiores a la de los hombres en cuyo contacto vivió, todas estas razones tanto como la de pensar que un criollo no podría jamás sobrepasar las limitadas posibilidades de la colonia, como lo vivía su mismo padre, fueron factores que contribuyeron para modelar de una manera más definitiva su personali-

dad. Un alto puesto militar, el que sin duda hubiera deseado alcanzar aquí en la colonia, no estaba reservado más que para los españoles, especialmente para los que venían de la península. La curia no le interesaba. Y éstos eran los dos destinos a que hubiera podido alcanzar. La vida de la ciudad, por otra parte, resultaba de una gran monotonía para este hombre inquieto, amigo de realizar diabluras en gran escala y actividades de mucho riesgo y valor.

¿A qué se reducía, en su época, en verdad, el vivir en la ciudad para un joven de familia más o menos distinguida, como era Artigas? Asistir a algunas funciones religiosas; conrrir a alguna que otra corrida de toros en la vieja plaza cercana al Cuartel de Dragones, corridas en donde los toros embolados y los figurones de trapo que hacían de Tancredos apenas si podían hacer reír cuando los toros bobos destripaban el muñeco, o topaban la pipa en la que el gracioso, dando tumbos, llegaba hasta algún burlador... Otras veces, como buen cortejador de mozas, Artigas solía asistir a los saraos que daban las autoridades, a las que concurría su excelencia el Gobernador, vestido con sus jubones de rica seda, muy ajustados a la pierna, sus zapatos con grandes hebillas de plata y oro, y sus bonitas y cuidadas pelucas. Estas eran casi las únicas oportunidades que tenían los jóvenes galanteadores, afables y bailarines de su tiempo, entre los cuales se contaba él mismo. En ese entonces Artigas vestía a **lo cabildante,** como lo recordaban algunos de sus parientes, llevando bien trenzada coleta, casaca bordada o una chaquetilla con alamares, con grandes pinos dibujados en la espalda, pantalón de raso, bien ceñido. . .

Pocos años antes de librarse de la tutela paterna, obtuvo un campo en Chamizo, donde empezó a criar ganadería. Desde ahí rumbeaba hacia la costa del Uruguay, por los departamentos norteños, sobre los litorales de los ríos Arapey, Queguay y Daymán y por las zonas del partido de Soriano. Ya era dueño de tierras. Estaba establecido con cría y faena de animales y correteaba en frutos del país, además, para las barracas que tenía su padre

en Montevideo. En un terreno que le regaló su padre, en la ciudad, en la calle San Luis, levantó dos amplias casonas de las que obtenía un buen alquiler. Su vida se desarrollaba más o menos como la de todos los criollos de su tiempo, aunque sin duda con más sacrificio que la de algunos de ellos. A esa vida de la ciudad, pobre y sin mayores atractivos para un temperamento batallador como así se manifestaba el suyo, era preferible la dura del campo, el trato con sus rústicos gauchos y las diabluras campesinas. Además, entre ellos, Artigas había ido adquiriendo una especie de mito sobre su persona cada vez más reconcentrada, callada y generosa, de la cual todos se hacían lengua. Toda esta vida fué madurando en Artigas virtudes sobresalientes para alcanzar a ser lo que llegó: un gran caudillo.

Se hizo tenaz en sus propósitos dentro de esa parquedad de costumbres y expresiones. Desde entonces incluso data el hecho de que hasta para firmar se hiciera sencillo, desechando el Gervasio que le venía del santoral y conservando solamente las once letras de su **José Artigas**, que ha de conservarse invariable para el resto de sus días y que nosotros respetamos, por respetar su propia voluntad.

Era de los que no gritaban ni protestaban, activo pero silencioso. Hablaba poco y sus órdenes más terminantes, dicen de él sus contemporáneos, se expresaban por el lenguaje mudo que pedía la vida o la muerte de sus servidores que deberían ser incondicionales. Muy sereno y fecundo en recursos, se mostró siempre superior al peligro que le rodeaba. Cuéntase que perseguido de muy cerca, un día, por una partida de españoles que le venía acosando, cansadas totalmente sus cabalgaduras y sin esperanzas de encontrar ningún refugio salvador antes de la noche, decidió jugarse el todo por el todo. Hizo detener a sus hombres, matar sus caballos y parapetarse detrás de ellos, mientras algunos compañeros recogían caballos de refresco. Así, desde esas improvisadas trincheras, sostuvo con sus perseguidores un vivísimo fuego, mientras volvieron sus compañeros con animales nuevos y cambiaron los re-

cados, hecho lo cual emprendieron velozmente la retirada, salvándose todos ese día de una muerte segura...

5 — Artigas se asoció con Chantre.

En el Norte del País, vivía Chantre, que era un estanciero dueño de grandes extensiones de campo sobre la costa del Queguay, y patrón de numerosa peonada. Este hacendado, impresionado por las condiciones de caudillo que tenía Artigas, insistió en asociarlo a sus trabajos de explotación ganadera, seguro de que sólo con Artigas sería capaz de hacer respetar su siempre amenazado comercio. Chantre, como los demás estancieros de esta Banda, ya había perdido la fe en la vigilancia de los destacamentos reales porque estas milicias, más que cuidar, asolaban al igual que los vaqueros y contrabandistas, las estancias por donde pasaban. Artigas aceptó el ofrecimiento del norteño y trabajó con él una larga temporada, distribuyéndose las no pocas ganancias, mientras su padre, en Montevideo, ocupaba por cuarta vez la Alcaldía Provincial.

Al gobernador del Pino que había pretendido eternizarse en el puesto, le sucedió Antonio Olaguer y Feliú, viejo conocedor de América, por haber ganado casi todos sus grados sirviendo al Rey, en estas colonias. Las duras condiciones económicas que empezaban a sucederse en estas regiones, obligaron a Olaguer a adoptar actitudes, como la venta de puestos capitulares a los ricos, y otras medidas, que llenaron de disgusto a la población. La obra de este Gobernador de carácter agrio no brilló ni por su justicia ni por su actividad. No obstante, Olaguer, enterado perfectamente de la foja de servicios de Artigas, aumentada en su última actuación asociado a Chantre y a otros hacendados que la utilizaban para detener las fechorías de los portugueses en el Norte, decidió atraerlo a los servicios del Rey por los beneficios que su incorporación podían acarrear a la administración real. Sabía que Artigas tenía un proceso abierto con la justicia, por sus andanzas anteriores, e intervino para que se acogiera a la

amnistía que había decretado España para las colonias. Como hacía cuatro años, de 1792 a 1796, que Artigas vivía fuera de la ley, aprovechó entonces el ofrecimiento y se acogió al indulto. En esos momentos las condiciones de la campaña eran las más deplorables para España. Desde entonces para José Artigas, ya no más vaquero, empezaría una nueva vida de actividad y preparación futura.

●

V

LA VIDA MILITAR DEL BLANDENGUE JOSE ARTIGAS

1 — Cómo inició su vida militar.

El gobernador Olaguer y Feliú había ascendido a virrey del Río de la Plata, reemplazándolo en el gobierno de Montevideo el marino José Bustamante y Guerra, hombre de limpia foja de servicios y no desprovisto de talento. Desde su alto puesto, Olaguer pudo solucionar mejor aún la amnistía de Artigas y establecer las condiciones para su incorporación, las que no fueron otras que la obligación de una recluta de cien hombres para la formación de un regimiento.

Con esto, aparte de recoger elementos imprescindibles para el servicio de la Colonia, los que escaseaban siempre habiendo que traerlos de España, se limpiaba de posibles caudillejos que quedaran en campaña en lugar de Artigas, pues se sabía que, por el alto aprecio que sus gentes le tenían, sus más allegados le acompañarían en la milicia. Efectivamente así sucedió. Los trámites fueron corridos por los familiares de Artigas y el Caudillo quedó incorporado a la milicia real. Pensó que ahora, como militar, podría defender mejor y legalmente a los hacendados, sus amigos, a la par que prepararse para la vida futura cuyo destino no lo veía ya muy claro.

Su carrera militar empezó justamente el 10 de marzo de 1797. Tenía casi treinta años y sus medios de vida estaban ciertamente asegurados. Su situación en este cambio de ocupaciones fué muy sencilla de entender. Para él, como para los demás estancieros sus amigos, la creación de ese Cuerpo de Blandengues al cual ingresó respondió a necesidades que habían sido muy reclamadas por todos.

¿Cuáles eran ellas? Sin duda las de proteger con hombres conocedores y experimentados, al propio país; proteger las riquezas campesinas completamente abandonadas por las autoridades españolas. Pidiendo protección justamente, se habían dirigido los hacendados del Río de la Plata, a las autoridades españolas, y planteado las condiciones de abandono en que se encontraba su industria. Tres años atrás, igualmente, ya lo habían hecho los labradores que se quejaban de la falta de salida de sus granos con los cuales, decían a los gobernantes, no podían hacer otra cosa que rellenar las zanjas. Más tarde fueron, por su parte, los hacendados de esta Banda los que insistieron en ser oídos por las autoridades. No lo hicieron esa vez con importantes memoriales sobre economía política como lo habían hecho los anteriores, sino, simplemente, con el pedido al Cabildo para que les defendieran sus siempre amenazadas propiedades.

Los virreyes anteriores a Olaguer tenían bien presentes el saqueo y el contrabando continuo que realizaban los portugueses quienes, además, con bandas bien organizadas, incendiaban casas, asaltaban estancias, robaban mujeres y sembraban la muerte y la destrucción en su alrededor. Ni apresándolos y despedazándolos para exponerlos por los caminos como ejemplo, como habían hecho con el famoso Curi y su banda, se conseguía tranquilizar la campaña ni acabar con tales malhechores. Cansados entonces los habitantes de sufrir las consecuencias de este desamparo, amenazaron al Cabildo con su éxodo del campo, si no se ponía remedio a tales males. Por eso pidieron que se restableciera la gente veterana de milicias. Y por eso se dispuso la creación del Cuerpo de Blandengues con gentes de campo, acostumbradas a las fatigas y al uso del caballo. Su nombre no viene de **blandir** las lanzas, como erróneamente se ha creído, puesto que ni siquiera usaban esta arma, sino fusil y espada.

Sus trajes eran muy vistosos y sus colores ostentaban, ostentan en la actualidad, los tradicionales colores de los uniformes españoles: paño azul en la casaca corta con cuello, vivos rojos en la solapa y en las bocamangas; el pantalón muy ceñido en la pierna, para calzar cómoda-

mente la bota; los galones angostos y los botones dorados como el galón, y un quepi alto, casi cilíndrico. Fué en su finalidad concreta, pues, un cuerpo de cuidadores de la frontera en el que los oficiales y soldados debían costearse los caballos; cada uno debía tener por lo menos cinco. En las filas blandengues formaron todos los criollos ricos, los hijos de los hacendados, y la tropa la componían antiguos vaqueros, gauchos y peonada pendenciera y aguerrida que rodeaban a sus antiguos patrones, convertidos en oficiales. Sus funciones más importantes eran las de combatir a los portugueses que competían con el comercio ilícito que a su vez realizaban los hacendados de esta banda quienes, luego de vender sus productos en el Norte, volvían con azúcar, yerbamate, tabaco, aguardiente y géneros.

Los portugueses, que además de contrabandear, desvastaban y robaban, tenían establecido su radio de acción por los alrededores de la Laguna Merim, los ríos Cebollatí y Yaguarón, o directamente entraban por los departamentos norteños, con sus cargas de productos que vendían a mucho menos precio que los hacendados de esta Banda, produciendo por todo ello un gran desorden en el comercio interno y especialmente para el de España, como sobre esto escribiera el Cabildo, más de una vez, al propio Rey.

Las autoridades habían hecho grandes esfuerzos por reprimir esos comercios ilícitos, sin alcanzar ningún resultado, porque la realidad de sus necesidades era muy superior a todo. De ahí que prefirieran crear un cuerpo especial para atender estos trabajos, como fué el de Blandengues, compuesto por criollos para servir de policía de campaña. Artigas se convirtió, pues, en sostenedor y adiestrador de este Cuerpo. En esta tarea, como en todas las demás que realizara durante su vida, resultó muy responsable de su misión y muy apasionado en su actividad.

Durante el primer tiempo de la creación de los Blandengues, este cuerpo se instaló en el Cuartel de Dragones de Maldonado, que le sirvió de asiento. Desde ese lugar, Artigas siguió reclutando soldados para aumentar el número de la tropa. Se le unieron los hijos de la ciudad fernandina y los gauchos montaraces de las sierras circundantes, que conocían su fama y solicitaban servir a sus

órdenes. Seis meses después de creado dicho regimiento, Artigas inició sus correrías contra los malevos y los faeneros portugueses, dispersándolos de continuo por el gran conocimiento que tenía de sus madrigueras.

Su vida empezó entonces a ser de una actividad sin descanso, apenas si reposaba pocas horas en el Cuartel, para volver a salir de nuevo a campaña. Esta actividad constante bien pronto fué admirada por todos. En la capital, sin embargo, los oficiales de los demás cuerpos, siempre se quejaban de Artigas, de sus tropas, especialmente por el carácter turbulento que tenían los hombres que éste enrolaba. Artigas se sonreía cada vez que le daban alguna queja, y golpeando el hombro del oficial quejoso, lo conformaba con una frasecita que se hizo muy corriente entre todos:

—¡Sí, estos muchachos son el diablo!

2 — Artigas es nombrado ayudante del sabio Azara

Los hechos militares de Artigas como blandengue, se sucedieron. Cierta vez, sobre el Chuy, con cien hombres, arrebató una numerosa hacienda que los portugueses arreaban para el Brasil. Poco tiempo después, persiguió al famoso cuatrero Chaves, que había matado tres hombres de su vanguardia y se había parapetado detrás de los barrancos escarpados del arroyo Hospital, en Rivera. Avisado Artigas de la situación de sus compañeros, y para que no se escapara su presa, galopó toda la noche reuniéndose con sus subalternos al amanecer. Chaves logró huir hacia los bosques que circundan el arroyo. Artigas dividió entonces sus tropas y se dió a la persecución del portugués logrando rendirlo personalmente.

Por muchos servicios de esta clase se le reconoció a Artigas el grado de teniente y el cargo de ayudante mayor del Cuerpo de Blandengues, con fecha 2 de enero de 1799, según los despachos reales de esa fecha.

Pero no era sólo a los portugueses a quienes había que vigilar, y echar fuera de las fronteras, sino también debía estar alerta contra las indiadas continuamente en guerra contra las poblaciones del interior, y muy a menudo

realizando malones para llevarse mujeres blancas y bastimentos para sus tolderías. Varias veces salió a campaña junto con otros capitanes, a someter a los indios. Unas veces sobre el Yaguarón y el Cebollatí, otras sobre Santa Tecla o el Litoral, de modo que el final del siglo encontró a Artigas vigilante sobre las propiedades de sus copaisanos, en el oficio de cuidador de los bienes nacionales, oficio que había inaugurado honrosamente su abuelo en la Banda Oriental.

Pero sus trabajos no fueron esencialmente éstos. Conocedor como pocos de las regiones norteñas, fué designado por el Virrey Avilés para colaborar en los trabajos de colonización que el sabio Félix de Azara se proponía hacer en el Norte del País. Azará era un marino, militar, naturalista, hombre de ciencia y letras que andaba estudiando estos terrenos, su flora y fauna y que, viendo el peligro que representaban los portugueses en el Norte, había propuesto poblar estas regiones. Para llevarlo a cabo ideó un plan de división y reparto de tierras, y el levantamiento de fuertes para la defensa de las poblaciones. Su proyecto fué elogiado y aprobado por el Virrey. A fin de ejecutarlo se rodeó de hombres experimentados de estas regiones. Entre los recomendados por el propio Virrey para secundarlo en su tarea, se encontraba Artigas que tenía, al decir del Virrey, las condiciones que para ese trabajo se requerían.

Hacia el Norte, sobre la costa del Yaguarí, se levantó el fuerte de Batoví, en el actual departamento de Rivera. Ahí, desde los primeros trabajos, estuvo Artigas acompañando al sabio Azara, hombre atemperado y dinámico. En esas inmediaciones fundaron el pueblo de San Gabriel y Azara instruyó a Artigas para que procediese a la mensura y reparto de tierras. El blandengue cambió así, de pronto, su vida de agitado perseguidor de contrabandistas, por la de un pacífico agrimensor y constructor de poblaciones. Vivió en este nuevo trabajo una muy importante etapa de su vida, aprendiendo al lado de aquel hombre sabio, sencillo y humano, las directivas para un más justo y perfecto gobierno.

Cuando realizaba este trabajo en el Norte, sucedió una nueva ruptura de relaciones entre España y Portugal.

Azara se dió inmediata cuenta que lo primero que harían los portugueses sería atacar al pueblito. Las fuerzas militares no alcanzaban para defenderlo y entonces ordenó a Artigas que se retirara con su guarnición hacia Montevideo. El oriental insistió en quedarse para defenderlo, pero Azara no permitió el sacrificio y Artigas se retiró con sus gentes a Cerro Largo, en donde estaba concentrada la fuerza española que defendía el Norte. Después de algunas marchas y contramarchas sin resultado, y firmada de pronto la paz entre España y Portugal, Artigas, nombrado jefe de ruta y responsable de la artillería y de los carruajes, regresó con el ejército a Montevideo. Detrás suyo había quedado el primer intento de colonización y justicia dsitributiva que aprendiera al lado de Azara.

Las luchas intensas y los muchos y continuos sacrificios realizados en campaña, lo habían agotado físicamente y resolvió permanecer en Montevideo, con parte de enfermo, para reponer su salud, durante todo el año 1802.

3 — Amores, trabajos y licencias.

Fué por este tiempo que Artigas entró en amores con su muy bella prima Rafaela Rosalía Villagrán, hija de Doña Francisca Artigas, hermana de su padre. Protegido por altas autoridades como eran Olaguer y Sobremonte, Artigas descansó por algún tiempo en la capital.

Las cosas en el gobierno habían variado un poco. Montevideo tenía de nuevo gobernador, como vimos, a Bustamante, hombre de ideas muy progresistas y un gran defensor de la ciudad como puerto del futuro. Su constante preocupación por la limpieza y arreglo de las calles, tanto como por solucionar los problemas que tenía la colonia, dió gran impulso a Montevideo, que llegó a contar en los principios de 1800, con más de quince de los cuarenta mil habitantes que tenía toda la Banda. Montevideo, como puerto, competía con el de Buenos Aires a pesar de las diferencias de la población y de los recursos que poseían uno y otro. Más de trescientos cincuenta barcos entraron y salieron durante el primer año del siglo que empezaba, por

su puerto, y más de seis mil embarcaciones de cabotaje daban extraordinaria vida a la bahía.

Como Inspector de Armas se había designado al Marqués de Sobremonte, un militar miedoso y muy incapaz, que no logró en ningún momento detener el avance de los portugueses en el Norte, los que habían empezado a apoderarse de las tierras hasta el Río Negro.

Cuando Sobremonte ocupó el Virreynato del Río de la Plata, a principios de 1804, ante insistentes pedidos de los hacendados orientales, nombró a Artigas encargado de perseguir nuevamente a los portugueses. La verdad era que los hacendados y comerciantes de la Banda Oriental no podían realizar sus negocios de contrabando tranquilamente, por la intromisión y competencia que les hacían los portugueses. De ahí que reclamaran al Gobierno por el hombre que les había asegurado la tranquilidad anteriormente. Y Artigas tuvo que partir de nuevo a la campaña a combatir a los intrusos y a los indios alzados. Su comportamiento fué tan eficaz y su conducta tan de acuerdo con los reclamos de los hacendados que, de inmediato, sintieron en la campaña los buenos efectos de su vigilancia. Renació la quietud en los espíritus y la seguridad en sus propiedades, en lugar del continuo sobresalto en que vivían, como así lo hicieron saber a las autoridades los propios estancieros agradecidos.

Pacificada la campaña volvió Artigas a la ciudad. En marzo de 1805 pidió al Rey ser agregado a Montevideo con sueldo retirado, porque las fatigas de la vida rural y las inclemencias y rigores de la campaña, por espacio de seis años, habían aniquilado su salud. Este pedido que hizo al Rey fué con harto dolor suyo, decía en su nota, pero no tenía más remedio que hacerlo. El Rey denegó su pedido porque se consideraban imprescindibles sus servicios en campaña.

Mientras tanto sus amores con su prima Rafaela habían seguido con gran entusiasmo de su parte. En el tiempo que permaneció en Montevideo distribuyó horas, pues, entre el servicio regular al que tuvo que incorporarse nuevamente, sus amores con su bella prima y la vida ciudadana de ritmo más o menos idéntico siempre, y apenas

si conmovida por algún hecho fuera de lo común, como en ese entonces fué la sofocada revolución de los negros.

A mediados de 1804, un hijo del ex-gobernador Viana se hizo cargo de la comandancia de campaña llevando a Artigas como ayudante, volviendo éste a vivir sus duras luchas contra los enemigos de la campaña, especialmente contra los indios, que habían empezado a atemorizar de nuevo a los moradores con sus continuos saqueos. En marzo del año siguiente insistió en su licencia anterior, pero esta vez sin esperar siquiera contestación a su pedido, dejó el servicio de campaña y se volvió a Montevideo desde Tacuarembó Chico, en donde estaba el campamento. Pocos meses después le fué concedido el retiro que pedía, sin pérdida de los fueros militares y con permiso para usar el uniforme.

Y el último día de ese año de 1805, con cuarenta y un años de edad, contrajo matrimonio con Rafaela Rosalía Villagrán. Los casó el cura Dámaso Antonio Larrañaga y el acto fué sencillo como todos los hechos en su vida. Poco después de haberse casado, el nuevo Gobernador de Montevideo, que lo era entonces Pascual Ruiz Huidobro, lo nombró oficial de resguardo, especie de comisario suburbano, en la jurisdicción desde Cordón hasta Peñarol, cargo que desempeñó en plena luna de miel.

4 — Artigas y las invasiones inglesas.

En la política de Europa se habían ido sucediendo muchos acontecimientos que habrían de tener su eco aquí en las colonias. Inglaterra insistía en su empeño por tener puertos y mercados en América, ya que no existiendo más Colonia del Sacramento, lugar de sus desembarcos para el contrabando como vimos, no podía enviar sus productos para el comercio. España impedía todo otro tráfico que no fuera el de sus comerciantes peninsulares, los únicos que podían vender o comprar en estas regiones. Pero como los intentos de Inglaterra fueran cada día más claros, España se alió con Francia para detener tales propósitos.

Inglaterra a su vez, bien pronto, iba a tener también sus aliados. Desde hacía algunos años, muchos americanos

del Sur hacían trabajos en Europa para conseguir la alianza del poderoso país inglés, a fin de lograr la independencia de estas colonias del Sur, de España. El más activo de estos sudamericanos fué Francisco Miranda, un adinerado contrabandista venezolano, de extraordinarias condiciones, que vivía en Europa y que era amigo de reyes, diplomáticos y ministros. Miranda incitó a Inglaterra a intervenir en su favor, mostrándole las enormes ventajas que tendría su comercio en una América libre. Inglaterra estudió sus ofrecimientos, y, como estaba decidida a aumentar sus colonias en el mundo, después de apoderarse de las del Sur del Africa envió una expedición al Río de la Plata. Esta vino comandada por el almirante Popham, que trajo como jefe de desembarco al general Beresford. Hacía pocos meses, y apenas Francia aliada de España declaró la guerra a Inglaterra, los barcos ingleses habían apresado una expedición española que marchaba a Europa, cargada de tesoros, al mando del ex-gobernador Bustamante y Guerra, la que fué enviada a Inglaterra.

Popham y Beresford desde el Cabo, se dirigieron entonces al Río de la Plata. Al llegar frente a Montevideo vieron que esta plaza estaba fortificada, y como sabían que era más fácil apoderarse de Buenos Aires, una ciudad abierta, se dirigieron a ella, tomándola, efectivamente, sin resistencia. El virrey Sobremonte huyó cobardemente a Córdoba, no atinando más que a salvar los tesoros y efectos personales. Los ingleses, ante una población asombrada, desfilaron con sus pintorescos trajes rojos y sus banderas desplegadas, al compás de sus alegres bandas de gaitas. La falta de valor del Virrey, su espíritu fanfarrón y alocado, y la forma cómo fué tomada la ciudad, llenó de verguenza y de rabia a los pobladores, especialmente a los criollos. Muchos de ellos lloraban de odio en las calles, como escribieron algunos testigos presenciales.

Montevideo de inmediato empezó a movilizarse para reconquistar a Buenos Aires. Después de nombrar a su Gobernador Ruiz Huidobro, Virrey por su propia cuenta, encargó de los preparativos al marino español, de origen francés, Santiago Liniers, que estaba a cargo de la flotilla. Todo el mundo, unido en un sólo sentimiento y con un

fervor pocas veces igualado ayudó material y moralmente en los preparativos de la reconquista. El padre de Artigas fué de los que entregó caballadas sin siquiera la obligación de que se les reintegraran o abonaran. Al principio pensó Artigas que se haría cargo de una partida de caballería, pero resuelto el envío de la infantería, partió la expedición sin que el Ayudante Mayor de Blandengues pudiera participar en ella, cosa que mucho le apenó.

Cuando salieron para Buenos Aires los diecisiete buques reconquistadores, Artigas miró con gran pena partir a sus compañeros, pues su regimiento debía quedar de guardia en Montevideo. No se conformó con esta situación, dice él mismo, y se presentó al Gobernador Ruiz Huidobro para que le permitiese ser uno de los de la expedición, ya que no podía ir con sus blandengues, que tenían que vigilar los diversos puntos de la campaña. El Gobernador accedió a su pedido y le ordenó que llevara una nota a Liniers y que esperara para traer la noticia de la derrota o de la victoria .

Artigas marchó de inmediato a Buenos Aires y llegó a las operaciones militares en el momento que, por entre grandes fangales a causa de las copiosas lluvias caídas, los reconquistadores debían arrastrar hacia la Plaza del Retiro, las piezas de artillería. En esa operación, que se hizo a cincha de caballo, colaboró José Artigas una vez que entregó a Liniers el pliego que llevaba. Las tropas se dirigieron a la Plaza Mayor, desalojando las esquinas, tomando posiciones y obligando a los ingleses a replegarse. Luego de una lucha intensa en la que los invasores perdieron muchos hombres y oficiales, Beresford arrojó su espada desde el Fuerte en señal de rendición. La reconquista de Buenos Aires estaba realizada y Artigas se apresuró entonces a traer a su Gobernador los oficios que comunicaban la victoria.

Un viento terrible agitaba el río Uruguay por donde se embarcó Artigas en la costa argentina para hacer la travesía más corta. Y como la embarcación que lo cruzaba era una frágil canoa, naufragó en medio del río. Artigas puso sus papeles en salvo y ganó la costa a nado, perdiendo sus aperos y efectos personales. Este incidente no

fué causa de retardo en la comunicación. Llegó igualmente veloz a Montevideo con la noticia del triunfo y la reconquista de Buenos Aires por las tropas montevideanas. La ciudad de San Felipe y Santiago festejó ruidosamente este éxito de sus tropas cuya noticia llegara por intermedio del Ayudante Mayor de Blandengues.

5 — Cómo defendieron Artigas y sus blandengues, a Montevideo.

Los ingleses que ya habían probado los tesoros del Río de la Plata, aquellos que fueron tomados a Bustamante y Guerra en la costa del Brasil y paseados por la ciudad de Londres, en grandes carros y con letreros que decían: **Tesoro - Popham-Beresford - Buenos Aires - Victoria,** decidieron enviar nuevas expediciones para reforzar las existentes en estas regiones. Y en la segunda quincena de enero de 1807, más de cien velas anunciaron a Montevideo que una pederosa escuadra extendida en forma de abanico, desde la Isla de Flores hasta Punta Carreta, se dirigía al Cerro para desembarcar sus tropas.

Todo el mundo corrió a sus puestos decididos a defenderse a pesar de la poderosa fuerza que llegaba. Montevideo tenía por desgracia el mismo Virrey Sobremonte que se había venido a resguardar en sus defensas, después de su lamentable huída. A pesar de su enfática declaración de que defendería la ciudad, no atinó a tomar medidas militares precisas para la defensa. Artigas fué al Buceo con el Virrey, pero no huyó como éste al Miguelete sino que, arrollado por las numerosas y aguerridas tropas inglesas, vino retirándose en combate con sus blandengues. Algunas tropas salieron de la plaza para afianzar la resistencia de los blandengues y se hicieron fuertes en el saladero de Magariños. Desde ahí se tirotearon reciamente con los ingleses. Pero se tuvieron que seguir replegando y de nuevo se volvieron a hacer fuerte en el saladero de Zamora, y, más tarde, en distintos lugares, trataron de detener a bayoneta limpia a los invasores, pero fueron dispersados por éstos. Retrocediendo siempre en combate, las fuerzas montevideanas llegaron hasta el

lugar denominado Cristo, en el Cordón, actual lugar donde se levanta nuestra Universidad. Dieciocho días largos lucharon los blandengues, con sus jefes a la cabeza, hasta que los ingleses consiguieron abrir la famosa brecha en el Portón de San Juan, atacando por derecha e izquierda y causando numerosas muertes, en especial a los integrantes de este regimiento que lucharon reciamente, como así lo reconociera el propio jefe de este cuerpo.

Una vez dueños de Montevideo y reforzados con nuevas tropas, los ingleses establecieron su gobierno y empezaron su activo comercio, fin fundamental de la ocupación. Se dijo que los ingleses traían consigo casi tantos comerciantes como fuerzas de combate... Fundaron un diario, **La Estrella del Sur,** escrito en inglés y en español, para explicar las ventajas que tenía el comercio libre y una política más liberal con las colonias. Además se dedicaron a ganar la simpatía de los pobladores por todos los medios que estuvieron a su alcance: reduciendo impuestos, quitando derechos, abaratando la venta de excelentes mercaderías, etc Los criollos se aprovecharon de estas condiciones. Primero, porque pudieron vender todos sus productos que tenían almacenados desde tanto tiempo atrás. Y no sólo el cuero y el sebo, sino otros que jamás pensaron se podrían vender, como astas, cerdas, plumas. Segundo, porque los vendieron a muy altos precios. Nunca nadie les había pagado los precios que les pagaron los ingleses. Tercero, porque pudieron comprar grandes cantidades de mercaderías que necesitaban, muchas hasta de lujo, de la mejor calidad y muy baratas: por ejemplo, telas muy buenas que nunca habían siquiera soñado poder comprar.

Los ingleses establecieron sin duda estas condiciones especiales para que se notaran bien las diferencias entre su comercio y el de España.

6 — El guerrillero Artigas durante la invasión.

José Artigas, con sus blandengues, se retiró por algunos meses hacia el Cerro. A pesar de la seguridad y liberalidad conque los ingleses trataban especialmente a los criollos, no quiso quedarse en la ciudad. Las recomen-

daciones que traían los invasores eran de darle prioridad, en los puestos y en los trabajos, a los hijos de la región y favorecer el comercio en la mayor amplitud y libertad posibles.

Artigas, a pesar de estas ventajas que otros aprovechaban, prefirió seguirles haciendo la guerra de recursos. Entonces fué cuando realizó la segunda etapa de su ración como guerrillero; donde probó su ingenio en la lucha de recursos y la importancia que las guerrillas tendrían en un futuro no muy lejano. Se puede decir, en verdad, que fué entonces cuando inició militarmente, su lucha como guerrillero. Su actividad era molestarlos, inquietarlos de noche y de día, robarles la ganadería que tenían para la alimentación, quitarles las caballadas útiles, quemarles los campos para privarles de comida a sus animales, tirotear sus partidas sueltas o aislarlas y batirlas por separado.

Esta guerrilla, muy eficaz y constantemente realizada, preocupó seriamente a los ingleses, como así confesaron más tarde los oficiales que fueron juzgados en Inglaterra, por haber perdido estas colonias. Un general inglés, cuando declaró ante los tribunales, se refirió largamente a este problema de los caballos. Dijo que los enemigos habían barrido el país, de caballos y que los que dejaban eran tan malos que ni valía la pena ocuparse de ellos. Otro general conquistador, Achmuty, escribía a su vez sobre la táctica que empleaban los guerrilleros, diciendo que éstos eran unos hombres muy hábiles, que montaban, desmontaban, disparaban tiros a la carrera por encima del lomo de sus caballos, siendo muy difícil combatirlos Y que aparte de su acción de guerra, en cuya escuela habían aprendido a pelear todos los pobladores, cada habitante era siempre un peligroso enemigo. El alma de estos guerrilleros, que ensayaban de esta suerte una manera de combatir con ventaja a las fuerzas militares superiores, fué José Artigas, jefe de sus extraordinarios gauchos blandengues.

Recién cuando los ingleses evacuaron la plaza, luego que hubieron capitulado en Buenos Aires, Artigas volvió con su regimiento a los cuarteles de Montevideo. Y mien-

tras su jefe Arellano, participaba en las deliberaciones políticas de la Colonia que ya había empezado a inquietarse, cuando la Junta de 1808, Artigas de nuevo, por tierra adentro, perseguía a los malhechores, ponía orden en la campaña, vigilaba a los portugueses y vivía en una extremada pobreza militar. Eso era lo único que se sabía de su vida en el correr de esos años de 1808 y 9. Cuando las condiciones de vida se hacían muy insostenibles, reclamaba algún dinero para poder comer. En todo el año 8, la única ayuda que recibiera para su tropa, fueron cuatrocientos cincuenta pesos que le envió su jefe, y nada más. Pero Artigas, hombre generoso como lo fueron sus antecesores y como ellos también sacrificado, permanecía en su puesto de ayudante mayor de Blandengues, guardián del sueño de los hacendados de su tierra.

●

VI

ARTIGAS EN LA REVOLUCION

1 — Los graves problemas económicos de la colonia.

Las condiciones económicas de estas colonias, que debieron mejorar después de las invasiones inglesas, especialmente para que los pobladores no notaran la gran diferencia, fueron, sin embargo, peores. No eran más que un reflejo de las que sucedían en España, que vivía preocupada por la invasión napoleónica, la que se proponía construir una nueva sociedad: la sociedad burguesa que reemplazaría a la sociedad feudal existente.

La agitación en estas colonias había ido creciendo día a día. Los hacendados criollos eligieron un ilustre abogado, Mariano Moreno, para que les redactara un escrito representativo ante el Virrey, a fin de obtener mejoras económicas. Todos sentían la necesidad de acabar con el monopolio, con ese obligado comercio de compra y venta en manos de unos pocos comerciantes españoles, para que se pudiera levantar una economía nacional y vivir un poco mejor de lo que se vivía. Porque la verdad era que a pesar de que existían abundantes frutos del país, el agricultor vivía mal; el hacendado también; las masas campesinas no tenían tierra a pesar de los inmensos campos sin ocupar y debían andar rodando sin paradero fijo; los pequeños comerciantes se estancaban en sus pulperías; los artesanos no progresaban en las pocas y rudimentarias industrias en que les dejaban trabajar. Moreno pintó todas estas realidades en un magistral documento que fué enviado al Virrey firmado por un gran número de hacendados.

A pesar de que los propios criollos pensaron que les faltaba mucho para lograr su independencia, la gravedad de los acontecimientos de Europa, que se agudizaban aquí

en la propia Colonia, mes a mes, fué en aumento. Los ingleses habían conseguido sin duda parte de sus propósitos, como lo expresaron: hacer sentir a los habitantes del Río de la Plata los beneficios del comercio libre, y dar posibilidad al pueblo de que tuviera en sus manos las armas para su defensa, en una insurrección, como las tuvieron, con lo cual se crearía la fuerza armada nacional, en contra de la propa España. Exactamente como calcularon lo ingleses, sucedió en estas colonias.

Las invasiones inglesas desequilibraron toda la máquina colonial. Quien salió ganando fué el pueblo, que empezó a mostrarse soberano en sus decisiones: primero cuando nombró al Gobernador de Montevideo Ruiz Huidobro, **Jefe Supremo del Continente,** a raíz de la cobarde huída de Sobremonte. Casi en seguida, cuando en un Cabildo Abierto en Buenos Aires, invistió a Liniers con altos poderes militares, al encontrarse éste victorioso en una ciudad sin gobierno. Y, poco más tarde todavía, durante la segunda invasión inglesa y ante la precipitada retirada de Liniers, cuando se agolpó alrededor del rico comerciante Martín de Alzaga quien, con sus ocho mil comerciantes, fué el que verdaderamente derrotó a Whitelocke, el segundo invasor inglés.

Todos estos hechos fueron impulsando al pueblo a la acción, le dieron conciencia de su poder y delinearon, casi de inmediato, los dos importantes partidos que habían de jugar el mayor papel en los acontecimientos futuros: la fracción de los criollos y partidarios del comercio libre que rodearon a Liniers como figura principal, y la de los españoles monopolistas y realistas rabiosos que se solidificaron, en Montevideo, en torno a Francisco Javier de Elío, en un Cabildo Abierto, en mayo de 1808. Este movimiento de Montevideo trató de extenderse a la vecina orilla, dirigido por Alzaga, pero una vez descubierto, sus inspiradores fueron desterrados. En junio del año siguiente llegó a Buenos Aires, nombrado Virrey, Baltasar Hidalgo de Cisneros, héroe en la famosa batalla naval de Trafalgar, el que traía la recomendación de perseguir sin piedad a los partidarios de Liniers, del comercio libre y de cuantos mostraran la menor idea revolucionaria.

En América, los nativos seguían manifestando cada día mayor deseo de independizarse de España. En nuestra propia banda, Joaquín Suárez y algunos amigos, en el correr de este mismo año, habían intentado difundir las ideas revolucionarias, explicando los acontecimientos. Ya adelantados en los trabajos, y habiéndoles faltado **un hombre de armas** que reuniese las masas campesinas y las guiase, prefirieron retirarse a sus casas a la espera de que apareciera ese caudillo necesario.

Artigas, durante todo ese año, siguió siendo Ayudante Mayor de Blandengues. Sus familiares, mientras él recorría el interior en el desempeño de su cargo, vivían casi siempre solos en su casona de la ciudad. Su mujer, que había tenido un hijo, José María, y que había perdido otro, pasaba la mayor parte del tiempo recluída por haber perdido el juicio de resultas de una fiebre puerperal. Este hecho ensombreció el espíritu de Artigas y lo tornó más soledoso. Las pocas cartas que enviaba a su suegra, desde sus diversos campamentos, revelaban su pena por la enfermedad de su esposa Rafaela y le aconsejaba vender todo cuanto tuviera para asistirla en su enfermedad y atender a su hijo, que para eso había trabajado, como les decía.

En setiembre de este mismo año, a la muerte del capitán de su regimiento y gracias a ello, Artigas recibió los despachos de capitán, después de trece años de innumerables sacrificios. Y hasta aquí llegaría su carrera. A morirse, pues, de capitán en cuyo grado terminaban los destinos de los nativos, por muy llenos de condiciones y aspiraciones que estuvieran. Muchos de sus amigos, y que como él sufrían esos rigores de la Colonia y anhelaban la independencia, ya preparaban silenciosamente la revolución. Y abrigaban la esperanza de que este gran oriental entendería las duras realidades de su destino personal y las de su pueblo y se plegaría a las filas patricias cuando se le necesitara.

2 — Los patriotas argentinos iniciaron la revolución

Los problemas de la colonia que se habían ido agudizando por todas las causas que vimos, hicieron crisis en

mayo de 1810. Los patriotas argentinos se unificaron alrededor de algunos importantes personajes como Belgrano, Rodríguez Peña, Passo, Alberti, etc., que venían realizando sorda conspiración desde algunos meses atrás. Todos ellos eran representantes de los intereses de la clase rica nacional que se estructuraba rápidamente: hacendados y labradores de los alrededores de Buenos Aires, que inútilmente habían solicitado libertad para exportar sus productos; comerciantes libres a quienes vimos rodear a Liniers, desde un principio, a los que también vimos solicitar al Rey, sin éxito, libertad de derechos para fomentar el comercio con Brasil, Cuba y Estados Unidos. Estas fuerzas de la naciente economía nacional se conectaron con el pueblo, que sufría más que nadie las consecuencias de estas restricciones, y con las capas intermedias de la sociedad, mediante patriotas como los jóvenes empleados French y Berutti, el abogado Moreno y otros.

Durante la primera quincena de mayo se reunieron secretamente en distintos lugares, preparando los detalles en espera de las noticias de España: la caída de Sevilla en poder de Napoleón, que sería el pretexto para la insurreción general aquí. Y cuando una rápida fragata inglesa llegó a Buenos Aires con la noticia de la caída de Sevilla, los patriotas, con la intervención del jefe patricio Saavedra, decidieron pedir Cabildo Abierto para decidir la suerte del gobierno español en el Río de la Plata. Desde ese instante, hasta el 21 de mayo en que se decidió la convocatoria del Cabildo Abierto, en la Plaza Mayor, quedó echada la suerte del gobierno español en Buenos Aires.

La Asamblea se efectuó el 22, a las diez de la mañana. Las autoridades españolas trataron de sostener el régimen existente pero los patriotas, por la palabra encendida de Castelli y especialmente del doctor Passo, plantearon la necesidad de que estos pueblos se dieran la forma de gobierno que ambicionaban. Destruyeron de este modo, ese concepto servil del Obispo Lué, que quiso hacer prevalecer en la Asamblea: de que mientras existiera en España un pedazo de tierra mandado por españoles, ese pedazo de tierra debía mandar a América; y que mientras

existiera un solo español en las Américas, ese español debía mandar a los americanos...

A pesar de la brillante defensa que hizo el Dr. Passo, un gran grupo de los patriotas todavía sostuvo el criterio de que el Virrey debía integrar el gobierno frente a los que sostenían un gobierno sin ingerencia española. Es posible que si el pueblo no hubiera estado muy vigilante en todas las actividades realizadas los días 23 y 24, como estuvo, se hubiera frustrado la Revolución de Mayo. Pero el pueblo en connivencia con los regimientos de criollos, no desalojó la plaza hasta conseguir, con su presión, llevar a feliz término la creación de una Junta Revolucionaria compuesta por criollos, lo que se realizó el 25 de Mayo, junta que presidió Saavedra y tuvo por principal nervio ejecutor al secretario Moreno. Con este hecho quedó enterrado el viejo régimen monárquico español y triunfó la burguesía nacional, que era la nueva e importante fuerza económico-política, de la colonia.

3 — Actitud de Montevideo frente a la Revolución de Mayo.

Montevideo, desde el cabildo abierto de 1808, había tratado de unir a todas las clases poderosas en un sólo bloque para defender, desde esta ciudad, los posibles cambios políticos que se preveía habían de efectuarse en el Río de la Plata. El que fomentó siempre este estado de cosas fué el Gobernador Elío, un obsecuente instrumento de los comerciantes españoles. Y, a pesar de su vigilancia, también en Montevideo se había tratado de crear un Partido Nacional que respondiera en esta región, a las ideas de los patriotas de la Revolución de Mayo. En Montevideo se ocultaba todo lo que sucedía en Buenos Aires. Pero no se pudo ocultar la llegada del Dr. Passo, miembro de la Junta Revolucionaria, que vino a sondear los ánimos en esta ciudad. Pero el Dr. Passo no sólo no tuvo éxito en su gestión sino que debió salir poco menos que disparando de Montevideo y los que pretendieron defenderlo, fueron duramente criticados. A las medidas revolucionarias que sucedían en Buenos Aires, el gobernador interino Soria,

que ocupaba el puesto de Elio, que había ido a España a dar cuenta de todos estos hechos, respondió con edictos en las paredes declarando traidor a toda persona que se atreviera a proponer, ni aun en conversación particular, ninguna innovación, ningún personaje, ningún protector ni jefe que no viniese nombrado por el legítimo Soberano Fernando VII o por la Junta Central de España. El Cabildo de Montevideo acusó a los patriotas de alta traición, a pesar de que quisieran encubrir sus actividades con un sello de obediencia a Fernando VII. Pero la Junta de Buenos Aires continuó, firmemente manejada por Mariano Moreno, realizando su labor revolucionaria. Sus medidas, que iban ya más lejos de los que pretendieron los propios miembros de la Junta, bajo la dirección de Moreno, empezaron a desatar una sorda lucha en contra de la Revolución. Moreno, con la colaboración de Castelli y Passo, no se inmutó por esta reacción contra su realización sino que siguió el firme camino que se había trazado en su famoso Plan. Estableció una nueva escala para los derechos de importación en favor de los frutos del país; tomó precauciones para evitar el contrabando; permitió la extracción de los metales con un impuesto especial, acabando de este modo con su salida clandestina; quitó el derecho a un solo comerciante a la consignación de las mercaderías que llegaban a plaza, como había sucedido hasta entonces; envió una fuerza al interior con militares, acompañada de un comisionado civil con instrucciones secretas redactadas por él mismo y radicales en su ejecución. Esta comisión militar debía, en primer término, apresar a Liniers y demás sublevados en Córdoba y ejecutarlos donde fueran tomados. Y así lo hizo...

A Montevideo había llegado mientras tanto, Cavia, un delegado de Buenos Aires, para reconstruir el Partido Nacional y obtener la intervención de dos jefes militares, Murgiondo y González Vallejo, uno de los cuales era pariente suyo. Descubiertos los trabajos, fueron presos los militares debiendo escapar Cavia a Buenos Aires. Este hecho alarmó a las autoridades de Montevideo, que iniciaron una intensa campaña contra los revolucionarios, e ntoda la Banda, para recuperar los pueblos que se habían ido pronun-

ciando en favor de la Junta de Buenos Aires. Ya había en el interior del país muchos grupos en pie de revolución, como el del Pino en Colonia, el de los curas Gomensoro y Pelliza en Soriano, y otros. En vista de la ocupación de Colonia y Maldonado por los españoles, Buenos Aires rompió sus relaciones con Montevideo. La revolución había empezado a tomar cuerpo de Sur a Norte y de Este a Oeste, y la América se empezó a cubrir de sangre y cantos. El estribillo

Que viva la patria,
muera el que es traidor,

no se cantó solamente a Castelli cuando entró a Salta. En el Norte del Continente, en Caracas, también su eco hacía brindar a los patriotas por la revolución. El movimiento emancipador del Río de la Plata, al que Moreno le había impreso un recto camino, siguió cumpliendo su destino, exactamente como lo quisiera el gran secretario, hasta el momento en que le obligaron a abandonar su cargo, vencido por la maniobra contrarrevolucionaria, con Saavedra y Funes a la cabeza.

En nuestra banda, felizmente, ya había aparecido el hombre de armas llevar por el que clamaban los orientales dos años atrás. Muy pronto se incorporaría Artigas a la revolución para tratar de alcanzar fines aún más altos que los que se propuso sin conseguirlo, desde la secretaría de la Junta Revolucionaria, Moreno.

4 — Por qué Artigas se incorporó también a la Revolución.

Durante veinte años de su vida, Artigas recorrió la campaña en todas direcciones. Nadie como él había podido apreciar las condiciones de vida de sus moradores, la **bárbara opresión,** como decía él mismo, en todos sus aspectos, en que ellos se debatían. En contacto con las diversas clases sociales, ciudadanas y campesinas, ricas y pobres, se habituó a ver los problemas en su más desnuda realidad. Cuando trataba a los hacendados, éstos le mostraban el

aislamiento material en que se encontraban, especialmente en los últimos tiempos, a raíz de las guerras en la Península. Otros le enseñaban sus frutos y productos estancados por falta de exportación. Había quienes se quejaban amargamente de que, incluso para vender producciones, debían frecuentar los zaguanes de los comerciantes poderosos como en procura de limosna. Y no eran estas solas realidades que padecían, las que oyó Artigas en sus veinte años de correrías. Sino aún las que deberían padecer en el futuro, ya que sólo España, cada día con menos flota mercante, no podría consumirles la inmensidad de frutos que reclamaban salida. Ni tenía consumidores suficientes, ni marina para transportarlos, ni realizaba comercios con otros países ni permitía que otros países compraran a estos productores. No les quedaba más remedio, pues, que la ruina. Por eso, de un extremo a otro de la Banda, en las cuchillas norteñas o sobre la costa del Uruguay, sobre los médanos del Plata o en las provincias de Entre Ríos y Corrientes, se acostumbró a oír un sólo grito: **¡Abajo la prohibición, viva el libre comercio!**

¿Y los agricultores qué le decían a su vez? No somos más que hombres condenados a morir en la miseria, era la voz de unos; solamente con el libre comercio podremos redimirnos de nuestra continua privación, eran palabras de otros; podríamos comer mejor, vestir mejor, vivir mejor, si hubiera libre comercio, le agregaban muchos, y todavía no faltaba quienes le decían que solamente de esta manera, es decir, con la posibilidad de vender a cualquiera, sus trigos no irían a rellenar los pantanos, como sucedía en esos momentos.

Pero no eran sólo estas personas que hablaban de sus necesidades económicas en primer término, quienes le alcanzaban razones a Artigas, era también la masa sin destino: los desarrapados, salteadores, changadores, vivaqueadores, guitarristas, cuchilleros, zambos expatriados, indios irredentos o ya redimidos, negros esclavos; era toda esa caterva humana, que unos llamaban **chusma** de toldería, y otros **plebe** de las ciudades y villas.

Viviendo sus vidas y sintiendo sus problemas, el gran corazón de ese hombre humano que fué Artigas, soñó un

día poder asentarlos en la tierra con un destino más seguro. Era toda esta gente, y además los señorones, los descendientes de gobernadores y militares cuyas vidas y ambiciones políticas, militares y sociales estaban limitadas por el solo hecho de haber nacido en estas colonias. Todas éstas fueran las grandes razones que sirvieron a Artigas para colaborar en la Revolución. Esas palabras, hechos, experiencias, formaban la base de su mayor sabiduría y cultura. Por eso Moreno, en la Junta, en seguida pensó en la necesidad de que hombres como Artigas formaran en las filas revolucionarias. Antiguos compañeros de escuela, como lo fueron Nicolás de Vedia, se encargaron de ilustrarlo sobre las ideas de independencia. Y, de inmediato, un núcleo de los mejores orientales, se unficaron en Partido Nacional para estudiar y discutir los negocios relativos al Continente y al Uruguay. Entre ellos estaba el joven Miguel Barreiro, el culto párroco Damaso A. Larrañaga, el fuerte hacendado Tomás García Zúñiga, el comerciante Francisco Aguilar, el capitán retirado, de Blandengues, José Pacheco, y otros.

El Partido empezó a engrosar día a día, con la colaboración de los curas patriotas de varios departamentos y nuevas figuras que se incorporaban a sus filas: los Pérez, los Vázquez, los Zufriategui, los Rivera, Pereira, Obes y muchos más. En plena formación de este Partido Nacional, los encontró Elío a su regreso de España, nombrado virrey. Se propuso combatir duramente esta situación. De inmediato cerró los puertos de esta Banda, obtuvo de los ingleses respeto a esta medida; estableció cruceros vigilantes en el río; reforzó la guarnición de Colonia nombrando jefe al brigadier Muesas.

A medida que los hechos se fueron agravando, los patriotas fueron enardeciendo más a Artigas. Ya su primo Manuel había marchado con Belgrano al Paraguay, destacándose por su arrojo. Otros parientes, como los Barreiro, formaban y animaban el Partido Nacional. Artigas, sin más vacilaciones entonces tramó su incorporación a la Revolución. Confió esta resolución solamente a algunos de los oficiales de su mayor confianza, como a Hortiguera,

a quien había conocido bien en su campamento de Batoví, junto a Azara.

Elío estaba al tanto de todos estos movimientos y había apodado a los patriotas, los **tupamaros,** por Tupac Amaru, mote que le decían especialmente a Artigas y a Rondeau, otro importante oficial criollo a quien los patriotas habían conquistado. Pero José Artigas, ya hecha su composición de lugar en este drama que se iba a jugar en su gran parte en esta Banda, decidió plegarse definitivamente a la Revolución. Y que los acontecimientos dijeran sobre el porvenir...

5 — Su rompimiento con los españoles: incidente con Muesas.

Artigas, que se encontraba en Paysandú, recibió una nota del virrey Elío para que se presentara a Muesas, que estaba en la comandancia de Colonia, y con ella marchó hacia la vieja ciudad del Oeste. Allí ya estaba su Cuerpo de Blandengues, reforzando la guardia frente al belicoso Buenos Aires.

Muesas era un brigadier encanecido en las tareas militares, defraudado en su orgullo por no haber ocupado el puesto al cual venía destinado desde España y de carácter duro, en especial con los criollos. Nunca había contemporizado con los hábitos de las huestes de Blandengues, ni había entendido a estas tropas que comandaba Artigas y otros capitanes criollos de tolerante disciplina. Artigas era amigo de sus subalternos y estaba unido a ellos por otros lazos que por los de la sola jerarquía militar. Hay que reconocer que su **muchachada,** por lo general, abusaba de sus cargos y se excedía en sus licencias.

Cierto día, en Colonia, un oficial de blandengues, del Regimiento de Artigas, entró a una pulpería, un poco ebrio, y se llevó algunas prendas de recado que el pulpero no quiso vendérselas, todo esto después de un pequeño tumulto en el que salió a relucir el cuchillo. Artigas no tomó medidas contra este oficial y Muesas reclamó por el infractor. El jefe oriental compareció entonces ante Muesas y cuando el brigadier le increpó por el oficial, Artigas contestó:

—No ha habido violación, como se dice, además la riña fué ocasionada por una disputa y el comerciante hizo uso de las armas antes que el oficial...

—¡Eso no es cierto! — replicó iracundo Muesas, que agregó: — El comerciante acaba de irse de aquí luego de enterarme de los hechos.

Artigas se detuvo un instante y cuando Muesas le insistió por el paradero del oficial, le contestó despaciosamente:

—... y en cuanto a su paradero lo desconozco...

—¡Usted lo tiene en su campamento! — le volvió a decir, en un tono cada vez más agrio, que le dibujaba dos grandes arrugas a los lados de su cara altiva.

—Yo no he ocultado a nadie. Todos saben que ese oficial ha huído.

—Le doy a usted veinticuatro horas para la entrega de ese oficial o haré a usted responsable por su falta de cumplimiento... — determinó duramente el español.

Artigas, aunque hubiera tenido al oficial en su poder, después de este diálogo ya no le hubiera entregado. Por eso fué que contestó en términos violentos, fuera de jerarquía, al brigadier español. A ellos quiso atemorizar un:

—¡Silencio! — dicho por Muesas, quien agregó: — ¡Si es preciso he de mandarlo a usted preso con una barra de grillos, a la isla de San Gabriel!

—¡No crea que me la dejaré poner! — fueron las últimas palabras que contestó Artigas, rápido en expresión y en acción, al brigadier Muesas, a quien dejó perplejo en su despacho.

Sin pérdida de tiempo, marchó a su campamento que estaba sobre la playa cercano a un inmenso ombú que allí existía. Conferenció de inmediato con el oficial Hortiguera y convinieron ambos que la situación era difícil y violenta, pero un inmejorable pretexto para desertar de las filas españolas. Hortiguera era nacido en Buenos Aires y esperaba también una oportunidad para irse. Se les unió también otro argentino, el cura Peña, y como ninguno de los tres quisiera correr la suerte de algunos orientales, como el doctor Obes, que andaba navegando a la deriva en un barco, por cerca de la Habana, o la de otros orientales

encerrados en las mazmorras, de inmediato decidieron huir. Se internaron por la costa de Colonia en dirección al sudoeste, por el viejo camino que llevaba y lleva al actual puerto de Nueva Palmira. Se proponían atravesar el río en algún lugar menos frecuentado por los barcos españoles. La travesía se efectuó en un lanchón de prácticos que los dejó en la costa argentina como a tres pasajeros desconocidos.

Su deserción fué inmediatamente notada por Muesas y la noticia corrió velozmente por todo el país. Esta era una de las señales convenidas con sus amigos para que estallase la insurrección. Desde ese día su Cuerpo de Blandengues se empezó a disgregar rápidamente, con la misma velocidad que se nucleaban las fuerzas revolucionarias que respondían a los trabajos del Partido Nacional.

Pocos días más tarde, en los primeros del año 1811, se presentó Artigas a la Junta Revolucionaria de Buenos Aires, justo en el momento en que su situación político-militar era bastante difícil. Artigas, sin duda, no era un desconocido para la Junta; era un oficial nativo, distinguido, que conocía como nadie la Banda Oriental, y cuya influencia como caudillo entre las masas campesinas, era indiscutida Sus cuarenta y siete años en ese momento que se plegó a la Revolución, no le habían quitado ardores en cuanto a su ansia por la libertad de estas tierras, y sus entusiastas expresiones contrastaban un poco, sin duda, con la frialdad y reserva de los patricios conservadores que presidía Saavedra. Quizás la Junta vió en Artigas a un hombre demasiado fogoso y entusiasta por la libertad, como lo había sido el secretario Moreno, en especial cuando Artigas se comprometió a llevar el estandarte de la libertad hasta los muros de Montevideo, siempre que le auxiliaran con armas y dineros.

La Junta le asignó doscientos cincuenta blandengues, el grado de teniente coronel y algún dinero para emprender su campaña.

Artigas marchó hacia Entre Ríos a movilizar sus amistades de ambas márgenes del Uruguay. Solamente con un ayudante hizo una travesía rápida por los campos de Buenos Aires, despuntando los riachos en los bajíos de Santa

Fe, atravesando el ancho Paraná y bordeando leguas enteras de esteros y pajonales hasta llegar a Nogoyá, en donde estableció provisionalmente su campamento. Desde este lugar, envió numerosos correos hacia todos los vientos y aquí empezó a reorganizar su antiguo regimiento de Blandengues con los desertores que llegaban continuamente.

Para los españoles, la deserción de Artigas fué una dura pérdida de la que se haría referencia hasta en las propias Cortes Generales. El diputado por Montevideo, Zufriategui, comentando su deserción y la de Rondeau, dijo que la de Artigas era especialmente sentida por sus grandes conocimientos en la persecución de los bandoleros de la campaña, de los indígenas rebeldes y de los portugueses que en tiempos de paz usurpaban los ganados y se establecían tranquilamente en tierras españolas.

Desde Nogoyá, Artigas movilizó abiertamente entonces a todas sus amistades y de inmediato se operó en la Banda Oriental un movimiento constante envolviendo la región en un solo viento de revolución.

6 — Los primeros movimientos revolucionarios en la Banda.

Artigas fué, pues, el jefe que necesitaban los orientales. A su alrededor se fueron juntando los hombres, desde los primeros días de enero del año 1811. Y no fueron solamente paisanos sueltos, ni aquellos asalariados, fueron además vecinos establecidos, poseedores de estancias, labradores y comerciantes. Todos, dejando sus casas y familias, engrosaron las filas de su ejército.

De los primeros en levantarse en armas fué Francisco Redruello, el comandante militar del lejano Belén, ese pueblecillo que queda en el norte del Salto, sobre el Uruguay. Cuando los primeros patriotas pasaron para el Paraguay, la simpatía revolucionaria quedó flotando entre los vecinos de Belén, y Redruello se encargó de lo demás. Siguiendo por la costa del Uruguay, más al Sur, en Casablanca, primer sitio en donde se fundó Paysandú, otro grupo de patriotas se levantó en armas. Entre ellos es-

taban el antiguo capitán Jorge Pacheco, Pancho Bicudo y el entrerriano Francisco Ramírez. Los españoles que rondaban esas aguas, sorprendieron a los patriotas que se defendieron bravamente pero fueron sometidos y apresados. Este inconveniente no detuvo a las fuerzas patriotas. El virrey Elío multiplicó sus vigilancias y sus amenazas señalando la horca que había hecho levantar sobre las murallas, pero no alcanzó a atemorizar las **agrupaciones de bandidos,** como él llamaba a los que querían ser libres. Las cartas de Artigas siguieron cruzando el país en todas direcciones. No había rincón de la Banda en el que no se hablara de él como el jefe indiscutido; en los fogones como en los confesionarios, en los ranchos como en las estancias.

En el distrito de Soriano, después de dos curas patriotas, el cabildante Chávez y el Juez Vega, siguieron preparando los ánimos para el instante decisivo. No era ajeno a estos trabajos el teniente de blandengues Ramón Fernández, amigo personal de Artigas, a cargo del destacamento de Mercedes. Hasta ese momento habían estado juntos, hacendados, cabildantes, militares. Pero de inmediato se agregaron a los trabajos, hombres del pueblo, soldados, capataces y peones de estancia, como lo eran Venancio Benavídez y Pedro José Viera, el uno cabo de milicias y el otro, llamado Perico Bailarín, por lo bien que danzaba con zancos, capataz de estancia.

Estos dos hombres del pueblo fueron los que acaudillaron a los de abajo, la peonada de las estancias vecinas y reclutaron los hombres con los cuales, en el amanecer del 28 de febrero de ese año de 1811, dieron el **Grito de Asencio.** Esos hombres que se reunieron en las orillas del arroyo Asencio Grande para expresar su decisión de empezar su lucha por la independencia, eran gentes muy diversas y pintorescas. Por lo general, iban vestidos con chiripá de merino, sobre calzoncillos cribados, sujetos con cintos rellenos de balines cortados, clavos picados y saquitos de pólvora, yendo calzados con botas de cuero de potro, muchas aún frescas, y llevando recubiertas las cabezas por algún sombrero **panza de burro,** o simplemente sujetando sus cabellos con la vincha tradicio-

nal. Iban armados de la manera más curiosa: algunos con viejas carabinas enmohecidas; otros con sables mellados y sin empuñaduras; muchos con pistolones y trabucos naranjeros, y los más con hojas de tijera de esquilar y cuchillos de desjarretar enastados en cañas y varas flexibles de membrillo y guayabo, lanzas que adornaban con los trapos de la patria.

Fueron estos patriotas de Viera y Benavídez, los primeros que se reunieron y decidieron con su grito: **¡Compañeros paisanos, adelante!,** que diera el gigantón Benavídez, el principio de la campaña libertadora que ya no pararía más. De ahí se dirigieron al pueblo de Capilla Nueva, como llamaban entonces a Mercedes, en donde se les unió Ramón Fernández, que les esperaba con sus blandengues. Todos los contornos, de inmediato, se fueron comunicando con los patriotas que, por chasques sucesivos, daban cuenta de estos éxitos a Artigas que se encontraba aún en Nogoyá .

El pueblo de Mercedes fué, pues, el primer baluarte de los patriotas y por eso ocupa un lugar muy distinguido en nuestros hechos heroicos. Desde ese pueblito los patriotas se dirigieron a Santo Domingo de Soriano, población que está sobre el río San Salvador, consiguiendo que las autoridades se plegaran a la revolución, y fué allí en donde se derramó la primera sangre oriental, poco después, contra los españoles.

7 — Algunos de los Tenientes de Artigas.

El movimiento revolucionario tuvo un eco enorme en toda la Banda, y, casi en seguida, empezaron a aparecer en todos los rincones, los caudillos que iban a sostener la causa de los patriotas. Mientras que en las provincias del Litoral, algunos amigos de Artigas se apoderaban de poblaciones, en los cuatro puntos cardinales del Uruguay, otros amigos levantaban los paisanos de sus ranchos y con tropillas de caballos por delante, marchaban a incorporarse a las filas.

Por entre las asperezas del Norte, sobre el Lunarejo, un mulato santiagueño, Blas Basualdo, más conocido por

Blasito, se había convertido en jefe; más al Sur, sobre Tacuarembó, juntaban gentes y caballadas, los hermanos Ojeda: Baltar y Pancho, unos indios grandes y callados, paraguayos de caras anchas, conocedores de los campos por el solo olor de los pastos. En los rincones del Noroeste, junto con Rodruello que hemos citado, entusiasmaban a los paisanos, Julián Laguna y Manuel Pintos Carneiro, dos fuertes hacendados de origen brasileño. Por las Cuchillas de Cerro Largo, Francisco Antonio Delgado, junto con sus peonadas y amigos, se unió a un comandante español, Joaquín de Paz que también sentía la causa criolla y marcharon al encuentro del estanciero minuano Bustamante, y todos juntos se dirigieron a incorporarse con los Artigas, que ya habían salido de sus estancias de Sauce y Casupá, rodeados de soldados y oficiales que se habían ido concentrando.

Por el centro de la república, desde el Durazno, vinieron los hermanos Rivera, Félix, que murió de un síncope en el viaje, Fructuoso y Bernabé, criado como hermano, hijos de un rico estanciero e industrial. Por las costas del Arroyo Grande, esa raya de agua que divide Soriano de Flores, otros hermanos eran los caudillos: Baltasar y Marcos Vargas, también de origen paraguayo, y los Quinteros, orientales.

Por el Sur, el cura Figueredo del Pintado; Manuel Francisco Artigas, hermano del Jefe; Andrés Latorre, teniente de húsares; los hermanos Duarte, Jerónimo y Felipe; José Llupes, un mozo alto, hijo de Canelones, como el rico industrial Joaquín Suárez, también de la partida; los hermanos Tejera, especialmente Faustino; el valeroso mulato José Antonio Berdúm, todos estos, y muchos otros más fueron los caudillos que se improvisaron en tenientes de Artigas, y que desempeñaron un extraordinario papel en las guerras siguientes.

Más cerca de Montevideo, los hermanos Bauzá equiparon una columna de su propio peculio y coloboraron en todo el poderoso terrateniente Tomás García de Zúñiga, el hacendado Ramón Márquez, el cura Gómez y los hermanos Vázquez. Y en los propios alrededores de la ciudad, sobre las mismas narices de Elío, ahora virrey, en las estancias

reales del Rincón del Cerro, Fernando Otorgués, de las que hasta ahora había sido capataz, fué el que azuzó al paisanaje. Otorgués, primo y amigo de la infancia de Artigas, fué un genio de las travesuras, del valor y de la fama gaucha bien ganada.

Casi todos los caudillos de la amistad personal de Artigas, fueron los que revolucionaron la campaña. Provenían de distintos orígenes y clases sociales. Unos eran changadores de tropas, otros hacendados, muchos curas, militares y comerciantes. Todos sintieron que este movimiento les importaba tanto como a la propia indiada sin tierra ya, a los gauchos montaraces y a los negros esclavos. De todas las capas sociales salieron los tenientes de Artigas, los **amigos** a que se refirió en su manifiesto, los que contribuirían a fijar la felicidad de todos, en una larga patriada sin reposos ni vacilaciones.

3 — Las primeras victorias patrióticas y el desembarco de Artigas.

Antes que Artigas desembarcara en Buenos Aires, las tropas patrióticas habían marchado, de acuerdo con sus órdenes, desde el Oeste y el Norte hacia el Sur, para aproximarse a las ciudades que estaban en manos de los ejércitos españoles.

Y mientras el entrerriano Bartolomé Zapata se apoderaba, —usando como armas casi solamente lazos y cuchillos,— de los pueblos de Gualeguay, Gualeguaychú y Arroyo de la China, sobre la costa del Uruguay; otros oficiales orientales, en los primeros días de Abril, agregaban nuevos triunfos a los del entrerriano. La columna al mando de Benavídez, el del grito de Asencio, pasó el arroyo San Juan y se dirigió al pueblito de Colla, hoy Rosario, obligando rendirse su guarnición. Y al anochecer entraron en el pueblo las pistorescas tropas, estableciéndose en ese lugar en campamento provisional.

El virrey Elío destacó milicias para reforzar la guarnición de San José pues las tropas patriotas, después de Colla, se dirigieron hacia ese lugar.

Artigas, que estaba en Nogoyá, como vimos, partió

hacia Buenos Aires a fines de Marzo, llegando a la capital argentina en los primeros días de abril. Ahí se presentó nuevamente a la Junta para recabar los ofrecimientos anteriores, en poder de lo cual se dirigió de inmediato a la Banda Oriental. Era necesario llegar cuanto antes para ponerse al frente del inmenso movimiento que se operaba en todas direcciones del país. En los primeros días de abril, pues, acompañado de los blandengues que le proporcionara la Junta, desembarcó en la Calera de las Huérfanas, en Colonia, siendo recibido por un numeroso grupo de patriotas que le honraron designándolo **Primer Jefe de los Orientales.** Fué este otro un importante hecho de nuestra historia.

Los que lo esperaban a Artigas en ese desembarcadero vieron, en el jefe que llegaba, a un sencillo oficial blandengue, vestido con el traje de su regimiento y cubierto por un gran sombrero aludo, un poco echado hacia un costado. Sus cuarenta y siete años algo habían encorvado su figura, que si no era muy alta, era bien proporcionada. Sus miembros eran fuertes como su pecho y tenía un rostro blanco-mate en el que se destacaban su frente ancha, sus ojos claros, una nariz ligeramente aguileña familiar al aire de los Artigas, y la barba poco poblada y rasurada. Todo su rostro estaba como envuelto en ligera melancolía que hacía más grata y respetable su figura entera.

De inmediato se dirigió con su columna a Mercedes en donde estableció su cuartel general. Desde esa villa lanzó a los habitantes del país, una entusiasta proclama, llamándolos a la necesaria unión, asegurándoles que con ella se lograría la victoria y dando cuenta del apoyo que todos habían prestado a la causa patria, en esos momentos. Terminaba su primera proclama a sus paisanos, diciendo que **vencer o morir,** debía ser el lema de los orientales.

De ahí comisionó a su primo Manuel Artigas, que había sido ya un héroe del Ejército de la Junta de Buenos Aires en la campaña del Paraguay, para que ocupara el pueblo de San José, junto con las tropas de Benavídez que se dirigía a ese lugar. A Manuel se le incorporaron los gauchos del paraguayo Balta Vargas, y entraron a la ciu-

dad antes de que pudieran llegar los refuerzos que enviaba Elío para la guarnición de la ciudad. Desgraciadamente las tropas españolas ya venían cerca y los patriotas, para no encontrarse entre dos fuegos, decidieron salir a detenerlos en el Paso del Rey, sobre el río San José. Aprovecharon un campo raso en donde mostraron a los españoles el valor de los cuchillos orientales en la lucha cuerpo a cuerpo, pero no pudieron evitar que los españoles siguieran a la ciudad, aunque empujados por la valentía patriota. Los españoles entraron a la ciudad al anochecer, formados en cuadros y hostigados en su retaguardia por las fuerzas de Manuel Artigas, que dispuso un sitio de guerrillas, mientras no llegaran las fuerzas de Benavídez para reforzarlo.

Tan pronto como los españoles estuvieron dentro de la ciudad, en plena noche, se dedicaron a construir las defensas de la plaza. Levantaron trincheras en cada casa, cavaron fosos y convirtieron la ciudad en un verdadero baluarte. Los patriotas quedaron sitiándola cuatro días mientras llegaron los refuerzos que esperaban. Recién el 25 de abril se unió Benavídez con las tropas sitiadoras e intimó a los españoles a rendirse a fin de evitar matanzas. Los españoles contestaron que estaban prontos a repeler el ataque. Entonces los patriotas atacaron por cuatro puntos, bajo un violento fuego de fusilería que no detuvo la marcha de las columnas, ciudad adentro. Manuel Artigas iba al frente de una columna como era su costumbre de valiente, cuando fué alcanzado por una descarga de metralla que al rebotar en una casa, le mató el caballo y le hirió gravemente. Su lugar lo ocupó de inmediato Quinteros, y la toma de la ciudad se realizó rápidamente por los soldados enardecidos por hechos como el del oficial Almirón que, con los intestinos afuera, y vendado apenas con un pañuelo, no abandonó su puesto hasta que a las doce del día las dianas anunciaron la victoria de los patriotas. Prisioneros, armas, municiones, víveres y una importante plaza fué el fruto de esta victoria que costó la vida de Manuel Artigas, el que murió un mes más tarde en esa misma ciudad.

Otro Artigas, Manuel Francisco, primo de Manuel y

hermano del Jefe, en esos mismos momentos y sin derramamiento de sangre, ocupaba los pueblos del sureste de la Banda.

9 — Artigas rechazó dignamente la primera oferta española.

Estas victorias de los patriotas multiplicaron el entusiasmo en toda la Banda. De todos lados surgían soldados que se incorporaban a los ejércitos de Rondeau, nombrado jefe por la Junta, y a los de Artigas, nombrado Jefe por los Orientales. En Montevideo reinaba confusión y temor. Hasta el comercio había hecho su regimiento para colaborar en la defensa de la Plaza. Elío embarcó a algunos entusiastas patriotas a España, como castigo y advertencia. Sin embargo, vivía receloso de todos los habitantes porque los patriotas hacían correr muchas noticias, falsas unas, verdaderas otras, que preocupaban constantemente a autoridades y población.

Artigas, como los demás caudillos, había seguido marchando en dirección a Montevideo, la ciudad que era necesario reducir. Había salido de Mercedes después del 20 de Mayo, y en lenta marcha llegó hasta el río Santa Lucía, en donde dispuso un nuevo descanso para realizar cómodamente la cruzada del río. Para hacerlo debía valerse casi exclusivamente de las balsas que iban y venían por sus rústicas maromas, muchas veces al día. La caballería numerosa atravesaba a nado con sus jinetes prendidos de la cola y los envoltorios de ropas y armas sobre los recados. Otras gentes utilizaban los dos o tres pequeños botes de tránsito, improvisaban pelotas de cuero o fabricaban nuevas balsas con pipas vacías que conseguían. Porque no era solamente el ejército quien debía cruzar el río, sino, además, todo un pueblo que venía siguiendo al Caudillo y que debía ser auxiliado y cuidado de continuo, lo que hacía las marchas más lentas y fatigosas. Por otra parte, el pueblo marchaba con la totalidad de su existencia: sus familiares, sus bienes, sus carretas, sus tropillas, sus ganados. Parecería que había sido con todo esto que se había levantado en armas contra los españoles.

Dirigiendo el cruce sobre el río, un enviado de Montevideo encontró a Artigas. El enviado era su primo Manuel Villagrán, que el 10 de mayo llegó hasta su campamento y quien, luego de algunos rodeos, dió cuenta de la comisión que le traía:

—Vengo de parte de un pariente y amigo suyo a quien el Virrey recomendó el asunto que me trae. . . —le dijo Villagrán, un poco dificultoso en el diálogo.

—¿Del Virrey?. . . —repitió Artigas, mientras miraba a su pariente.

—. . .Sí, quiere ofrecerle lo que el Gobierno de Buenos Aires le niega, —insistió el enviado.

—Ese gobierno ya no tiene nada que ofrecerme, —respondió Artigas secamente.

—Sin embargo, le ofrece el grado de General, una fuerte suma de dinero y la Jefatura de la Provincia si usted. . .

Artigas, al principio se ensombreció. Sobre su rostro pálido bajó una nube desde la frente que le fué cubriendo de rojo.

—¿Conque. . . general, dinero, jefatura? ¿Y es usted quién ha venido a ofrecérmelo? —le preguntó casi con ira. Por el tono de su última expresión, Villagrán ya no le contestó Artigas quedó midiéndolo con la mirada, largo instante, luego, calmosamente, dirigió la vista hacia la costa del río. Hacia allí en donde estaba esa multitud afanosa, inquieta, yendo y viniendo en mil estampas diversas; ahí en donde estaba ese mundo de cosas desparramadas, de mujeres que adormecían hijos, de hombres de chiripá y descalzos o en botas de potro, que manejaban grandes cudas. Ahí estaba su pueblo. De ellos había venido su jefatura indiscutida, que era la única que él entendía y aceptaba. Y cuando miró de nuevo al emisario tuvo que apretar los labios para no gritarle cuatro insultos que le subieron a la boca. Llamó entonces a su secretario y dictó, en presencia de su pariente emisario, una carta por la cual éste se enteraría de la contestación de su comisión y de su propio destino. En dicha carta le decía al mediador del Virrey que tal oferta era un insulto a su persona y a sus sentimientos, y que era tan indigna del carácter del me-

diador como de su respuesta. Porque él sólo aspiraba al bien de la patria en la justa causa que seguía... y así la continuaba. Y para reafirmar dignamente su decisión, a su pariente Villagrán que, alelado frente a Artigas, oía dictar la carta, lo mandó preso a Buenos Aires para ser juzgado como correspondía, lo que también comunica en su carta, la que finalizaba asegurándole que mientras eso sucedía, él, a la cabeza de tres mil hombres de línea y numeroso vecindario, marchaba a sostener los derechos de los hombres libres con todo el honor que exigía la patria y el decoro.

Y apenas el chasque que llevaba la carta partió hacia Montevideo, Artigas ordenó la marcha de su ejército hacia las puntas del arroyo Canelón Chico, siempre en dirección a Montevideo, el baluarte de los españoles en el Río de la Plata.

10 — La Batalla de Las Piedras.

Desde Santa Lucía marchó Artigas, pues, con parte de sus tropas en dirección a la capital. Su intención era alcanzar Las Piedras, lugar de concentración de las fuerzas revolucionarias cuya vanguardia era aquel ejército. Llevaba de ayudante a un poeta guerrillero, Eusebio Valdenegro, de bella estampa y palabra persuasiva en las décimas que componía. Era hijo de humilde cuna y había sido recogido por Artigas que lo conoció en las vaquerías y que vió en él a un gaucho guapo y ladino, una especie de genio espontáneo de los que producía nuestra tierra.

Las tropas de Artigas marcharon toda la noche en caravana silenciosa para socorrer al hermano del Jefe que pedía insistentes refuerzos. La intención de Artigas era tomar por retaguardia las tropas de Posadas, coronel español que había salido de Montevideo para detener al ejército patriota. En la mañana del 17 de mayo, después de hacer en la noche veinte kilómetros, estuvieron sobre la Cuchilla Grande en el nacimiento del Canelón Chico. Pero los españoles, después de arriar más de mil vacunos de la estancia del padre de Artigas, se dirigieron a Las Piedras. El 18 de este mismo mes amaneció un día de otoño sereno.

Artigas destacó una guerrilla de descubierta hacia el campo contrario, la que se entendió con una partida que mandó Posadas con el mismo fin y que dió como fruto la pasada del oficial Rosales al campo de los patriotas. Artigas dividió su caballería en varias columnas, una de las cuales trató de cortar a retaguardia todo intento de que el enemigo escapara. Pocos momentos después y, teniendo como testigos a un viejo y manso ombú y una modesta vivienda de piedra que, pocas horas antes había desalojado una hermana política de Artigas, se inició la batalla que abriría el camino de los patriotas hacia el futuro. A un ejército militar, bien equipado y con buenos oficiales opuso Artigas, jinetes e infantes mal armados, los más con cuchillos enastados, habiendo compañías con ciento cincuenta hombres que apenas disponían de una treintena de escopetas. Cuando Artigas recorrió las filas y lanzó a sus soldados el grito de su proclama, **vencer o morir,** fué la respuesta de sus tropas. Y el choque violento y enardecido de su ejército ratificó la victoria que Artigas presumió casi desde el principio de la batalla. En seis o siete horas de operación y de fuego, a base de ataques, retiradas, formación de cuadros, el escenario de la batalla se agrandó hasta más allá de donde alcanza un tiro de fusil. Hubieron muchas escenas de verdadero arrojo por ambos bandos. Y a la caída de la tarde, el español derrotado estaba frente a Artigas, que en persona lo tomara prisionero. Mientras el cura patriota Gómez recibía la espada del vencido jefe español Posadas, los soldados tomaban los últimos prisioneros, recogían las armas y municiones ganadas y levantaban sus heridos.

La noche cubrió serenamente el campo destrozado, las armas inservibles y los muertos insepultos. Artigas, mientras tanto, adelantó sus tropas hasta el propio pueblo de Las Piedras, en donde acampó vigilante. Más de ciento cincuenta muertos, casi quinientos prisioneros, cinco cañones y abundante material bélico fué el fruto material de esta batalla. Pero mucho mayor todavía fué el moral: la batalla de Las Piedras consolidó en el Río de la Plata la posición de los patriotas y demostró la corrección en

la victoria, de que eran capaces quienes luchaban por su independencia.

11 — Artigas puso el primer sitio a Montevideo.

Dos días después de esta batalla, Artigas demostraba a la Junta de Buenos Aires que no había sido vanidad la suya, cuando les aseguraba que llevaría el estandarte de la libertad hasta los muros de Montevideo. Un hervor de gentes y tropel de caballerías, el 20 de mayo, anunció a la población de Montevideo que la orgullosa capital española estaba sitiada. Los sitiadores eran gauchos ignorantes, sus armas eran tijeras de esquilar y sus escudos los simples ponchos. Pero estaban sitiando la ciudad. A Montevideo la defendía una cintura de fuertes y baterías que empezaban en el del Parque, seguían por el del Cubo del Sur, San Juan, Flanco de San Juan, la Ciudadela, hasta llegar al Fuerte Santo Tomás. Coronaban estos fuertes más de ciento cincuenta piezas entre cañones de hierro, obuses y morteros de bronce.

Montevideo, en ese 1800 que amanecía, daba la sensación de una plaza fuerte un poco triste. La casa de Gobierno, baja y construída en cuadro, dominaba un extremo de la plaza que hoy se llama Zabala. En la otra plaza, el Cabildo con sus dos severas plantas y su portada de amplias aberturas con verjas de hierro, se enfrentaba a la iglesia Matriz con sus recientes naves y su airoso frontón. Muchas de las casas que se construían ya llevaban paredes de piedra, cal y barro, y en número superior a novecientas, apeñuscaban a más de diez mil habitantes. Pavimentos de baldosas del país, puertas hechas a macha - martillo y de firmes herrajes, ventanillos españoles con su cruz de hierro, rejas arabescadas y salientes del nivel de la pared, eran detalles que configuraban un método de vida tranquila y apacible, asegurado contra todo intento de conmoción. Las calles eran fangosas y llevaban sugestivos nombres populares: la de los Judíos, con tendejones con monturas y enseres de campo; la de los Pescadores, de cuyos cuartos salían los vendedores con la palanca al hombro y al grito: ¡A medio la sarta!; la de

las Bóvedas, frente a la cual Maciel, el Padre de los Pobres, recolectó sus soldados para luchar y morir, en la época de las Invasiones Inglesas. Apenas si alguna de estas calles tenían, en esa fecha, faroles que eran encendidos por algún farolero negro africano, que mudaba las velas a media noche y se alejaba entre las sombras con la escalera al hombro y la caja de velas a la espalda... Pero esa aldea tranquila, después de la batalla de Las Piedras perdió su serenidad. Los patriotas trajeron sobre ella un viento de tempestad. Y entre las gentes del pueblo que simpatizaban con los criollos, los cielos de Hidalgo o las décimas de Valdenegro, los dos poetas que en ese entonces escribían para los patriotas, corrían de boca en boca. Muchas veces, en el silencio de la noche, desde detrás de las murallas alguna voz cantaba:

La patria tiene un cañón
que se llama "bocanegra"
cuando el cañón hace fuego
los godos caen por tierra.

Del pueblo de Las Piedras, Artigas avanzó hasta el arroyo Seco en las Tres Cruces, en donde acamparon nuevamente sobre la quinta de la Boticaria. Descansadas sus cabalgaduras reorganizose la marcha y pocas horas más tarde rodearon la plaza de Montevideo. El ejército se instaló en tiendas de cuero improvisadas, carretas y carretones, o debajo de simples ponchos orquetados en varas. Los civiles se mezclaron con el ejército y allí construyeron un pueblo momentáneo bajo la vigilancia de Artigas. La ciudad amurallada había empezado a vivir la angustia de los sitiados. Le faltaba granos, carne, verduras. Las guerrillas patriotas molestaban continuamente la plaza. En la ciudad, la confusión fué aumentando día a día. El partido de los patriotas tenía atemorizado al Virrey, que no hacía más que expulsar familias de Montevideo. También lo hizo con los frailes franciscanos que colaboraban secretamente, desde sus confesionarios, con los patriotas. Y a cada intolerancia del Virrey con los pobladores, el ejército sitiador recibía más y más adhe-

siones. Los españoles hicieron algunas salidas contra los sitiadores en los finales de mayo, pero fueron desbaratados todos sus planes. Y así pasaron los días hasta mediados de junio en que la situación de la plaza se volvió cada vez más comprometida. En dos o tres ocasiones Artigas se propuso asaltarla, pero Rondeau, el jefe del sitio designado por Buenos Aires, no fué nunca de la misma idea. Y de este modo se perdieron magníficas oportunidades de terminar con la dominación española en el Río de la Plata. En determinado momento en el que los víveres escaseaban y los portugueses no invadían la Banda a pesar de los pedidos de Elío a la Princesa Carlota que estaba en el Brasil, y en tanto la deserción de oficiales y tropa era continua y mientras los militares españoles así como la población estaban cada día más divididos y descontentos, Artigas propuso asaltar la ciudad y acabar con el reducto español en el Río de la Plata. Pero su intento esa vez, como ya había sucedido en las otras, fué detenido por la decisión de Rondeau que siempre decía que había que esperar...

12 — Se hizo un armisticio a espaldas de Artigas y del pueblo.

Cuando los tenientes de Artigas preguntaban con insistencia por qué no se asaltaba de una vez la plaza, Artigas, siempre contestaba lo mismo:

—Quien debe decidirlo es el Coronel Rondeau...

Y cada vez que Artigas se encontraba con Rondeau, le proponía el asalto. Pero su tocayo, hombre calmoso, buen cumplidor de las órdenes de la Junta, le afirmaba que aún no era tiempo. El Jefe de los Orientales había empezado a desconfiar de esta tardanza y ciertamente ya maliciaba que se pretendía hacerle una mala jugada.

En realidad hacía tiempo que las cosas ya se venían tejiendo en determinado sentido. Un grupo de criollos, que se sentía incapaz de gobernarse, reclamaba el gobierno de un monarca que si no fuera europeo, lo fuera de estas tierras. Se le buscaba en Europa, al propio tiempo que en América. La intención de los patriotas sin duda era la de

independizarse de España, aunque para ello tuvieran que conseguir, con la protección de los poderosos países europeos, un monarca para el Río de la Plata. Artigas y sus amigos de la Banda Oriental, en cambio, eran partidarios de una república, como la de Estados Unidos, con muchos estados confederados y que se gobernara cada uno por sí mismo. Estas ideas tenían partidarios en la Argentina y en la Banda Oriental, y por el triunfo de ella irían sucediendo muchos acontecimientos que parecían difíciles de explicarse. Pero así se comprendió cómo la Junta de Buenos Aires, que estaba integrada por muchos partidarios de la monarquía, entró en arreglos con el gobierno español, que a su vez había conseguido aliarse con Joaquina Carlota de Borbón, Emperatriz portuguesa en el Brasil, hermana del destronado Rey de España. La Emperatriz dispuso el envío de un ejército al Río de la Plata que vino al mando de Diego de Souza, Gobernador de Río Grande, que pasó las fronteras orientales y se dirigió a Montevideo. En esa forma Carlota protegía los dominios de su hermano, el destronado Rey español.

La Junta de Buenos Aires había enviado a Río de Janeiro a un delegado para obtener la colaboración del gobierno inglés en el problema de su independencia y liberación del dominio de España. El gobierno inglés prometió ayuda, pero el delegado de Buenos Aires tuvo que firmar ese armisticio con los españoles. En todas estas negociaciones y arreglos no se tuvo en cuenta para nada a Artigas ni el destino de su pueblo, porque no se le consideró más que como un oficial del ejército patriota, nunca como un jefe de un pueblo que pensara tener un gobierno propio algún día.

Pero cuando el armisticio tuvo que ser ratificado en el Río de la Plata y notificado el levantamiento del sitio fué recién cuando Artigas se enteró de ello y le entró una inmensa desazón. ¿Tanta fatiga y sufrimiento para este final?, se preguntaban los orientales. En verdad, el ejército portugués de Souza venía con el objeto de asegurar dicho armisticio y cuando el Jefe de los Orientales se comprometió con su pueblo a sostener el sitio y pelear contra este ejército invasor, Sarratea y los demás dele-

gados de la Junta de Buenos Aires que vinieron para ratificarlo, trataron de demostrarle que su lucha y su resistencia sería inútil porque su ejército no estaba preparado y el invasor era muy numeroso y aguerrido.

—¡Si no tenemos lanzas, no faltarán garrotes, y hasta con dientes y uñas se pelea por la libertad! —contestó orgullosamente Artigas. Pero toda decisión fué vana. El armisticio se ratificó y Artigas, muy disgustado, después de consultar con su pueblo en una reunión que se efectuó en la Capilla Maciel, en el Paso del Molino, resolvió no intervenir absolutamente en este armisticio que consideraba una traición a la lucha que habían emprendido por la independencia.

VII

LUCHA POLITICA ENTRE ARTIGAS Y LA JUNTA DE BUENOS AIRES

1 — Exodo del Pueblo Oriental.

Desde que Artigas entendió que estos tratados no respondían a las enormes fatigas de los orientales y tuvo que acatar las órdenes de levantamiento del sitio, empezó su lucha contra la Junta de Buenos Aires. Sin duda que consultando solamente sus intereses, la Junta resolvió atinadamente tal problema, pero la verdad era que los orientales quedaban libradas a los enemigos, cosa que Artigas se esforzó vanamente por hacerla entender.

El Jefe de los Orientales fué tan sorprendido por este armisticio que, de pronto, ni siquiera supo para dónde se dirigiría con su ejército. Las tropas de Buenos Aires volverían a esa ciudad, las de Artigas marcharían a situarse en algún punto próximo en la frontera. Y todo el Sur quedaba en manos de los españoles y sus aliados los portugueses invasores. ¿Qué actitud cabía a pueblo y jefe a no ser el éxodo que de inmediato estuvo en el ánimo de los orientales? Esa actitud, pues, no era la resolución caprichosa de un hombre. Artigas mismo había dicho que no era el voto de un hombre sino el de un pueblo. De un pueblo que incluso ya hablaba de un **sistema** que había que defender. Tal vez ese sistema fuera simplemente la libertad. Lo cierto es que el sitio había sido levantado y el 12 de octubre se movió la masa agrisada de los ejércitos patriotas, desde las puertas de Montevideo en dirección a San José. Rompió la marcha la división de los pardos, morenos y patricios; detrás se movieron los demás cuerpos con Rondeau y los jefes y oficiales del Estado Mayor.

Artigas y sus divisiones cerraron la marcha. El pueblo tuvo entonces la exacta significación de la soledad en que quedaba, y desde ese momento el grito de: **¡Emigremos!** fué una voz que se multiplicó por los campos de la patria llevada por chasques veloces hacia todos los vientos.

Y, casi en seguida, aparecieron por el Este, como surgiendo de entre los médanos de Maldonado y Rocha, de los esteros de Santa Teresa, de sobre la costa del mar o de entre las asperezas del Pan de Azúcar, los primeros emigrantes que venían con tropillas por delante, con ganados cansados y carretas llenas de trastos domésticos. Fueron los primeros que empezaron a emigrar desde que oyeron las voces portuguesas. Y fueron de los primeros que empezaron a engrosar las huestes acampadas en el Cerrito de la Victoria que se unieron al ejército de Artigas. Familiares del Jefe, parientes de los oficiales y los soldados, amigos de la causa de la independencia, todos rodearon en esos momentos al hombre inflexible que se había vuelto más silencioso y parco en palabras. Por todos lados, día y noche, se vió un hormigueante desfile por los caminos, bajando lomadas y subiendo cerros, despuntando arroyos o atravesando esteros. De todos lados empezaron a fluir hacia el camino que se dirigía a San José, las caravanas que se iban incorporando al éxodo que marchaba al Salto. Fué el movimiento más espontáneo y libre que hubo efectuado pueblo alguno.

Desde San José, Artigas marchó con todo el ejército hacia las orillas del Arroyo Monzón, por sobre los lomos de la Cuchilla San José. La caravana traqueteaba y descansaba en cada mitad de jornada sobre las altas y ásperas cuchillas que separan las aguas de los distintos arroyos. ¿Qué otra cosa podía esperarse de los Orientales, escribía Artigas, en esta crisis terrible y violenta, abandonadas las familias, perdidos los intereses, acabado todo auxilio, sin recursos, entregados sólo a sí mismos? No podía esperarse más que este Exodo, cuya primera estrofa del coro de su himno lo escribió el poeta Bartolomé Hidalgo, que acompañaba al Exodo:

Orientales, la patria peligra;
reunidos al Salto, volad.
¡Libertad entonando en la marcha
y al regreso, decid, Libertad!

Y mientras por sobre la loma ondulante, la caravana fué aprendiendo esta primera estrofa, el camino se delineaba con un reguero de fogatas de ranchos quemados: ese fué el verdadero derrotero del Exodo. Repetían el eco estrófico, en lenguaje de pampas, grandes tropas de ganados y caballadas que en cientos de voces ensordecían la llanura. Troperos y gauchos de chiripá, camisa y vincha, arreaban las ganaderías. Nadie mejor que el propio Artigas pintó el paisaje de esta marcha: Unos quemando sus casas y sus muebles que no podían conducir, dice, otros caminando leguas a pie por falta de auxilio o por consumidas sus cabalgaduras en el servicio. Mujeres, niños, viejos decrépitos, acompañaron esta marcha manifestando todos la mayor energía y resignación en medio de todas las privaciones.

Así llegaron al Monzón, que desemboca caudalosamente en el Arroyo Grande. Desde ahí, Artigas escribió, el 30 de Octubre, a uno de sus tenientes para que con la gente reunida marchara hacia el Paso del Yapeyú, para donde se dirigía el Exodo. También le escribía que no entregaran sus armas, como había ordenado la Junta de Buenos Aires, porque las armas del pueblo eran para sostener lo más sagrado que había en él: la Libertad.

La marcha se hizo penosa y los días largos. El poeta Hidalgo escribió una estrofa más del Himno del Exodo, que traducía estos sacrificios:

Sólo espinas los campos producen
en el día de la lobreguez;
sol y aurora las puertas de rosa
no gustaron abrir esta vez...

A los diecisiete días de iniciarse la retirada desde las costas del Miguelete, fué recién que llegaron al Monzón, en donde el ejército revolucionario se dividió en

dos: uno con Rondeau, el militar, cumpliendo las órdenes de la Junta, retornó a Buenos Aires. El otro, de Artigas, el Jefe de los Orientales, cumpliendo las de su pueblo, emigraba al Norte. Detrás de los ejércitos, escribía el propio Rondeau a su gobierno, causaba consternación ver cómo los campos y los pueblos quedaban hechos un desierto. Todo el mundo quería unirse a la marcha y se unía.

Después que descansaron dos días en la orilla del Monzón, levantaron sus tiendas y al son de músicas de despedidas, se separaron los ejércitos. Artigas marchó en procura de los vados norteños del Uruguay para alcanzar las tierras misioneras hacia donde le destinaba la Junta con el cargo de Gobernador de Santo Tomás. Pero no fueron simplemente sólo dos ejércitos que se separaron, sino que fueron ya dos conceptos que, desde entonces, no se podrían reconciliar más: el de Rondeau hacia Buenos Aires, representaba una sinrazón, pero conveniente para los intereses de la Junta; el de Artigas al exilio, el sacrificio de su razón, que era la Libertad de su pueblo. Así lo entendió también el poeta, que agregó una estrofa más que serviría de aliento para alcanzar hasta el próximo campamento:

La valiente jornada del Salto
se resuelven todos a emprender
su deseo es salvar EL SISTEMA
y en su honor con valor perecer.

Más de setecientas familias habían buscado la protección del Jefe de los Orientales en el campamento del Monzón. Esta inmensa caravana siguió su marcha bordeando la cuchilla del Perdido, en recta dirección al arroyo del mismo nombre en donde llegó el Día de los Muertos. En la costa de este arroyo plantaron su campamento para organizar un poco la enorme masa de familias, ganados, vehículos, que hasta entonces había marchado desordenamente, viniendo de todos los puntos, agregándose a la vanguardia o a la retaguardia. Los voluntarios armados en columnas ligeras, custodiaban la retaguardia y los

flancos del pueblo, mientras las continuas incorporaciones iban aumentando el cortejo.

Ahí, en ese campamento, ya alcanzaban a tres mil personas, repartidas en más de setecientas carretas y carruajes. Muchas familias habían venido desde Montevideo, como los Artigas y sus numerosas ramificaciones, los Suárez, los Monterroso, los Lamas, los Anaya, los Otorgués, los Garzón. Algunas familias, como la de los Rivera, cinco miembros de familia y deciseis esclavos, ocupaban siete vehículos. Otras, como la de don Ramón Aguilar, que había entregado todos sus esclavos al ejército, marchaba con trece vehículos entre carretas y carruajes. En el campamento del Perdido descansaron y Artigas escribió a uno de sus tenientes aquellas frases magníficas: No quiero que persona alguna venga forzada. Todos voluntariamente deben empeñarse en su libertad: quien no la quiera deseará permanecer esclavo... Y en cuanto a las familias, les decía que un mundo entero lo seguía retardándole sus marchas y llenándolo de obstáculos, pero no había más remedio que aceptarlo porque ellas habían venido a su encuentro.

Desde este arroyo siguieron rumberos hacia el Cololó a donde llegaron el 13 de noviembre. La multitud había venido aprendiendo una estrofa del poeta que era la propia realidad que venían viviendo:

En movibles y pequeñas chozas
marcha un pueblo con augusto pie,
ya en un monte se oculta afanoso
ya un gran río en sus ondas lo ve.

Después que levantaron el campamento de las márgenes del Cololó, se dirigieron hacia el Paso de Yapeyú, en el Río Negro. La marcha se había tornado cada vez más penosa, pues los vehículos ya sobrepasaban de ochocientos. Entre ellos iban carretas de toldos abovedados, recubiertas con cuero o paja; carretones destartalados, de altas ruedas y formas casi primitivas; rastras tiradas por caballos o bueyes, cargadas de utensilios domésticos; carros destechados de pesada mesa; coches en forma de dili-

gencia, carromatos inverosímiles, acémiles con carguero. Y confundidos entre los vehículos iban los tropeles de gente, a pie y a caballo, cargados de fardos y de maletas, a quienes, en cada momento, se les incorporaban ancianos cansados y que, a causa de la muerte de sus cabalgaduras, habían cruzado los campos a pie. De tanto en tanto, se agregaba algún grupo de indios silenciosos, de grotesca vestimenta, que aparecían en la colina arriando un rodeo de ganado para la hacienda común del pueblo en éxodo; grupos de negros esclavos que habían escapado de Montevideo y recién a muchas leguas podían incorporarse. Y mientras esta caravana, como una inmensa masa agrisada, subía y bajaba interminable las lomas de la patria, el poeta componía una estrofa más:

Ni el cansancio, la sed, la fatiga
a la virgen pueden arredrar,
ni a la esposa que a su tierno infante
por instantes lo mira expirar.

Porque la verdad es que con ellos, efectivamente, iban la vida y la muerte, iba toda la progresión social de un pueblo en marcha. Los mancebos con sus novias, los ancianos y los que nacían. Todos los días había que casar parejas, escribía un cura que acompañaba el éxodo. Y así, en esta actividad, alcanzaron el paso de Yapeyú en donde realizaron un dificultoso pasaje, porque en esa fecha no estaba como para vadearlo fácilmente. A medida que lo cruzaban, se iban instalando en tiendas para descansar al resguardo del espeso bosque que rodea al Río Negro. Todo se realizaba con sacrificio pero sin angustia, porque en todo estaba el Jefe, sin que casi se le viera, sin que casi se le oyera. Su nombre corría entre la multitud, su nombre y el grado que ya le había dado el pueblo: General. Era el Jefe, el baqueano, el militar, el político y el administrador; era, en una palabra, el que sostenía el **sistema, el caudillo que los guiaba animoso,** como también cantó en su himno, el poeta. Primero en el alba, último en la noche, su figura se delineaba en el filo de las lomas siempre vigilante, en primera fila, adelante del pueblo,

de otra manera, ni siquiera se le podía concebir: siempre a caballo, rodeado de sus más allegados oficiales, amigos y negros fieles, sin dejar de vigilar la marcha en todos sus detalles, y era también el primero en quitarse su ancho sombrero de paja, cuando el anciano moribundo se apretaba en los brazos de los que seguirían, mientras él quedaba. La ruta del éxodo fué quedando diseñada también con cruces; cada una señaló, más que simplemente a un muerto que quedaba, a una honra testigo del valiente pueblo oriental.

Entre este mundo de gentes y cosas que marchaba, las tropas de animales acrecían el ruido y el desorden con sus disparadas contínuas; lo aumentaban el vocerío de los troperos, los relinchos de las caballadas, los balidos de las reses. Un estruendo continuo de cascos retumbaba, y el ladrido tenaz de las jaurías, prendidas en los garrones de las bestias, alborotaban por todas partes esta marcha, que, por momentos, sin duda, alcanzaba contornos homéricos.

La caravana sólo se detenía en los anocheceres al resguardo de algún accidente geográfico, en donde se multiplicaban de inmediato los vivaques. Las familias se mantenían como podían. Artigas les hacía repartir carnes, galletas, ropas y mantas, lo que tenía el ejército. A pesar de las fatigas, en los descansos de los campamentos, no eran extrañas las melodías de los tristes y los cielitos, ni las voces de los cantores y payadores enredados en las relaciones del pericón, ni los contoneos de la graciosa media caña. Solo se aquietaba aquella turbamulta agitada, ya entrada la noche. El sueño era vigilado entonces por los guardias avisores para ahuyentar los zorros, los perros cimarrones y los yaguaretés, siempre olfateantes detrás de sebadas y carnazas. Y al amanecer, de nuevo renacía la inquietud y la marcha del pueblo se continuaba al Norte, siempre hacia el Norte...

Después que descansaron en el Río Negro, marcharon por el valle que forman los arroyos Sánchez y Don Esteban, que corren paralelos por el departamento de Río Negro. Despuntaron más tarde el Don Esteban, pasaron por las crestas de la cuchilla y doblaron casi en ángulo

recto hacia el Oeste, por la vieja senda de los correos que iban a Paysandú. En su posada por este lugar marcharon con los habitantes detrás. Sólo quedaron ahí, a morir, dos viejos centenarios, trágicos centinelas en las puertas de sus ranchos, a quienes encontró el general portugués cuando hasta ahí llegó. Todos los demás pobladores se incorporaron al éxodo.

Luego de pasar esta ciudad, nuevamente tomaron rumbo al Norte, vadeando arroyos y transponiendo valles, hasta que alcanzaron el Río Queguay en la segunda quincena de noviembre y lo cruzaron por el Paso de la Balsa. Después de un nuevo descanso, bordearon pequeños arroyuelos, Norte arriba, y, el primero de diciembre, acamparon en las orillas del Quebracho, entre cañaverales y barrancos. Y de nuevo la marcha en dirección al Daymán, río que atravesaron por el Paso de las Piedras, haciendo en sus orillas una nueva estación. Desde este campamento, Artigas redactó su primer serio documento sobre sus trabajos, afanes y proyectos, que envió al Gobierno del Paraguay como anticipo de futuras alianzas. En él se ofrecía, además, para ayudarle a sostener la libertad, con ese gran resto de hombres libres que le acompañaban. El pliego lo llevó su edecán Arias que marchó a su comisión, al mismo tiempo que otro comisionado se dirigía a Buenos Aires llevando notas para la Junta.

Desde la orilla del Daymán siguieron hasta el Salto Chico en donde establecieron el primer campamento permanente. Eso sucedió en la primera quincena de diciembre, después de dos meses de haber salvado todos los escollos en medio de grandes sacrificios. Es ahí en donde el poeta redondeó su himno con la estrofa final:

La ceniza de las armas libres
al gran Salto fuéronse a esconder;
muere el padre, la hermana, el amigo,
sin que el llanto se viera verter.

2 — Artigas acampó con su pueblo en el Salto Chico.

Mientras Artigas, desde este lado del río, se enteraba de los acontecimientos de Buenos Aires por las cartas que

llegaban, organizaba el pasaje de su pueblo por el Río Uruguay, sin que las premiosas necesidades que experimentaban sus tropas hicieran desfallecer un instante los trabajos de organizar la cruzada e instalar el campamento del Salto Chico.

Sobre este lugar del río hay una restinga que intercepta la navegación: la forma una multitud de arrecifes, bancos y escollos que en ciertos días del verano quedan al descubierto. Fué aprovechada esta circunstancia para efectuar la pasada y en los primeros días de enero de 1812 se multiplicaron las estampas en esta travesía. Artigas, que había vencido en lucha armada a los españoles, derrotado por una maniobra política, obedecía a las órdenes de la Junta y se extendía con su pueblo por sobre toda la costa argentina del Salto Chico.

De inmediato se organizaron las más diversas manifestaciones de hogar aunque todos padeciendo las inclemencias por falta de medios materiales. Sus tropas, que carecían de armas, realizaban ejercicios militares con palos, y se había establecido una severa disciplina para que la vida en el campamento se realizara normalmente, de todo lo cual Artigas fué dando cuenta minuciosa a la Junta a la que reclamaba insistentes recursos. Como éstos demoraban y los días pasaban, el campamento sufría verdaderas calamidades. Cada vez que Artigas cruzaba por entre las miserables tiendas y tolderías, recogía cuadros dolorosos, capaces de comprometer el corazón más sensible, como él mismo decía en su nota. No tenía ya con qué socorrerlos. Las gentes vivían desnudas y un poncho hecho pedazo, liado a la cintura, era todo el vestaurio de los orientales que habían dejado sus comodidades para acompañar al caudillo. Pero ninguna de estas condiciones del campamento fueron causa para que Artigas dejara de cumplir las órdenes de la Junta, convertida en Triunvirato, que llegaban hasta él. Mientras tanto siguió disciplinando sus tropas y creándoles conciencia del destino que los había unido a él. Los correos iban y venían del campamento a Buenos Aires, con la premura que requerían las circunstancias. Llevaban oficios con un gran rótulo que decía: **Vía Libre,** y por lo general este encabezamiento: Don José

Artigas, Coronel de Blandengues de la Patria, General en Jefe de las armas en ella existentes en la costa occidental del Uruguay, Teniente Gobernador en el Departamento de Yapeyú...

Los correos se convirtieron en personajes importantes en el desarrollo de la revolución. Eran hombres cabales, buenos, jinetes resistentes, grandes conocedores del terreno y muy fieles en el desempeño de su cometido.

En los primeros días de Febrero, mientras se utilizaban todos los servicios para la vida del campamento, Artigas reclamaba de nuevo la ayuda del Triunvirato porque la pobreza que veía alrededor, llevada al extremo de la desnudez y del hambre, era la visión constante que tenía el Jefe. Pero los recursos de Buenos Aires siguieron demorando. Como Artigas había enviado un emisario al Gobierno del Paraguay, este gobierno resolvió retribuir la visita con un delegado que, a su vez, se enteraría de las condiciones del Exodo y de la fidelidad de la comunicación de Artigas.

Pocos días después que llegaran las carretas de recursos enviados por Buenos Aires, también lo hacía el Comandante Laguardia, observador paraguayo, que fué recibido con las mayores muestras de simpatía. Se tributaron fiestas en su honor; hubieron muchos brindis y víctores al Paraguay y al ejército patriota. Laguardia revistó las tropas de Artigas y las encontró buenas, bien disciplinadas; los mismos que no habían sido más que salteadores y gauchos y que adoraban a Artigas, y habían empezado a inquietar al Triunvirato.

Después que se fué Laguardia, Artigas recibió órdenes de repasar con su ejército el Río Uruguay, para emprender la campaña contra los portugueses. El pueblo no quiso quedarse y se marchó con Artigas, complicando las maniobras del ejército. Por esta y otras razones, fracasó su campaña y debió repasar nuevamente el río, en medio de grandes trabajos y ya no con la suerte de las veces anteriores, para poner a su pueblo a cubierto de las tropas portuguesas que lo perseguían.

3 — Ayuí, segundo campamento de Artigas.

En los primeros días de mayo de 1812, Artigas con su ejército y su pueblo había plantado campamento en las

orillas del arroyo Ayuí, corriente poco caudalosa, rodeada de palmares, que desemboca en el Uruguay, al norte de Concordia. Era ésta la segunda etapa del Exodo. Sobre la primera zona, entre los yatayaes, se extendió la colmena humana, buscando mil formas para guarecerse del invierno que se aproximaba. Y un poco más adentro, pasada esta primera zona de tiendas, vivaques y carretas, rodeando a los vehículos y en simétrica disposición, estaban las tiendas del ejército, casi recostadas al arroyo. Ahí se empezó a desarrollar una nueva vida de campamento. Y hasta ahí llegó, en los primeros días de junio de este año, Manuel Sarratea, enviado por el Gobierno de Buenos Aires, con carácter de Inspector del Gobierno.

Artigas, que vivía ajeno a todos los pequeños problemas políticos que habían sucedido en muchos meses, así como de la intervención de otros gobiernos, entre ellos el inglés, en la política del Río de la Plata, nunca supuso cuál era el verdadero objeto de la venida de Sarratea al Ayuí. Y cuando este militar visitó su cuartel, fué recibido incluso con honores militares y en medio de aclamaciones. Pero Sarratea, que había venido con el objeto de destruir la autoridad de Artigas, que inquietaba a Buenos Aires, empezó bien pronto su lenta y eficaz obra de intriga y descomposición. El jefe argentino había visto la influencia que Artigas tenía sobre su pueblo y se propuso minarla.

Consiguió atraerse con ofrecimientos de dinero y grados a muchos de sus oficiales. Entre ellos a Valdenegro y a Vázquez, que habían sido distinguidos por Artigas en todo momento. Además de este trabajo insidioso que desmenuzó el ejército de Artigas, trató de desprestigiarlo haciéndose nombrar General en Jefe del Ejército del Norte, él que no había sido nunca más que comerciante. Este nuevo hecho obligó a Artigas, por decoro, a renunciar a su grado y servicio de Buenos Aires, renuncia que Sarratea fué suficientemente hábil para rechazar, pues le creaba un evidente conflicto entre el pueblo y la tropa de la Banda Oriental, con el resto del ejército patriota.

Las fuerzas armadas de Artigas sobrepasaban, no obstante de tres mil hombres; estaban equipadas y municionadas y las mandaban oficiales como Ojeda, Otorgués, los her-

manos Vázquez, etc. Pero el éxodo de tropas que se efectuó desde el campamento de Artigas al de Sarratea continuó, terminado el cual empezó el de civiles. Amigos como Joaquín Suárez, el poeta Hidalgo, Manuel Calleros y otros, también cayeron en la intriga y se pasaron a Sarratea, dejando a Artigas sumamente apenado. Pero sin duda, ninguna deserción fué tan lamentada por el jefe oriental como la de su Mayor General, Valdenegro, aunque ésta no alcanzara a arrancarle más que una sencilla frase:

—¡Es una verdadera fatalidad!

En todo ese tiempo que permanece Sarratea cerca de su campamento, no se suceden más que intrigas que le descorazonan, que destruyen su ejército y que inutilizan toda posibilidad de luchar contra los portugueses, única preocupación que Artigas quería hacer entender a Sarratea. Ni siquiera tampoco se podía mover de su lugar porque le faltaban carretas y caballos para efectuar el traslado. Y fué en esas condiciones: sin caballos, sin carretas, sin bagaje de campaña, como él mismo escribía, cuando se le ordenó emprender el retorno, cosa que inició en los primeros días de setiembre de ese año. El 10 de ese mes ya habían pasado todas las familias y divisiones a pesar de las grandes crecientes que habían hecho desbordar los arroyos y florecer los ribazos verdes en los barrancos del Uruguay.

4 — Artigas regresó a la Banda y desalojó a Sarratea

Con intención de retirarse a su casa por haberse sentido despojado del mando de sus propias tropas, cansado de las intrigas y persecusiones de Sarratea, Artigas repasó nuevamente el Uruguay y marchó con dirección a Laureles. En tal sentido escribió a su antiguo compañero de deserción, el cura Peña. Luego siguió al Durazno, sobre el Yi, en donde se situó.

En Buenos Aires, uno de sus comisionados, que había ido a dar cuenta de los transtornos que había creado Sarratea en su campamento, fué aprehendido y vejado por el Gobierno. Y cuando regresó dió cuenta a Artigas de todas las maquinaciones que existían para sacarlo del escenario político, en especial después de la llegada de dos nuevos personajes, de filiación monarquista, y de poderoso arrai-

go en el Río de la Plata: el Teniente Coronel José de San Martín y el Alferez Carlos María de Alvear, ilustres militares ambos. Tanto el uno como el otro ya traían sus planes póliticos concretos, pero cuando llegaron a Buenos Aires se encontraron con que la idea de independencia, y en especial de republicanismo que se infiltraba día a día por la influencia de Artigas y sus amigos, continuadores de las ideas de Moreno, ya habían andado más de lo que ellos suponían. Por eso, y con intención de apoderarse de la dirección política del gobierno, se plegaron igualmente al movimiento revolucionario, aunque en el fondo sin abandonar sus ideas de establecer una monarquía constitucional en el Río de la Plata.

En posesión de todos estos antecedentes, Artigas, sostenido por sus tenientes y su pueblo, que sentía como su causa era justa, en vez de retirarse a su casa, resolvió combatir y acabar con los intrigantes. Contestó una última carta a Sarratea diciéndole que no estaba dispuesto a colaborar en el triunfo de la intriga, y que el pueblo de Buenos Aires era y sería siempre hermano del oriental, pero nunca su gobierno actual. Y sin más trámite decidió hostilizar a Sarratea y obligarlo a retirarse de la Banda de cualquier manera. En vista de su actitud, Sarratea mandó comisionados hasta el campamento, más que con ánimo de entendimiento, con intenciones de ganar tiempo para sus operaciones ulteriores. Artigas, que nunca desechaba un entendimiento, lo aceptó con la condición de que Sarratea y su séquito de traidores se retiraron a Buenos Aires, cosa que, como era de suponerse, no fué aceptada por el argentino.

Artigas, mientras tanto, organizó su ejército para hacerse responsable de la contienda que debería afrontar en el futuro. Entendió que el mejor apoyo a su causa era la organización de un buen ejército. Y con sus tenientes más afectos, en su campamento de Paso de la Arena, en donde establecióse entonces, se dió a su adiestramiento. Tenía ahora de Mayor General al bien plantado Manuel Vicente Pagola, oficial de barba cerrada, negra y larga cabellera, muy prolijo en el vestir y responsable en su deber, y de secretario a un mozo magro, ardoroso y culto, que era su primo y tenía ya larga actuación política:

Miguel Barreiro. Sus tropas componían el cuerpo de los Dragones de la Libertad, comandados por Otorgués y numerosos capitanes; la división de su hermano Manuel Francisco, con oficiales distinguidos como lo era Lavalleja; las divisiones del paraguayo Ojeda, de Fructuoso Rivera, de Blas Basualdo, de Tejera. . . Ese ejército, que se formó sobre las propias espaldas de Sarratea, fué la mejor contestación a las intrigas del porteño.

Corría enero de 1813. Sarratea se intranquilizó por esas poderosas fuerzas que Artigas reunía, y trató de atraerlo, de cualquier forma, a una aparente concordia. Más Artigas no se dejó seducir porque la experiencia de quince meses en el Ayuí, le había sido suficiente para conocerlo bien. La situación del general argentino se hacía difícil aún entre sus propios oficiales en el cuartel del Cerrito de la Victoria. Por eso, nuevos comisionados de Sarratea llegaron hasta el Jefe de los Orientales. Pero éste, ahora más que nunca, insistió en el retiro de los traidores y en otras medidas entre las cuales destacaba ya, claramente, el respeto a la soberanía de su pueblo, uno de los objetivos fundamentales de la revolución, como expresara al comisionado.

Sarratea intentó por última vez utilizar las armas de sus poderosas intrigas haciendo creer en Buenos Aires que Artigas obraba de acuerdo con el gobierno español.

Hizo saber a Artigas, a su vez, que conocía las tramitaciones de su propio cuñado Villagrán como mediador de Vigodet. Pero ese hecho, del que trató de aprovecharse Sarratea, fué uno de los tantos enaltecedores de la dignidad del caudillo oriental. Era verdad que Vigodet, Capitán General de Montevideo, por intermedio del cura Larrobla que lo sabía unido en amistad a Artigas, le había hecho tentadoras ofertas, aprovechando estas discordias entre los porteños y los orientales. Larrobla le decía en una carta que le trajo su cuñado Villagrán, que Vigodet le hacía los mismos ofrecimientos anteriores si Artigas consentía en la permanencia del gobierno español en el Río de la Plata, cosa que el caudillo había rechazado dignamente.

—¿Qué me importa a mí el empleo de Comandante General de campaña ofrecido por Vigodet, dijo, si el voto

unánime de sus habitantes me señala más alto destino? Y aunque así no fuera, agregó, prefiero ser independiente a cualquier otra cosa. . .

Así contestaba Artigas a quienes intentaban sobornarlo. Y mientras el cura Larrobla volvía de una comisión frustrada, Artigas, con su pulso temblando de rabia, escribía como con fuego al margen de la carta de ofrecimiento del cura Larrobla:

—Sirva para la vindicación del Jefe de los Orientales, que despreció el convite en las circunstancias más apuradas.

Esto sucedía, justamente, en los momentos en que Sarratea publicaba un bando en el que declaraba a Artigas traidor de la patria e incitaba a las tropas para que le abandonaran. Pero las actividades de Sarratea ya no podían ir muy lejos porque sus propios oficiales, impuestos de todas las intrigas sin fundamento, después de un golpe militar en su campamento, lo obligaron a renunciar y marcharse con los oficiales enemigos de Artigas hacia Buenos Aires. Rondeau quedó a cargo del ejército patriota que se reunió con el de Artigas en el Cerrito, unión que fué saludada con extraordinaria alegría de músicas y fiestas que duraron tres días. En la misma fecha que Sarratea marchose a Buenos Aires, sesenta hacendados de la Banda Oriental, proclamaban a Artigas con el título de **Invicto General** y se dirigían al Gobierno felicitándolo por haber depuesto a Sarratea, el que había llegado a tildar, públicamente, **al muy benemérito y decidido patriota Don José Artigas, de ladrón, fascineroso e indecente.** El Gobierno de Buenos Aires había cambiado su anterior Triunvirato por otro cuyos miembros irían cesando en el gobierno a fin de que este quedara en manos de un solo Director Supremo, como eran los planes de los monarquistas.

Y el 31 de enero de 1813, se inauguraron las sesiones de las Asamblea General Constituyente, con los diputados elegidos por las distintas provincias para que dictaran la forma de gobierno que más convendría al Río de la Plata. Y se le comunicó a Artigas que la Banda Oriental debía enviar también sus diputados.

5 — La Asamblea de Peñarol eligió los diputados orientales.

Reincorporado Artigas al ejército patriota, de nuevo sitió a Montevideo junto con Rondeau. Las tropas que le habían sido quitadas por Sarratea, le fueron reintegradas, llegando a contar su ejército en ese entonces, con casi siete mil hombres. El sitio se extendía desde las Tres Cruces hasta el Buceo.

La ciudad, nuevamente sitiada, empezó a vivir la misma penuria del primer sitio. Un testigo presencial decía en su diario que por todas las partes se presentaba en la ciudad la imagen de la amargura. Que apenas si habría una familia que no se alimentara con el pan de sus lágrimas, pues todos los días y a todas horas, herían los oídos el tañido de la muerte. Casi todos los heridos habían fallecido; fiebres malignas se extendían entre los habitantes; los granos recogidos para la alimentación no alcanzaban para un mes. En una palabra, la situación de los moradores, apuñaleándose por pan en la puerta de las panaderías, era del todo apremiante.

Los patriotas no perdían momento para hacer esta situación todavía más grave. Extendían guerrillas en el día para molestar a los sitiados de mil y una maneras y en la noche asediaban a los pobladores con cantores que repetían las letras burlescas de las canciones que corrían de boca en boca, como ésta de Hidalgo:

Vigodet en su corral
se encerró con sus gallegos,
y temiendo que lo pialen
se está haciendo el chancho rengo.

Rondeau, que era el jefe del ejército sitiador, designado por Buenos Aires, recibió las circulares para que se eligieran diputados de los distintos pueblos del interior que deberían representar la Banda Oriental en la Asamblea Constituyente. Se comunicó entonces a los pueblos que enviaran sus diputados, los que concurrieron, el 4 de abril de 1813, al suburbio de Peñarol, en donde se efectuó, en una modestísima sala, la primera asamblea de carácter

político, de los pueblos que componían la Banda Oriental.

Asistieron los hombres de pensamiento, de la Revolución, como Suárez, Vidal, Méndez, Larrañaga, Barreiro, que acompañaban a Artigas. El acto revistió una gran gravedad. Sentados en la salita, a una luz no muy clara, se destacaban los contornos de los próceres que rodeaban al Caudillo. Vestían negros jaquets, llevaban las piernas ceñidas por pantalones muy estrechos, y altos cuellos y corbatines blancos hacían más espectables sus barbas y patillas. Apenas si una mesa y algunos bancos decoraban la modesta salita. Sobre el fondo se recortaba la figura de Artigas, de pie, que vestía su sencillo traje de blandengue, despojado de su espada y con su cabeza descubierta donde su frente lucía más ancha y calva en ese momento. Delante de los delegados, desenvolvió un manuscrito y empezó a leer lentamente, mascullando casi las palabras, con su timbre de voz opaca pero firme, leyendo correctamente, sin alteración de letras o períodos, como un hombre verdaderamente bien educado, sin usar nunca inflexiones declamatorias, las que estaban reñidas con su temperamento.

—Ciudadanos — comenzó leyendo su famoso documento — el resultado de la campaña me puso frente a vosotros por el voto sagrado de vuestra voluntad general. Hemos corrido diecisiete meses cubiertos de gloria y de miserias y tengo la honra de volver a hablaros en la segunda vez que hacéis uso de vuestra soberanía. . .

La Asamblea, concentrando su atención en las palabras de Artigas, oía atentamente su discurso. El Caudillo continuó:

—De nada habrían servido nuestros trabajos con ser marcados con energía y constancia, si no tuviesen por guía los principios inviolables del sistema que hizo su objeto. . .

En todos los presentes ya era claro el hecho de defender un sistema y todos comprendían, como él, que había llegado la hora de concretarlo como forma política. Artigas, después de su campaña, como un hombre de principios verdaderamente democráticos, venía a deponer su mandato en las manos de quienes le habían investido de él.

—Mi autoridad emana de vosotros y ella cesa por

vuestra presencia soberana, les dijo. Vosotros estáis en el pleno goce de vuestros derechos: ved ahí el fruto de mis ansias y desvelos y ved ahí también todo el premio de mi afán. Ahora está en vosotros el conservarlos...

El Jefe de los Orientales sabía bien cuánto costaba conservarlo, por eso, mejor que nadie, pudo agregar:

—...Cenizas y ruinas, sangre y desolación, ved ahí el cuadro de la Banda Oriental y el precio costoso de su regeneración, pero ella es pueblo libre.

Y todavía les arengó en el sentido de que a pesar de contar ya más de tres años la revolución, aún faltaba una defensa del derecho popular. Y el tenerlo estaba en manos de ellos.

La Comisión estudió algunos puntos relacionados con las miradas del futuro gobierno y redactó un documento de ocho cláusulas en el cual, además de exigir un desagravio público a las ofensas inferidas a Artigas, sintetizaba el concepto político que se proponían, que no era otro que la unión y confederación de esta provincia con las demás, renunciando al subyugamiento hecho hasta ahora por el Gobierno. La Provincia debía ser respetada como una entidad de pueblos libres aunque sujeta a la constitución que dictara el soberano Congreso. Luego se eligieron los cinco diputados que representarían los cabildos que tenían los veintiseis pueblos: Dámaso A. Larrañaga y Mateo Vidal, por el Cabildo de Montevideo; Dámaso Gómez Fonseca, por el Cabildo de Maldonado y su jurisdicción; Felipe Cardozo, por el de Canelones y la suya; Marcos Salcedo, por San Juan Bautista y San José, Francisco Bruno Rivarola por Santo Domingo de Soriano y pueblos de su jurisdicción.

En los días siguientes, y mientras Rondeau comunicaba a su gobierno las resoluciones de la Asamblea de Peñarol, que los pueblos de la Banda Oriental formarían una Provincia que pretendía ser autónoma como las demás del Río de la Plata, los diputados elegidos trabajaban con Artigas en la redacción de las **Instrucciones** que llevarían los orientales al Congreso. Artigas estaba perfectamente enterado del proceso que había sufrido el pueblo de Estados Unidos hasta establecer su constitución federal. Vió que esa forma política era la que más convenía a los destinos de estas inmensas porciones territoriales del antiguo

Virreinato, tan diferenciadas por accidentes geográficos, como por sus medios de vida y por las condiciones de su producción y comercio. Además, Artigas había entendido perfectamente a Moreno cuando éste había dicho que una vez disueltos, los vínculos que ligaban los pueblos con el monarca, cada Provincia era dueña de sí misma. Así lo había entendido Paraguay y había obrado. Ahora era Artigas que pretendía aplicar esta enseñanza que sus amigos de esta Banda se habían apresurado a hacerle ver con toda claridad. Muchos de sus colaboradores le facilitaron los libros que trataban sobre las constituciones norteamericanas, y a través de ellas, vió la más justa. Por eso fué que sus Instrucciones llevaron forma y espíritu de documentos liberales.

6 — El contenido político de las "Instrucciones" de Artigas.

¿Qué reclamaban, concretamente, estas importantes Instrucciones que tanta preocupación y enojo causaron al Gobierno Argentino? Artigas había ilustrado a sus diputados para que, antes que nada, sostuvieran la absoluta independencia de estas colonias, de España. Pero no solamente la independencia de la Banda Oriental, por separado, sino de las demás provincias. Y esa era la proposición que encabezaba las Instrucciones. Luego, en las siguientes, se delineó el sistema político que defenderían sus diputados y que no era otro que el que habían discutido en las reuniones que continuaron a la asamblea de Peñarol; es decir, una confederación de Estados, en la que cada uno tuviera amplia libertad y responsabilidad para su defensa recíproca. Este sistema federal demostró que Artigas era esencialmente práctico para encarar la forma del mejor gobierno que necesitaban estas comarcas. Las Instrucciones agregaban, además de este problema de la independencia y de la federación, el de la división de tres poderes para el Gobierno; determinaban las facultades que tenían esos poderes y establecían la forma republicana del Gobierno. Estudiaban también las facultades de las provincias: soberanía e independencia, libertad de comercio interprovincial, la constitución que se daría cada una de

ellas, su ejército y las garantías para limitar cualquier clase de violencias, y todo esto en cuanto a las provincias en general. En lo referente a la Provincia Oriental se establecían sus límites geográficos, ciertos derechos a multas y confiscaciones y se establecía que su capital debería ser fuera de Buenos Aires. Todavía contenía este documento algunos artículos relacionados con la más amplia libertad civil y religiosa, y sobre la igualdad y seguridad de los individuos. Todo el problema de gobierno que delinearon estas Instrucciones, asombro de su tiempo y aún del nuestro, están contenidas apenas en veinte sencillos artículos. . . en una paginita clara y concisamente escrita. Ellas fueron el pensamiento político del Jefe de los Orientales y su sostenimiento a través del tiempo, dió lugar a la etapa más dramática que vivieron los orientales.

Con estas Instrucciones marcharon para Buenos Aires sus cinco diputados, cuatro de los cuales eran curas y uno, Cardozo, antiguo militar de Blandengues y compañero de Artigas.

Pero como la Provincia, además se empezó a sentir una entidad política que se manifestaba por la opinión pública de sus delegados, Artigas entendió que era necesario formar un gobierno económico que la rigiera. Para ese efecto reunió a numerosos vecinos en su alojamiento y les planteó la necesidad de que se estableciera un gobierno que pusiera fin a los desórdenes y a los abusos, para que trajera a la Provincia la tranquilidad pública y restituyera la equidad social necesaria.

Los vecinos eligieron a Artigas, Gobernador Militar y Presidente del Cuerpo Municipal y designaron un grupo de vecinos para que construyeran la administración de este primer gobierno provincial que tuvo la Banda Oriental. Huyendo del de las armas este cuerpo se instaló en la pacífica villa de Guadalupe desde donde empezó a dirigir los destinos de nuestra provincia.

7 — Los porteños rechazaron las Instrucciones.

A fines de mayo partieron para Buenos Aires los diputados orientales que iban a integrar la Asamblea Cons-

tituyente del año XIII. Tan pronto llegaron, por las voces que se corrían, se dieron cuenta de que serían rechazados. En la capital argentina ya se conocía el contenido político que Artigas pensaba darle a la revolución. Y a pesar de que en la Asamblea algún diputado intentara obtener el reconocimiento de los orientales, la Asamblea Constituyente, tomando como pretexto pequeños detalles sobre la elección de los diputados, detalles que carecían de toda importancia, rechazó sus poderes y los orientales quedaron fuera de las deliberaciones.

Artigas se fué enterando de toda la maniobra de la Asamblea, por las sucesivas cartas de Larrañaga, que le llenaron de amargura y contrariedad. Pero como no quería ser causa de discordia, en repetidas contestaciones instruyó a sus diputados con nuevos conceptos para que trataran de arribar a un entendimiento, esto al mismo tiempo que reclamaba de ese Gobierno contra los sucesos de armas de los jefes argentinos en la costa uruguaya. Además le hacía notar a Larrañaga, que la Provincia Oriental no había peleado hasta ahora por el restablecimiento de la tiranía de Buenos Aires que trataba de imponerles un gobierno a su gusto y medida. Y al gobierno argentino le insistía diciendo, que sus conciudadanos esperaban de rodillas por el buen resultado de las gestiones de sus diputados, pero que si no se les oía, la Provincia ya tenía todas sus medidas tomadas.

Las gestiones fueron vanas y los diputados no fueron incorporados. Pero no fué sólo esto lo que padeció el Jefe de los Orientales. Pocos días después volvió de Buenos Aires un delegado de Artigas que los propios argentinos enviaban para convencerlo de que debía acabar con el Gobierno Económico que había creado, a fin de alcanzar la unión que evitara los choques de la revolución, cosa en la que convino Artigas.

El gobierno de Buenos Aires quería tener, sin embargo, la representación de la Banda Oriental. Pero una representación que respondiera a sus ideas políticas, que eran centralistas y unitarias, contrarias al federalismo de los orientales. Para conseguirla se dirigió a Rondeau ordenándole realizar una nueva asamblea y elegir otros delegados. Y el 8 de diciembre de ese año, en la Capilla de

Maciel, sobre el Miguelete, se realizó una asamblea de amigos de los porteños y de Rondeau, sin la intervención de Artigas, y en la que, además de maltratar de palabra al Jefe de los Orientales, se eligieron los diputados a la medida que pedía Buenos Aires. En esa asamblea hasta llegó algún diputado a preguntar **quién era ese José Artigas** y a opinar que ni siquiera se debería contestar su nota de protesta por el acto que realizaban. . .

Artigas hizo circular de inmediato por todos los Cabildos, una minuciosa explicación de estos hechos y les pidió que declarasen, en términos claros y positivos, si reconocían su autoridad. En caso negativo, les decía, se separaría al momento si era verdaderamente voluntad de esos pueblos el no reconocer su autoridad. La ruptura entre Artigas y Rondeau, estaba, pues, a un paso. El Jefe de los Orientales sentía que las horas decisivas para el destino de su Provincia se acercaban.

Desde los primeros días de enero de 1814, fecha en la que empezó a cambiar una densa correspondencia con Rondeau, inculpándole de los hechos acaecidos e instándolo a la reunión de un nuevo congreso, la situación siguió agravándose. Rondeau había creado otro Gobierno Municipal, en lugar del que había creado Artigas, con lo cual el argumento de la unión quedó desmentido por los hechos. La vida de su ejército, e incluso la suya propia peligraban cada hora que pasaba. Por eso, el 20 de enero, perdida toda esperanza de que se le reconocieran derechos, decidió separarse del sitio de Montevideo. No podía quedar ahí, acorralado, en manos de sus enemigos que hasta hablaban de la posibilidad de eliminarlo. . . Entendió que su estadía en el sitio podía acarrear graves conflictos y decidió marcharse. Lo hizo de noche, solo, sin escolta, vestido de paisano, en dirección al centro de la campaña. Su objeto inmediato sería reunir su ejército sobre la frontera del Brasil y otros puntos de la Banda, para oponerse a la invasión del ejército de Buenos Aires, que le amenazaba por Entre Ríos, ya que este gobierno estaba dispuesto a obrar a sangre y fuego en este asunto. La ausencia de Artigas fué notada en seguida por sus tenientes y soldados, sobre todo por los que vigilaban al Caudillo para evitar que éste fuera objeto de un asesinato. Al día

siguiente, cuando los orientales comprendieron que Artigas se había ido del Sitio, fueron tomando las armas y saliendo por grupos, como por instinto, detrás de su jefe. Dos días consecutivos estuvieron cruzando por los caminos, de a diez, veinte, cincuenta y cien hombres. Así salió todo el regimiento de Blandengues, un piquete de caballería patriótica, la división de Otorgués que cubría el Cerro. . .

Cuando en Buenos Aires se supo que Artigas había abandonado el Sitio, Posadas, que era el Director Supremo, lo fulminó junto a su pueblo en un bando por el que se le declaraba infame, privado, de sus empleos, fuera de la ley y enemigo de la patria; por el que se aconsejaba perseguirlo y matarlo en caso de resistencia y en el que se ofrecía mil pesos al Judas que fuera capaz de entregar su cabeza. Pero este bando del 11 de febrero de 1814, lo que consiguió fué provocar una indignación general en el pueblo de Artigas cuyos límites se extendían ya fuera de su Provincia, día a día. ¡Y nunca un pueblo se juntaría entonces tan unidamente, en torno a un jefe, como en esta vez!

Para contestar el bando de Posadas, Artigas se movió en dirección al Río Negro con los tres mil hombres que ya se le habían reunido. En la retaguardia dejó a Rivera para interceptar las comunicaciones y recursos de Rondeau; hacia el bajo Uruguay destacó a Otorgués para impedir el pasaje de refuerzos de la otra orilla, y él, con parte de la tropa, marchó en rápidas jornadas hacia Belén, porque desde allí resolvió levantar en armas las provincias de Entre Ríos, Corrientes y Misiones, para cuyo cometido comisionó a sus tenientes Basualdo y Ojeda. Estaba echado su destino frente al centralismo monárquico y absorbente que anteponía a toda medida de conciliación, sus ideas e intereses personales.

8 — Por tercera vez los españoles intentaron atraerlo a Artigas.

Con tales medidas contra Artigas, los gobernantes de Buenos Aires no hacían más que empeorar la situación. Por otra parte, cada día que pasaba, era mayor la simpatía que despertaba en todas las provincias la causa del fe-

deralismo que Artigas sostenía. Aprovechando la discordia de Buenos Aires con Artigas las autoridades españolas intentaron nuevamente atraer a sus filas al Jefe de los Orientales. Vigodet estaba noticiado de todas las dificultades entre los argentinos y Artigas y pensaba que estas rencillas podrían darle el fruto de la conquista del Caudillo que le ayudara a salvar la crítica situación española que tocaba a su fin en el Río de la Plata.

Para asegurarse mayor éxito, Vigodet envió comisionados no sólo ante Artigas, sino también ante Otorgués, esperando que éste lo ayudara a convencer al Jefe Oriental. La carta del español que Artigas recibió, era sin duda insinuante. En ella le aseguraba, entre otras cosas, que amaba tanto la paz y felicidad de los orientales como deseaba el engrandecimiento particular de Artigas. Al mismo tiempo que Artigas recibía esta invitación, recibía también del Cabildo de Montevideo una honrosa nota llamándole hijo predilecto de la ciudad y ofreciéndole distinciones y altos grados para que de una vez, Artigas y sus tropas, dejaran de padecer las penurias que habían sufrido por tanto tiempo. Estas notas vinieron por intermedio de Otorgués. Artigas en seguida contestó a su primo que no se obtendría ninguna ventaja con ese entendimiento ya que los arreglos eran con base de respetar la constitución española; que se estaba en tiempo de hablar claro y manejar los asuntos con tal delicadeza que nadie pudiera equivocar los conceptos sobre las aspiraciones de los orientales, y, además, le recordaba que estaban en el centro de sus recursos y que él debía entender que una proposición de estar con los españoles y orientales juntos, bajo el dominio de España, no era una proposición de paz, era simplemente hacerlo capitular obligándole a ceder las ventajas de la guerra.

—Ya ves que esto es querer cada cual la sardina para su plato, le decía. Y era verdad.

A Vigodet, en la misma fecha, le decía que fueran cuales fuesen sus condiciones en ese momento, la razón fundamental de ellas era la revolución. Y al cura Larrobla, otro de los intermediarios, y en este oficio frente a Artigas, ya por segunda vez llamándolo a la reflexión para que meditara en lo futuro, le escribía mostrán-

dole el equívoco que había sufrido en cuanto a las causas de su separación del Sitio.

Para rubricar su actitud, totalmente libre de compromisos y con honrado proceder, ordenó a sus tenientes recrudecer sus medidas de asedio a los españoles, dictándoles normas para privar a los españoles de auxilio con lo cual estos deberían entregarse o perecer.

9 — Buenos Aires y el Virrey Pezuela también envían emisarios ante Artigas.

Para reafirmar el sentido político de su sistema, creando conciencia en sus tenientes sobre el federalismo, Artigas se preocupó de que éstos leyeran y explicaran sus Instrucciones a los habitantes, no sólo de su Provincia sino a los pobladores del Litoral. Y hacia todos rumbos marcharon entonces sus tenientes, barbudos unas veces, curas con sotanas y a menudo simples gauchos con chiripá de color, otras. Muchos de ellos, como Pancho Ramírez, usaban cabellera larga, patillas espesas y mirada dura. Otros, como Blasito, iban vestidos con calzón de terciopelo verde y chaquetilla de terciopelo carmesí con botones y charreteras doradas, y otros aún eran indios, como Curaete, y hablaban el lenguaje dulce y triste de los guaraníes.

Entre las explicaciones que daban los paisanos, había siempre una muy importante: la de la autonomía que permitiera a cada provincia invertir sus recursos en sus propias necesidades y realizar el comercio y la navegación libres. No debía permitirse que Buenos Aires tuviese en su puerto eternamente la supremacía económica, como tenía la política en su gobierno. La batalla, pues, fué empeñada en toda la línea.

Buenos Aires advirtió la calidad del enemigo que tenía por delante y decidió alcanzar un entendimiento con Artigas, sobre todo después que sus oficiales de escuela europea, enviados para someter a los insurrectos artiguistas, habían sido derrotados y tomados prisioneros. Para esta comisión Buenos Aires eligió a dos importantes hombres del Litoral, amigos de Artigas: el cura Amaro y Candiotti, un viejo hidalgo, poderosamente rico, y de extraordinaria influencia en todo Santa Fé. Los delegados se

entrevistaron con Artigas y fueron ilustrados claramente sobre el destino del Litoral en sus relaciones con Buenos Aires, conviniendo en una serie de cláusulas que no menoscababan en nada la autonomía de las provincias que habían empezado a girar, por sus propios intereses, en torno a la política del caudillo oriental.

El tratado firmado por los delegalos, a quienes les pareció tan justa y razonable la posición de Artigas, fué lógicamente desechado por el gobierno de Buenos Aires. A pesar de ello escribieron a Artigas temerosos de que un arreglo del jefe oriental con los españoles pudiera hacer cambiar la situación del Río de la Plata. Artigas, que sabía bien en cuanto a esos temores, no obstante ya le había contestado al delegado español que con los porteños siempre tendría tiempo para arreglarse, pero con los españoles nunca.

En esos mismos momentos, un emisario del Virrey español en el Perú, Pezuela, en largo trayecto desde el campamento de Jujuy en donde se encontraba el español, venía a ofrecerle los recursos más urgentes para acabar con los argentinos, pensando seguramente que Artigas luchaba contra éstos en defensa de su Rey. El Caudillo se encontraba en su campamento de Belén. La carta de Pezuela le conmovió profundamente y contestó de inmediato al Virrey diciéndole que seguramente le habrían engañado, pero que ofendían su carácter cuando le hicieron creer que él defendía al Rey español.

—Yo no soy vendible ni quiero más premio ni empeño que ver libre mi nación del poderío español, le escribió, agregándole que dejaría la espada tan pronto como terminara el estruendo del cañón. Y todavía, firme en sus convicciones, le ratificaba que su enviado volvía prevenido de no cometer otro atentado como ese que le había proporcionado. . .

La dureza de sus gestos era tan fiel como la devoción que había levantado en las masas, de un extremo a otro de las provincias, como así habían regresado informando en Buenos Aires los prisioneros libertados. Ellos aseguraron al gobierno, como ya lo había hecho antes el delegado Candiotti, que la causa de Artigas era justa y que sería muy difícil vencerlo.

Todo esto sucedía en momentos que la bandera que usaba el federalismo en el litoral, la misma bandera azul y blanca de Belgrano cruzada con una diagonal roja, recorría las provincias, y en momentos en que el Cabildo de Corrientes derrocaba a un gobernador, partidario de Buenos Aires, y nombraba a un federalista y amigo de Artigas. La sombra del Caudillo crecía día a día y Buenos Aires la veía levantarse como una terrible amenaza tanto a sus ideas monarquistas como a su economía centralista.

10 — Capitulación de los españoles en Montevideo.

El jovencito Alvear, que hacía poco más de un año había llegado al Río de la Plata como simple alférez, mediante una serie de maniobras de las logias masónicas al servicio de la política, alcanzó en ese momento el más alto puesto en la política del Río de la Plata. Por su influencia había hecho nombrar a su tío Posadas, Director Supremo, fácil instrumento en sus manos. Y luego se hizo nombrar por éste General en Jefe de las tropas con cuyo cargo pasó al sitio de Montevideo para ocuparse de las operaciones y atribuirse el mérito de la capitulación de la ciudad que sabía estaba a pocas horas de hacerlo.

Fracasados los diversos intentos de Vigodet para entenderse con Artigas; derrotado en la batalla de Cerrito por Rondeau y en las salidas que hiciera contra los sitiadores, repetidas veces; asediado más tarde por la flota de Brown que le impuso un efectivo bloqueo; y carentes sus tropas de lo más imprescindible para sostenerse, el jefe español no tuvo más remedio que entrar en negociaciones con Alvear. Esto sucedió en los primeros días de junio de 1814 y la capitulación quedó terminada el día 20. Era Montevideo el último reducto que le quedaba a los españoles en el Río de la Plata. Y en la fría mañana del 23, las tropas españolas, con sus banderas desplegadas, salieron en dirección a la Aguada hacia el embarcadero de la bahía.

Rindieron honores a los vencidos los regimientos de Pardos y Morenos, con tambores, músicas y largos convoyes. Después que los argentinos recibieron las llaves de la Plaza y fueran relevadas las guardias, entraron los

Dragones por las calles imponiendo respeto al vecindario casi todo español, que recibió a los vencedores, taciturno, y hostil. Un enorme silencio había enmudecido la ciudad en donde los españoles dejaban para siempre sus glorias coloniales definitivamente enterradas.

Pocos momentos más tarde, los aires victoriosos de las bandas anunciaron que seis mil hombres de los ejércitos argentinos entraban a la ciudad con el apuesto Carlos María de Alvear al frente, el que iba montado en un brioso corcel. Desfilaron todos los cuerpos sitiadores y formaron en la Matriz, en medio de música y redoble de tambores. Una salva de artillería hizo que la población elevara los ojos al mástil de la Ciudadela y al de la Fortaleza del Cerro de donde descendieron las banderas españolas y se alzaron las patriotas... Montevideo ya no era más española. Ahora estaba en manos de los centralistas porteños. Pero Artigas, desvelado e inquieto, sobre el lomo de su caballo, recorría las fronteras del Paraguay, de Misiones, de las Provincias del Litoral y de su Banda, de Norte a Sur. Confiaba en que su bandera, a la que los gauchos gustaban mucho de seguirla, sería todavía la de la revolución.

11 — La Constitución que redactó Artigas para su pueblo.

Desde fines de marzo de 1814, Artigas incitaba a las Provincias a reunirse en un Congreso para organizarse como mejor les agradara. Y él mismo, con algún tiempo, se preocupó porque sus secretarios redactaran una Constitución para su pueblo que se pareciera a algunas de las de los estados norteamericanos. Sabía que, tarde o temprano, quizá mucho más temprano de lo que se suponía, la Provincia, ya bajo su mando, debería organizar su forma política, su administración y su economía. Su intención fué la de que cada provincia redactara su constitución. La de su pueblo estaba hecha sobre la forma de la que se había dado, en 1780, el estado de Massachusetts de Estados Unidos. Fué redactada con intervención de delegaciones de veintiún pueblos, a excepción de Montevideo que aún estaba en poder del extranjero. Pero no alcanzó a ser aplicada porque cayó en manos del enemigo.

Era de tipo federal y constaba de cinco capítulos, con sesenta y cuatro artículos, un encabezamiento y una declaración final.

En el capítulo primero trataba todo lo que se relacionaba con las libertades, derechos y obligaciones que tienen los ciudadanos. Su primer artículo expresaba que todos los hombres nacían libres e iguales; que tenían derecho a ser protegidos por el Estado y que, siempre que no se lograsen esos objetos, el pueblo tenía derecho para alterar el gobierno y tomar las medidas necesarias para su prosperidad y seguridad. Este derecho es tan revolucionario que ni siquiera en las constituciones actuales se le ha podido incluir. Todos los artículos de este capítulo son muy liberales y progresistas. Entre ellos el artículo tercero, que establecía, como una **ley fundamental y esencial,** la enseñanza obligatoria, y, en el siguiente, el fomento de todo lo relacionado con la difusión de la cultura en sus más amplios aspectos.

Figuraban además en este capítulo, artículos que consagraban la libertad de imprenta, la soberanía popular y la más auténtica democracia, excluyendo toda posibilidad de que se formaran clases o castas gobernantes, pues, decía el artículo, el gobierno es instituído para el bien común, la protección, seguridad y felicidad del pueblo, y no para el provecho, honor o interés privado de algún hombre, familia o clases de hombres. Se establecía además el servicio militar obligatorio y el derecho del pueblo a guardar sus armas, en virtud de que todos los habitantes deberían saber el manejo de las mismas y debían poder usarlas para su defensa.

Los capítulos segundo y tercero se referían a la elección de Senado y sus atribuciones, y todo lo relativo a los representantes, adoptándose dos Cámaras, y estableciendo las condiciones generales para la elección de sus miembros. Como organismo que debería unir el gobierno con el pueblo, quedarían los Cabildos, instituciones populares de tan importante función y arraigo en la historia política de la Colonia.

Los capítulos cuarto y quinto trataban sobre la constitución del Poder Ejecutivo, que sería ejercido por un Gobernador, y de la organización del Poder Judicial. La

Constitución terminaba con un artículo final por el que se comprometían a respetar las determinaciones del Congreso General de la Nación, en todas las cuestiones que por los propios artículos de dicha Constitución estuvieran sometidos. Con este artículo se ratificaba la aspiración confederacionista. Era esa Constitución artiguista del año 14, de un contenido sumamente progresista y revelaba el fondo esencialmente democrático que sostenía Artigas en cuanto a los problemas políticos. Pero esta Constitución, que cayó en mano de los españoles, como dijimos, no fué posible rehacerla ni aplicarla.

12 — Gobierno de Montevideo por los porteños.

La capital de la Banda Oriental quedó gobernada por el porteño Nicolás Rodríguez Peña quien, de inmediato, se dedicó a revisar los archivos y violar las cláusulas de la capitulación que habían hecho con los españoles. Pero el hecho de que los porteños gobernaran a Montevideo, no les dió tranquilidad al respecto a las miras del Jefe de los Orientales, que seguía en campaña preparando sus redes políticas y militares.

El descontento era muy grande y los porteños se daban exacta cuenta de ello. En los mismos sectores argentinos, en donde el federalismo había adquirido gran fuerza, se repelían los procedimientos de los gobernantes bonaerenses. Por otra parte, los acontecimientos en las provincias no mejoraban para los centralistas, de modo que sintieron necesidad de ponerse en contacto con Artigas, una vez más, sino con ánimo de un franco entendimiento como así lo demostraron las correspondencias, por lo menos con intención de ganar tiempo para afianzar mejor su conquista en esta banda.

Para tal efecto enviaron delegados al campamento de Artigas los que, y ante el siempre renovado deseo del Jefe de los Orientales para llegar a un acuerdo en este pleito, volvieron con cláusulas firmadas para que Alvear las ratificara en Montevideo. Y esto a pesar de que muy pocos días antes Alvear había engañado primero y sorprendido después a Otorgués, en Las Piedras, derrotándolo totalmente. Alvear no tuvo inconveniente en ratificar di-

chas cláusulas puesto que no pensaba cumplirlas. Lo que más le interesaba era hacer público de inmediato el entendimiento con Artigas, a fin de apuntalar su gobierno que se desmoronaba. Y a pesar de que se le declarara a Artigas buen servidor de la patria, y se le repusiera en el cargo de Coronel, como entre otras cosas estipulaba el tratado, todo ese tiempo perdido entre los viajes, las correspondencias y la espera de las ratificaciones fué aprovechado por Alvear para recibir refuerzo de Buenos Aires y organizar en la Banda Oriental la campaña contra el ejército de Artigas.

Desde julio hasta octubre de este año de 1814, fecha en la que concurrió el delegado artiguista al campamento de Alvear para obtener la final ratificación del tratado, siendo echado del mismo, Artigas esperó con su paciencia e ingenua confianza, en que fuera posible llegar a un entendimiento con los porteños. Montevideo, gobernado por los agentes de la Logia, sufría saqueo tras saqueo. Se requisaron, bajo pena de la vida al que no entregara, todas las armas particulares. Se envió, casi en seguida a Buenos Aires, ocho mil doscientos fusiles, trescientos treinta y cinco cañones de bronce y de hierro, las cañoneras de guerra de la flotilla naval y otros elementos bélicos avaluados en cinco millones y medio de pesos. A lo único que se opuso el Intendente Durán, fué al embarque de la imprenta, por lo cual a pesar de su obsecuencia anterior, fué declarado cesante.

Nueve días más tarde de haber establecido su gobierno en Montevideo, los porteños abrieron la campaña contra los bienes de todo el mundo, en especial en cuanto a tesoros y mercaderías. Actuó en estas diligencias un Tribunal de Presas que no dejó títeres con cabeza. Sólo se escaparon de comparecer ante dicho Tribunal los que estaban junto a Artigas... que fueron, no obstante, los primeros desposeídos.

Como éstas, otras arbitrariedades se generalizaron. El malestar se extendió a todas las capas sociales. Artigas, ya sin vacilar más, viendo que se habían acabado unos enemigos pero que habían empezado otros, hombre de guerra, para conseguir la paz total, no vaciló ni un minuto

más y movilizó a sus tenientes hacia los cuatro puntos cardinales.

13 — Lucha de Artigas contra el centralismo porteño.

Alvear desembarcó en Colonia y marchó a través de San José en dirección a Santa Lucía en cuyo lugar acampó. Artigas había dispuesto que algunos tenientes se internaran a revolucionar las Provincias del Litoral, que otros marcharan a Colonia y San José y Barreiro a negociar a Río Grande, mientras él se situaba en el Norte para operar en ayuda de los que necesitaran. La más importante campaña en este final del año 14, estuvo a cargo de Rivera, perseguido al principio por el argentino Dorrego, perseguidor de este mismo, más tarde, en una travesía violenta y rápida como las que acostumbraba este oficial artiguista.

Algunos desacuerdos entre los tenientes de Artigas demoraron sin embargo las acciones de guerra. Pero llamados al orden por el Jefe de los Orientales que los reunió en su campamento del arroyo Corrales, dispuso que de inmediato presentaran batalla a los porteños para acabar de socavar el gobierno, bastante frágil ya, de los lautarinos amigos de la monarquía.

El nuevo Gobernador de Montevideo, Soler, no pudo conjurar la situación creada por los acontecimientos. En sucesivas cartas a su gobierno se quejaba de lo mal que le rodaban los acontecimientos porque, afirmaba, que el terreno en el cual pisaba era todo enemigo. Por eso ordenó extremar las medidas contra los artiguistas, con fusilamientos, destierros y cárcel a todo guerrillero que sirviera a la causa de los orientales.

Mientras esto sucedía en la Banda Oriental, por las Provincias del Litoral el federalismo ganaba terreno, día a día. Pero no era sólo en el Litoral. También en Río Grande el secretario de Artigas había conseguido detener toda ingerencia portuguesa en estas luchas, y Paraguay a su vez había resuelto su simpatía por los orientales. Lo único que faltaba era un pequeño golpe de gracia que acabara con este grupo de políticos intrigantes que ni siquiera se entendían entre sí, como denunciaba el Director Posadas en una

carta a Soler, en la que refiriéndose a estos enojos personales, le preguntaba si no era en verdad eso **una cosa de locos.**

La oportunidad del pequeño golpe se presentó a los orientales en la batalla de Guayabos que dieron Rivera, Jefe de la vanguardia; Bauzá, Jefe de los Blandengues y Lavalleja, Jefe de las guerrillas, contra Dorrego, el Jefe porteño, ninguno de los cuales alcanzaba a los treinta años. Fué una batalla ardorosa, de arremetidas violentas, de sableadas y lanzasos como cuadraba a esa juventud valiente. La batalla sucedió en los primeros días del año 1815 y Dorrego escapó del desastre apenas con una decena de hombres con los cuales llegó a Paysandú, desde donde dió cuenta de este desastre a su Gobierno, desastre que acabó de dar por tierra con los sueños monárquicos de este grupo de ambiciosos y que trajo, como consecuencia, además de la caída del Gobierno alvearista, la entrega de Montevideo a Artigas.

14 — Las tropas artiguistas entraron a Montevideo.

A raíz de la batalla de Guayabos, y como nuevos emisarios ante Artigas fracasaron en su cometido, a la par que oficiales y tropas desertaban continuamente de Montevideo sin que Soler pudiera remediarlo, los argentinos se aprestaron a dejar la capital. Pero antes Alvear ordenó el tercer saqueo oficial a la ciudad, luego que cargaron con todo lo que podía servir.

Se vieron, afirmaron los testigos oculares de entonces, catervas de pueblo arrancando puertas y ventanas de la Casa de Gobierno delante del propio Soler. Se dió rienda suelta al pueblo, además, para saquear los archivos con lo cual se perdieron las mejores piezas. Y el 25 de febrero de 1815, evacuaron la Plaza en dieciocho embarcaciones, después de ocho meses de mal gobierno.

Dos días después, a instancias del Cabildo de Montevideo, entraron a la ciudad, en lenta marcha por entre las casi ruinas de la población, los ciento cincuenta hombres de José Llupes que Otorgués mandó para proteger a los habitantes. Adelante iba ese oficial de enorme estatura, trajeado de simple Blandengue, barbudo y de poblada pa-

tilla negra. A su lado un tambor batía marcha a cuerda floja y un abanderado traía desplegada la bandera de Artigas que en la Provincia Oriental no era con diagonal, como la que usaban en Entre Ríos y Santa Fé, sino que era blanca en medio, azul en los dos extremos y en medio de los azul unos listones rojos.

Los soldados de Llupes entraron al paso, mirando hacia los lados como asustados, sin pena ni alegría, más bien taciturnos, desastrados, llevando el fusil apoyado en la culata del recado. Casi ninguno, a excepción del Jefe, ceñía sable, y sus vestimentas se reducían a un poncho o jerga colgado por los hombros, algún asomo de calzoncillo y algún trapo colgado del cuello. Sus cabezas desmelenadas apenas si mostraban de tanto en tanto alguna vincha incolora. Y sus aperos, eran rastros de cueros y pieles de oveja sin curtir.

Esta fué la vanguardia del Ejército Oriental que empujó de la Banda hacia Buenos Aires, a la esplendorosa monarquía del bello y elegante caballero Carlos María de Alvear. Eran un resto auténtico de la entraña de nuestra tierra que cruzó las calles seguido de alguna muchedumbre que más que victorearlos, se burlaba de los gauchos andrajosos, de barbas enmarañadas y flacos. Cuando pasaron por delante del Cabildo algunos amigos gritaron vivas a los orientales, pero no fueron muchos los que se hicieron eco.

Mientras Llupes se encargó del gobierno militar, el Alcalde del 1er. Voto, Tomás García de Zúñiga lo hizo del mando político. Pocos días después se solicitó a Otorgués, que estaba acampado en Canelones, que se hiciera cargo del gobierno, cosa que aceptó luego que Artigas hubo ratificado su nombramiento y a pesar de que el propio Otorgués pensó que le sería una penosa tarea. El 21 de marzo de ese año, Montevideo tuvo el primer Gobernador artiguista.

●

VIII

1815: EL PROTECTORADO DE ARTIGAS

1 — La importancia del Litoral.

¿Cuál fué, en verdad, la causa por la que todas estas provincias del Litoral buscaron la protección militar de Artigas? No otra, sin duda, que la necesidad de amparar sus propias ventajas particulares, es decir, las de su economía en primer término, frente a la absorción de Buenos Aires.

Todos estos pueblos están comprendidos en una zona geográfica importante, llamada Litoral, que va desde el límite natural del Uruguay hacia los contrafuertes de la cordillera por el Oeste, y hacia el estuario de Bahía Blanca por el Este. Toda una ancha llanura surcada por el río Paraná, río grande como mar, que es como su inmensa vértebra líquida. Llanura favorable para la cría de ganados y la agricultura, productos que pueden salir por sus numerosos puertos y ríos navegables, abundante en lluvias y dulce en clima, región ideal para una vida sencilla y fecunda.

El Litoral, que abarca las provincias de Misiones, Corrientes, Santa Fe y Entre Ríos, y que se extiende incluso hasta la de Córdoba, tiene su gran puerto natural en Santa Fe, a seiscientos kilómetros de Buenos Aires, aguas arriba por el Paraná. En este puerto, los fundadores españoles que apreciaron su situación geográfica, crearon el embarcadero de salida para los productos de esa inmensa región. Santa Fe llegó a ser así un temible rival del puerto de Buenos Aires.

Todo el Litoral, pues, tenía características que lo personalizaba como entidad geográfica y económica, por eso anhelaba verse libre de las trabas que había tenido, desde la época de la Colonia, para exportar sus productos

y hacer sus compras a los barcos de otras nacionalidades que venían por el Paraná. Todas esas razones eran la causa de que los hombres del Litoral, especialmente los estancieros dueños de tierras y haciendas, entendieron de inmediato el sistema político de Artigas y apoyaron su Confederación. El Protector se valió de esta propia confianza que las Provincias le demostraron y trabajó en el sentido de hacerlas, sino libres, autónomas, para el mejor desenvolvimiento de su vida económica e institucional. Este es el verdadero nudo de la lucha de Buenos Aires contra Artigas.

Su protectorado no iba más allá de esa ambición señalada. El mismo decía en cartas a sus partidarios en las Provincias, que lo que hacía era auxiliarlos como amigo y hermano, pero que sólo ellos tenían el derecho de darse la forma de gobierno que gustasen, y de organizarse como mejor les conviniera. De ese modo se lograría su sueño que era la Liga Federal de la cual, él, muy complacido, se prestaba a ser la fuerza militar que la sostendría, pues, sería el **Protector.**

2 — Corrientes aceptó su protectorado.

Corrientes, por muchas causas y entre ellas la de su aislamiento y constante amenaza de Paraguay, fué de las primeras provincias que entraron bajo la esfera de acción de Artigas. Para ordenar sus intereses el Jefe de los Orientales envió a un teniente correntino, muy joven pero valiente y decidido, que hacía ya algún tiempo militaba en su ejército. Se llamaba Genaro Perrugorría y sin duda tenía brillantes condiciones de político y militar en sus veintidos años y magnífica figura. Perrugorría llegó a Corrientes en los primeros días de julio, escoltado por blandengues. De inmediato dictó un bando para elegir diputados al Congreso Provincial, tal como recomendaba Artigas.

Para allanar todas sus dificultades el comisionado usó las cartas de recomendación en las que Artigas exaltaba la personalidad del joven oficial. Al tiempo que Perrugorría realizaba estos cometidos, otro teniente de Artigas terminaba con un movimiento antifederacionista y reafirmaba en el poder a los amigos del Protector.

El joven comisionado, demasiado ambicioso y apresurado por posiciones personales, maduró los acontecimientos eleccionarios para jugarlos en interés propio, no en interés de la causa, y olvidando la generosa comisión que le confiara Artigas, organizador de la Liga, entró en acuerdo con personajes contrarios a la Confederación, tratando de reincorporar de nuevo su provincia a Buenos Aires, después de haber reducido a la impotencia de acción al gobernador que era amigo del Jefe de los Orientales. Y cuando las fuerzas artiguistas pasaron a Entre Ríos a someter a otros partidarios del centralismo, Perrugorría se levantó abiertamente contra Artigas. Una violenta reacción de vecinos y gauchajes al grito de: **¡Viva Artigas!** opuso resistencia a Perrugorría mientras llegaron refuerzos que derrotaron y tomaron prisionero al delegado traidor y demás cabecillas que fueron enviados al campamento de Artigas para ser juzgados.

El Protector hizo hacer el sumario de práctica y la sentencia que recayó al correntino fué la pena de muerte. Artigas, sin ningún género de vacilación, firmó la sentencia para hacer respetable la justicia si se deseaba que ella triunfara, como dijo justificando el fallo. De esta manera pagó el traidor Perrugorría el abuso de confianza cometido contra su jefe. Mientras tanto, las tropas de su teniente Basualdo, que habían actuado en estos episodios, entraron en Corrientes en medio de grandes aclamaciones populares. Y ese día, en esa ciudad, el federacionismo levantó una bandera igual a la del cuartel general de Artigas: blanca, azul y con listones rojos, signo de grandeza, de decisión por la república y de la sangre derramada por sostener la libertad e independencia, como la explicaba el propio Artigas en una carta.

3 — Buenos Aires envió nuevos emisarios ante Artigas.

La lucha de Artigas contra los porteños era sin cuartel. No sólo los combatía por las armas y sublevaba las provincias con su política, sino también les bloqueaba de todos modos su comercio con el litoral. Esta lucha preocupaba seriamente en Buenos Aires, cuyo gobierno, ya

tambaleante, intentó repetidas veces entenderse con el Protector. Pero en estos entendimientos nunca se respetó el confederacionismo, sino que se trató siempre de imponer la autoridad de su centralismo en política y en el comercio.

Como el delegado Herrera que enviara Alvear, desde Montevideo, había fracasado ante Artigas, burlado poco antes por otros comisionados del propio Alvear, decidieron enviar nuevamente un amigo del Protector, Elías Galván, ex gobernador de Corrientes. Este emisario, que llevaba recomendaciones maduradas por Alvear, que hubieran podido ser aceptadas, no llegó a cumplir su cometido. Detrás suyo, entonces, marchó Guillermo Brown, dueño de barcos mercantes y propiedades en Colonia, hombre también de la amistad de Artigas, e insistió en obtener el comercio libre entre las Provincias de la Liga y Buenos Aires, pero haciendo a su vez muy pequeñas concesiones políticas a lo que pedía la Liga. Por lo cual también fracasó en su misión.

Artigas sabía que el comercio era la base de la felicidad de los pueblos, como le escribía a Corrientes cuando esa provincia, a pesar de estar en guerra con Buenos Aires quería comerciar con esta ciudad. Pero también sabía que el comercio con un pueblo enemigo no acarreaba más que desventajas, como les afirmaba, recomendándoles tomar ejemplo de su provincia que hacía cinco años que tenía estancadas sus negociaciones, pero que no había sido razón para sofocar sus derechos.

Con un gran sentido realista el Jefe de los Orientales había hecho del bloqueo un arma fundamental para el triunfo de su política. Por eso les insistía en la necesidad de cerrar los puertos y embargar todo buque que viniera de Buenos Aires. Comprendía que el sacrificio era grande, pero él, primero que nadie, era quien sentía los efectos de andar rodeado de miserias desde cinco años atrás.

Todavía los porteños enviaron otro delegado ante Artigas, el 1º de abril de 1815, para tratar de conseguir su alianza y evitar el derrumbe del gobierno de la Logia, comisión que fracasó por las mismas razones que las anteriores.

Las ideas de federación hallaban eco en los más apar-

todos rincones del Río de la Plata y del inmenso territorio argentino, reconocían los propios contemporáneos de Artigas. Y no era solamente la masa de población que reclamaba el cambio, eran también los productores del Litoral los que anhelaban esta nueva política. De ahí los desesperados esfuerzos del gobierno de Buenos Aires por entenderse con Artigas a través de sus emisarios. Pero la falta de sinceridad de este deseo de entendimiento fué siempre evidente. Y mientras al campamento de Artigas marchaban, delegado tras delegado, en el cuartel de Alvear, en Olivos, éste amenazaba con fusilar a las personas que no querían redactar una proclama en contra del Protector, usando los términos: asesino, monstruo, y otros por el estilo.

4 — Santa Fe también se incorporó a la Liga.

Pero ninguna medida detenía la marcha del federalismo por las provincias. Santa Fe, conturbada por una serie de problemas iguales a los del resto de las provincias, en un extenso oficio dió cuenta a Artigas de la penosa situación porque atravesaba. Le decía que la benemérita ciudad de Santa Fe nunca había pensado llegar a tan lamentable estado: desnuda de armas, haciendas y caudales, sin ejército, expuesta a saqueos y depredaciones como estaba. ¿Cómo iba a dudar Santa Fe en pedir su ayuda cuando en ambas márgenes del Paraná sólo se oía el clamor que anunciaba los triunfos de Artigas contra los ejércitos del Directorio y el avance de su federalismo?

Artigas envió de inmediato fuerzas a Santa Fe, las que llegaron en marzo de ese año obligando a capitular al ejército del Directorio, el que no tuvo más remedio que embarcarse para Buenos Aires. Con este suceso esta Provincia cortó su dependencia con Buenos Aires e inició su vida económica dentro de la Liga Federal. El Cabildo nombró a Candiotti, emisario de Buenos Aires ante Artigas cuando las primeras entrevistas, Gobernador Interino. También en Santa Fe flameó en medio de la Plaza, por primera vez la bandera tricolor de la Federación y el pueblo festejó este hecho, con salvas y luminarias, durante tres días.

Artigas estaba en La Bajada, como se llamaba entonces a la ciudad de Paraná, desde donde vigilaba la marcha de la Confederación. Invitado a cruzar a Santa Fe,

atravesó el río en la vieja balsa de La Bajada con una escolta de cincuenta hombres. El pueblo lo recibió y lo acompañó entusiastamente por las calles. Todos lo vieron como un hombre de figura agradable y popular, con algo de patriarcal. Permaneció en la ciudad hasta que se efectuaron las elecciones de Gobernador, en las que resultó Candiotti confirmado en el puesto. Luego el Protector repasó nuevamente el Paraná por entender que en Santa Fe estaba ya cumplida su misión. Desde ese día, esa Provincia fué el centro de la lucha del interior contra el centralismo porteño.

5 — Córdoba reclamó también su protección.

Estando Artigas en Santa Fe, los federales de Córdoba enviaron hasta su cuartel andante de esa ciudad, un influyente vecino para pedirle su intervención en los hechos de Córdoba.

Esta Provincia, a pesar de quedar en límite de la zona del litoral, recostada sobre las serranías que se unen a la enorme cordillera, no pudo escapar al influjo de los mismos problemas que afectaban a todo el Litoral. Sus problemas eran idénticos y presentaban la misma gravedad que en todo el interior. También ahí se formaron, pues, los dos núcleos, centralistas y autonomistas, que se trabaron en sorda lucha. Para asegurar el triunfo de sus ideas fué que los autonomistas pidieron la cooperación de Artigas que en esos momentos entraba triunfalmente en Santa Fe. El ruído de su protectorado alcanzaba también a la ciudad adormecida del viejo coloniaje.

Artigas contestó al delegado cordobés que marcharía de inmediato con sus tropas en su auxilio, después de dejar a Santa Fe libre de tiranos y respirando júbilo. Desde ahí aconsejó al Cabildo en sus medidas políticas y obligó al gobernador centralista a dejar al pueblo en pleno goce de sus derechos. Su decisión fué radical: le dió veinticuatro horas para retirarse a Buenos Aires. El Gobernador reunió entonces al Cabildo y presentó renuncia poniendo su tropa a disposición del mismo pueblo y de la nueva autoridad constituída. Artigas no tuvo siquiera necesidad de trasladarse a esa ciudad. Una simple nota suya había cambiado el panorama político de Córdoba, la que, de este modo,

rompía también con el poder porteño y devolvía a su pueblo el derecho a crear el gobierno que más conviniera para su futuro.

Agradecida esa provincia por la protección del Jefe de los Orientales, encargó a un célebre cordobés la construcción y grabado de una espada para el Protector. La obra se ejecutó y llevó en su vaina de metal con guarniciones de bronce, la leyenda: **Córdoba, en los primeros ensayos, a su Protector, el inmortal General Don José Artigas. 1815.** Y en las dos hojas del arma, estas otras: **Córdoba independiente a su Protector y General Don José Artigas, año 1815.**

Más o menos por esos días, las tropas que había enviado el Directorio para combatir a la Federación, se sublevaron en Fontezuela. El propio Artigas tuvo participación en este hecho que dió por tierra con el gobierno del Directorio, que, con Alvear a la cabeza, salió huyendo de Buenos Aires hacia Río de Janeiro, y dándose por muy felices por el solo hecho de haber salvado sus vidas. De este modo se terminó la aventura de estos personajes que habían alimentado la esperanza de cambiar el pensamiento de la multitud, como decía Alvear, supliendo el concepto de libertad y republicanismo que las alimentaba, por el de esclavitud y monarquía que sustentaban.

6 — El pueblo de Purificación, sede del Protectorado.

Desde que Artigas tuvo que atender un tan amplio escenario político y guerrero, se preocupó por encontrar un lugar céntrico desde el cual pudiera vigilar atentamente a todas las provincias y concurrir a sus llamados con la prontitud que lo exigieran. Al propio tiempo que un lugar que les sirviera para concentrar los desafectos a su régimen que no se comportaran como exigían las circunstancias revolucionarias. Este lugar no fué otro que el que se llamó Purificación, ubicado sobre las barrancas del Río Uruguay, en la costa oriental a treinta kilómetros al Sur de la ciudad del Salto.

En este sitio el río se estrecha y choca contra una escollera de piedras e islotes, por lo cual sus aguas se arremo-

linan y braman, convirtiendo el lugar en una especie de hervidero que ha servido para así denominarlo. A su pie está la meseta que se eleva hacia el Oriente en colina espaciosa, desde donde se domina extraordinariamente bien todo su alrededor. En frente, la costa entrerriana se extiende llana, dilatada, apenas surcada por algunos arroyos no muy caudalosos. El peñón de la meseta que queda entre los arroyos Hervidero y Chapicuy, tiene más de cuarenta metros de altura sobre el nivel del río.

La posición de este lugar es envidiable y en su tiempo fué el centro exacto para dirigir las operaciones en esta vasta región, por su proximidad a la costa argentina, por su equidistancia de Montevideo y la región brasileña. Artigas no quería perder de vista especialmente a la provincia de Entre Ríos, en la que operaban numerosos federalistas que se le habían incorporado, pero que carecían de ambiciones personales. Algunos eran caudillos de menor cuantía y sin mayor talento, pero otros, muy particularmente Francisco Ramírez, era una figura de extraordinario relieve. Promediaba en esa fecha los treinta años, era fuerte, valeroso, de figura recia y bien tallada, de inteligencia natural muy vivaz, de infancia sin miedo y adolescencia aventurera. Ramírez, que se venía batiendo al lado de Artigas, desde los primeros momentos de la revolución habiendo escapado de las prisiones españolas de Montevideo, activaba en Entre Ríos con una serie de pequeños y peligrosos caudillos que Artigas recelaba y que muy de cerca quería vigilarlos.

Buscando un lugar ideal para su cuartel general, Artigas, en el amanecer de un día de junio, acampó en el Hervidero, que su secretario, el cura Monterroso, designó con el nombre de Purificación. El nombre no era un capricho cualquiera, sino que traducía uno de los propósitos de la fundación de este pueblito, como vimos: concentrar a los desafectos a su régimen, que entrabaran la marcha de la revolución, para que ahí purgaran su desafección. Era así un lugar de **purificación,** como en este sentido escribió Artigas al Cabildo de Montevideo.

El campamento que formó el pueblito se levantó a pocos metros de la propia meseta. Muy cerca de la prominencia Artigas construyó su residencia habitual y su cam-

pamento atrincherado, que estaba limitado al Sur por el arroyo Hervidero, al Oeste por el Uruguay, y en los puntos restantes por fosas profundas y baterías colocadas en lugares aparentes que defendían al pueblo de todo riesgo.

Purificación contó en seguida con una docena de casas particulares, hechas de paja y de terrón, con puertas y ventanas de cuero y algunas filas de toldos en el mismo material, muy semejantes a las que existían distribuídas por toda la Banda. Cada pequeña propiedad estaba señalada por un cerco de estacas desiguales. El rancherío rodeaba un cuadrilongo descampado que hacía las veces de plaza, como procedían los españoles en sus fundaciones, sobre cuyos lados levantáronse la escuela y el templo, ambos muy pobres y que empezaron a funcionar cuando recibieron del Cabildo, a pedido de Artigas, los útiles necesarios.

Desde ese pequeñito pueblo, sobre la margen del Uruguay, Artigas, sin ninguna clase de lujo, ni siquiera comodidad, viviendo la vida más sencilla y rústica que se pudiera pedir, manejó por algún tiempo el destino de todas estas provincias que le habían nombrado Protector de los Pueblos Libres, y fué, en medio de grandes sacrificios, estructurando el gobierno de su Provincia.

7 — El difícil gobierno de Montevideo.

Si ya era difícil gobernar una provincia desde lejos, por intermedio de otras personas, mucho más lo era habiendo quedado la Banda Oriental en las deplorables condiciones materiales en que quedó: sus campos talados, sus arcas sin dineros ni facilidades para conseguirlo, sus habitantes, a excepción de algunos comerciantes españoles y hacendados poderosos, en la extrema pobreza, etc. Uníase a este estado, la sorda resistencia en contra de los patriotas de la mayoría de los habitantes, españoles o enraizados a intereses de España, y la mala suerte de haber elegido para el puesto de primer Gobernador a Otorgués, un caudillo sin cultura y de ideas no muy firmes, aunque fuera todo un valeroso y sacrificado teniente. Por necesidad lógica, Otorgués debió caer en manos de los hábiles leguleyos y politiqueros. Sucedió, por consecuencia, el inmediato choque entre el Gobernador y el Cabildo compuesto por hombres conservadores, de viejo cuño hispano y con muchos intereses

que defender, pero sin duda previsores en medida de buen gobierno.

Una no muy clara política de aplicación de impuestos determinó la ruptura entre Otorgués y el Cabildo: El Gobernador negándose a aplicar impuesto a los comerciantes, en nombre de Artigas, que no quería recargar de gabelas a sus súbditos, aunque él y sus tropas sufrieran todas las miserias que se sabía pasaban, y el Cabildo insistiendo en aplicar una contribución a los comerciantes para ayudar a las necesidades de las milicias. Artigas, que temblaba con el solo nombre de **impuesto,** como escribía, ansiaba que floreciera de nuevo la Provincia y que nada impidiera ese florecimiento, sin querer advertir que los que llevaban la mayor parte de las ganancias eran los comerciantes que en nada colaboraban para que ese florecimiento sucediera.

Pero lo curioso fué que Otorgués, que se había opuesto a gravar con impuestos a los comerciantes, en nombre de Artigas, fué quien después quitó ese derecho al Cabildo e impuso terribles cargas, sin orden ni sentido, satisfaciendo los deseos de la camarilla que le rodeaba. Esta y otras discrepancias con Artigas, obligaron al Protector a quitarle el mando, medida contra la cual se rebelaron los amigos de Otorgués, después de destituir a los cabildantes con una pueblada. Estas novedades, así como las relacionadas con las arbitrariedades que cometían sus tropas con el vecindario, las conoció Artigas estando en Paraná. Cuando llegó a Paysandú, muy apenado por estas desobediencias de sus tenientes, envió su renuncia como autoridad de su provincia, el 2 de mayo de 1816, solicitando que se designara la persona a quien entregar sus tropas. Se hallaba incapaz, decía, de perpetuar su obra cuando sus ideas no eran respetadas ni merecían pública aprobación. El Cabildo, lleno de confusión ante su medida, pues entendió que Artigas era hombre muy difícil de reemplazar, envió entonces apresuradamente una comisión hasta su campamento para darle explicaciones y repetir los votos de acatamiento de su autoridad.

8 — Un viaje revelador: cómo era nuestra campaña en 1816.

La Comisión que fué hasta Artigas estaba integrada,

por el cura Larrañaga, el rico cabildante Reyna y otras personalidades. Salieron de Montevideo el último domingo del mes de mayo, en un buen coche tirado por dos mulas y un cinchero de a caballo, y marchó escoltada por una partida de ocho hombres. Tomaron por el Paso de las Duranas, camino hacia Canelones, a cuyo pueblo llegaron después de corta marcha. Atravesaron las calles tiradas a cordel, de este pueblito de quince vecinos, que era de los mejores de esa campaña y cuyas casas eran, en su casi totalidad, de azoteas. Como habían viajado siete horas y anochecía, debieron pernoctar en ese pueblo.

Al día siguiente, por entre cardales, llegaron a San Juan Bautista, otra villa de sesenta familias españolas en donde debieron detenerse por estar crecido el río Santa Lucía. Para vadearlo se valieron de un método ingenioso propuesto por un viejo botero viscaíno, práctico en el pasaje del río: hicieron una balsa de pipas encima de la cual colocaron el coche con sus ocupantes, la que atravesó el río tirada por los cuarteadores, a nado, y así siguieron el viaje. El camino que se ofrecía era bastante árido y primitivo, sin embargo ya algún maíz, trigo y zapallos sembrados decoraban el paisaje agreste y solitario. La campaña era sin duda pobre. Sólo de muy lejos en lejos, luego de horas enteras de camino, solían encontrar algún rancho a menudo rodeado de **noques,** que eran unos grandes cueros de bueyes desecados y parados sobre cuatro postes, rellenos de trigo. En ellos los campesinos conservaban sus cosechas contra los insectos. A veces era un solo buey hueco, piel corpulenta y estirada conteniendo sus treinta y tantas fanegas de grano, quien hacía de centinela al rancho; otras, era toda una monótona y callada tropa que rodeaba la hospitalaria casa de los paisanos.

Después que pasaron San José todo empezó a escasear, todo comenzó a tornarse más salvaje y más desolador. Faltaba el sentido humano. Sin embargo, Larrañaga, el sutil observador que recogió tan preciosos detalles y los tradujo amenamente, divisó en la puerta de un rancho destartalado, un rústico telar para hacer pellones azules, que aun no lo había visto ni en las propias ciudades. Tenía la forma de un bastidor vertical, con un cabezal asegurado en el suelo y otro en un tirante del rancho. Capa pellón

suponía quince días de trabajo y era vendido por los paisanos en una onza de oro. Había sin duda algo de conmovedor en estos rústicos artesanos, en tan duro y primitivo tiempo, perdido entre esos campos, viviendo en ranchos sin otras comodidades que unos banquitos, una mesa y un catre de guascas. El elemento que más se usaba era el cuero. Se vivía en esa época en un período que se le ha designado muy bien con el nombre de este material. Desde los botes para atravesar los ríos, las famosas pelotas, hasta los palomares de las estancias, pasando por las aberturas y techos de las casas y todos los enseres domésticos, eran contruídos con cuero, defensa del campesino que vivía en una especie de Arcadia que se iba a prolongar por mucho tiempo.

Después que cruzaron el arroyo Monzón, el regidor Reina dijo a Larrañaga que ya estaban en sus estados, y, efectivamente, anotó el cura, cada estancia de esas tenían tantas tierras como muchas provincias y aún repúblicas de Europa. En aquel medio estaba situada la buena casona del regidor y en ella tendría don Antolín, cuando acabaran las turbulencias patrias, un verdadero marquesado. . .

Pocos viajeros encontró la comisión a su paso. Los caminos estaban desiertos y quizá el único episodio interesante en esa jornada, en este sentido, fué para los viajeros el encuentro con Rivera y su ayudante en momentos que ambos vadeaban el río Negro. El oficial artiguista venía a pie, sobre una canoa, vestido sencilla pero elegantemente: pantalón y chaqueta de fino paño azul, bota inglesa, sombrero redondo y sin más distintivos que el sable y la faja de malla de seda carmesí. Su cara era redonda, sus ojos grandes y expresivos, modesto y muy atento en el trato, y hablaba con finura.

9 — Los delegados de Montevideo en el campamento de Artigas.

Cuando los delegados llegaron, otras diversas comisiones, entre ellas la de Pico y Rivarola, emisarios de Buenos Aires, esperaban también para entrevistarse con el protector. Su cuartel de Purificación era así un animado centro político hacia el cual convergían enviados de los

más lejanos puntos de las Provincias. La comisión de Montevideo quedó sumamente impresionada cuando comprobó las condiciones casi miserables, de tan sencillas que eran, en que vivía el caudillo.

Su residencia la formaban dos piezas de azotea, una de cuatro varas y otra de seis de largo, con un rancho contiguo que servía de cocina. Sus muebles lo componían una petaca de cuero y unos catres sin colchón que se utilizaban como camas y sofás, dos mesas, una para comer y otra para escritorio, un banco y tres sillas muy pobres. Y nada más.

En el momento de la llegada de Larrañaga y sus acompañantes, Artigas estaba afuera. Había ido a comer con la diputación argentina a bordo del falucho que estaba anclado cercano al campamento. Los había recibido Barreiro, el joven pariente de Artigas que le servía de secretario, de complexión delicada, buen conversador y de palabra reposada. Recién a las cuatro de la tarde llegó Artigas acompañado de su ayudante y de una pequeña escolta y recibió a la comitiva sin ninguna clase de etiqueta.

Larrañaga lo observó detenidamente y anotó la impresión, nunca la de un general de esos del tipo de los españoles que conociera, sino la de un buen paisano, vestido muy simplemente: un pantalón y chaqueta azul sin vivos ni vueltas; zapatos y medias blancas, de algodón; sombrero redondo y un capote de bayetón eran todas sus galas y aún éstas, anotó el cura, estaban pobres y viejas. Lo encontraron de regular estatura, robusto, de color bastante blanco y de facciones muy regulares, con la nariz un tanto aguileña y el cabello oscuro y apenas canoso. Aparentaba tener unos cuarenta y ocho años, aunque tenía ya más de cincuenta. Su conversación era atractiva y su lenguaje pausado, no realizaba largos razonamientos, sino reducía todo un problema a pocas y concretas palabras que traducían su mucha experiencia y que le daban un tino y una previsión extraordinarios para obrar. Sin duda conocía mucho el corazón humano, afirmaba el propio Larrañaga que era confesor de almas, especialmente el de los paisanos, por lo cual no había quien le igualara en el arte de manejarlos. Por este mismo conocimiento era que los hombres lo rodeaban y lo seguían con amor, a pesar de que

vivían desnudos y llenos de miserias a su lado, y no tanto por la falta de recursos, sino más bien porque Artigas no quería oprimir a los pueblos con impuestos, prefiriendo dejar el mando al ver que no se cumplían sus disposiciones en ese sentido. Los delegados, una vez frente a Artigas, expusieron sinceramente el problema que los traía.

—No nos propusimos con nuestra actitud, le dijo Larrañaga, que era por lo general quien hablaba, desconocer vuestra autoridad. ¿Cómo pretender tal cosa cuando el propio Cabildo confirióle las más amplias facultades para organizar la campaña en favor de la independencia?

Artigas, muy parco en expresiones trataba de ir siempre directamente a los hechos.

—Si así es, contestó, ¿cómo se explica el que no se cumplieron mis disposiciones: se gravara a los comerciantes, se mantuviera el Gobernador en su puesto cuando debía estar en campaña, como dispuse?

—Si fué necesario suspender momentáneamente el cumplimiento de vuestras órdenes, replicó la comisión, fué sólo para no dejar desguarnecida la plaza ante el peligro inminente de la expedición española de que se hablaba, o de un motín dentro de las murallas. . .

En este tono conversaron Artigas y los comisionados hasta el anochecer sin que el Protector se diera por muy satisfecho. Las sesiones se suspendieron a la hora de la cena que fué servida en medio de calma y de silencio.

La cena fué muy semejante a los demás actos de la vida del Jefe de los Orientales: un poco de caldo, un guiso de carne, pan ordinario y vino servido en una taza por falta de vasos. El menaje usado tampoco era más lujoso: cuatro cucharas de hierro estañado, sin tenedores ni cuchillos, sino los que cada uno traía, dos o tres platos de loza, una fuente de peltre cuyos bordes estaban despegados, y por asiento tres sillas y la petaca, quedando los demás en pie. Recubrían la mesa unos manteles de algodón de Misiones, sin servilletas y todo ello aún prestado.

Terminada esta sencilla y callada cena, se retiraron a dormir. Artigas cedió a Larrañaga no sólo su cuarto sino su catre de cuero y se fué a dormir a un rancho, sin aceptar de ningún modo las excusas de Larrañaga. Apenas amanecido volvió el Protector encontrando a todos en cama.

El desayuno fué apenas un **floriado,** especie de ponch muy caliente con dos huevos batidos que encontraron con gran trabajo. El floriado servido en un gran jarro con bombilla fué pasando de mano en mano. Larrañaga comenta que no hubo más recurso que acomodarse a ese espartanismo, a pesar del gran apetito por cosas más sólidas que tenían sus estómagos.

Terminado el desayuno nuevamente discutieron con Artigas varios puntos, después que los delegados hubieron hecho promesas formales de que cerrarían de inmediato el puerto, como se les ordenó; que se cumplirían sus instrucciones: devolución de la contribución quitada, esclarecimiento de la conducta de algunos cabildantes, y el envío de Otorgués con sus tropas a la frontera.

Todo esto, tan pronto como llegaron de regreso los delegados, fué cumplido al pie de la letra. Las relaciones volvieron a su cordialidad. Artigas había impuesto su autoridad moral y política en el gobierno de la Provincia.

10 — Artigas era un justo, no un verdugo.

Tan pronto como se cambió el gobierno en Buenos Aires, resurgieron las ideas artiguistas en esa ciudad. Y el mismo Cabildo que había firmado pocos días antes la proclama de **Artigas traidor,** repudió públicamente tal bando, le envió regalos por el celo y la energía con que había defendido la libertad y mandó quemar la proclama de Alvear en la plaza pública. A todos estos actos siguió el envió de una comisión compuesta por el coronel Pico y Rivarola, un amigo de Artigas, que llegó a Paysandú el 14 de junio de 1816, a entrevistarse con el Protector.

Pero esos comisionados no vinieron solos, sino que llevaban consigo siete altos oficiales, algunos de los cuales eran desertores y enemigos personales de Artigas. Era éste un extraño y absurdo presente que se ponía en manos del Protector para que él dispusiera de sus destinos. Los presos fueron bajados del falucho y conducidos a un rancho situado a la orilla del bosque, distante algunas cuadras del embarcadero y a media legua de donde estaba acampada la tropa de Artigas.

Más que preocuparle al Jefe de los Orientales este

regalo, le interesaba madurar los artículos que discutiría con los emisarios de Buenos Aires. Apenas si como contestación a tal envío, este hombre, a quienes muchos consideraban como a un verdadero ogro, libertó a tres prisioneros porteños. Frente a los enviados de Buenos Aires, Artigas sostuvo los mismos conceptos políticos anteriores y además reclamó la devolución a su Provincia de lo que le habían quitado los gobernantes argentinos. Luego de un cambio de contrapropuestas, los delegados entendieron que Artigas era hombre de ideas muy arraigadas y que persistía en la autonomía de las provincias que protegía y en un gobierno con esa base. Los delegados incluso llegaron a proponer algo que Artigas no pedía: la independencia de la Provincia Oriental, con tal de que dejara el resto de las provincias libradas a su destino. Pero la generosidad del Protector y su fiel sentido confederacionista, rechazaron dicha oferta.

Pocos días antes de que regresaran Pico y Rivarola a Buenos Aires, Artigas visitó a los prisioneros. Frente a ellos, pausadamente, el Jefe de los Orientales detuvo su mirada en cada uno, sin odio y sí apenas con alguna vieja prevención. Los prisioneros lo recibieron en fila y en el extremo de ella se encontraba el coronel Vázquez, uno de los desertores del Ayuí y en otrora su compañero de lucha. Artigas traía un papel en la mano.

—Siento, señores, les empezó diciendo, ver con grillos a hombres que han peleado y que han pasado trabajos por la causa. El gobierno de Buenos Aires me los manda a ustedes para que los fusile; pero yo no veo los motivos. Aquí me dicen, señaló el papel que tenía en la mano, que ustedes me han hecho la guerra, pero yo sé que ustedes no son los que tienen la culpa...

Los jefes oían atentamente las palabras de Artigas. Algunos tenían la cabeza baja. El oficial Díaz, que narró luego esta entrevista, trató de conservar toda su serenidad en medio de una lógica tribulación, quizás en la intención de prestar para el futuro un honrado servicio histórico. Como lo prestó.

—...si es que ustedes me han hecho la guerra, finalizó Artigas su frase, lo mismo hacen mis jefes y oficiales obedeciendo lo que yo les mando. Y si hay otras causas,

yo no tengo nada que ver con esto, ni soy verdugo del gobierno de Buenos Aires.

Las últimas palabras fueron dichas lentas y afirmadamente. Su rostro no denotaba debilidad pero estaba surcado por el cansancio. Su voz era opaca. Después preguntó a cada uno por su nombre y empleo y cada uno le fué contestando. Los cinco oficiales que Artigas no conocía le dijeron casi en coro:

—General, no nos hemos hallado en ninguna campaña contra Vuestra Señoría...

Artigas se dirigió luego a Díaz y a Vázquez y ambos le contestaron exactamente al revés que los anteriores:

—...nosotros hemos hecho la campaña contra Vuestra Señoría, General...

Artigas los miró y solamente les contestó:

—Ya lo sé, es lo mismo.

Luego los jefes le relataron los acontecimientos de Fontezuela y el espíritu de venganza que animaba todos los actos del nuevo Gobernante. Después de algunos instantes, Artigas interrumpió:

—Sí, quien hace esto... Pero no terminó la frase, sacudió la cabeza y se volvió hacia Díaz y Vázquez:

—En el pueblo de La Bajada se dijo que a usted y a otros jefes, hasta diez, los habían fusilado cuando la caída de Alvear...

Vázquez no despegaba casi los labios y Artigas trataba de mirarlo poco. Después de cada frase se sucedía un intervalo. De pronto se aproximó a los dos y encarándose con Díaz le dijo, entre sentencioso y burlón, refiriéndose a Vázquez:

—¿Ha visto usted el pago que le han dado los porteños a nuestro amigo Don Ventura?

—...quisiera decirle General, que lo del Ayuí... —intentó tal vez justificarse Vázquez. Pero Artigas le hizo señas con la mano para que se callara y le dijo con esa su sonrisa triste:

—Eso ha pasado ya.

Era cierto. Todos éstos no eran más que viejos recuerdos penosos que lo asaltaban, recuerdos casi melancólicos, pero Artigas tenía razón: eso ya había pasado. Cortó sus

pensamientos de repente y fijándose en otro oficial le preguntó:

—¿Cuántos años tiene usted y en qué ejército sirvió?

El oficial le contestó a sus preguntas enumerando las batallas en que se había encontrado desde el año 1810. Artigas permaneció un instante callado y al final, sacudiendo la cabeza, comentó:

—¡Vaya, que ni entre los infieles se verá una cosa igual!

Preguntó algunas cosas más y luego agregó:

—Dispondré lo necesario para remediar vuestras más apremiantes necesidades... Y ya despidiéndose, con palabras afables, muy cortés, se dirigió de nuevo a todos:

—No extrañen que no mande a sacarles los grillos a todos. El gobierno de Buenos Aires está en arreglos. Si éstos no son felices, me veré en el caso de devolver a ustedes como han venido.

Y el General, **el monstruo,** como decían los bandos de Posadas y Alvear, con cierta pena reflejada en su rostro, con su paso lento, su cuerpo un tanto agobiado, su sombrero medio inclinado hacia un lado, salió del rancho seguido de sus ayudantes.

Pocos instantes después el oficial de guardia solucionaba todas las necesidades de los prisioneros, incluso encendiendo un fogón en el rancho para que se pudieran calentar. Desde esa noche la situación de los prisioneros había mejorado y sus temores respecto a Artigas se habían desvanecido.

—Hallamos sentimientos de humanidad y principio de justicia en el hombre que la opinión designaba como un monstruo, escribió Díaz, y recibimos pruebas de simpatía en donde habíamos pensado encontrar nuestro fin.

Como el entendimiento con Buenos Aires no se llevó a cabo los siete jefes fueron devueltos. El día que marchaban hacia el embarcadero, se les acercó Artigas con varios jefes y oficiales, en mitad del camino, dando su brazo en apoyo a un oficial que estaba algo enfermo. Todos los jefes aprovecharon entonces para agradecer su generoso procedimiento. Artigas les ratificó su deseo de liberarlos, lo que hubiera ocurrido si hubieran firmado la paz con Buenos Aires.

IX

EL GOBIERNO DE ARTIGAS EN SU PROVINCIA

1 — Normas morales para sus gobernantes.

Por medio de veloces correos semanales, Artigas gobernaba a Montevideo desde su pueblo de Purificación. Tan pronto como Otorgués marchose a campaña y el Cabildo se hizo cargo del gobierno, Artigas escribió a esta corporación sobre medidas de buena administración, cierre del puerto para barcos enemigos y otros problemas.

Recomendó para los puestos públicos a los hombres que por sus conocimientos, adhesión a las ideas políticas y prudencia, merecieron la estimación pública; aunque la no adhesión a su persona no fué causa para que el propio Artigas dejara de recomendar a hombres aptos para la función pública. Con esto quería advertir al Cabildo, además, que nadie que no tomara parte en los afanes comunes, tenía derecho a compartir las glorias. En cuanto a los perturbadores del orden, recordaba que para ello había fundado Purificación.

A veces sus órdenes no se cumplían, sobre todo cuando lesionaban derechos personales. Entonces Artigas se ponía duro con sus gobernantes y les recomendaba ser los padres de la patria, más inexorables por su deber, porque de lo contrario aún le sobraban bríos para firmar el exterminio de todos. Y ellos sabían que sus palabras no eran simples amenazas sino que se podían cumplir en cualquier momento. Mientras sus gobernantes no entendieran que era necesario refrenar el desorden, establecer la mejor administración de economía, etc., nada se conseguiría en el orden constitucional. A los interesados y débiles les recordaba que no era posible ceder en beneficio de los particulares lo que dañaba los intereses generales.

¿Hasta dónde entendían y respetaban los regidores

sus medidas? Hasta donde importaba a sus intereses, en primer término. Por eso es que Artigas no tenía confianza en sus cabildantes. Por otra parte era necesario hacer cumplir sus disposiciones totalmente. Para eso es que necesitaba que la fuerza militar estuviera en la ciudad colaborando con el Cabildo. Para tal efecto ordenó a Rivera que se trasladara de inmediato a Montevideo, cosa que su teniente cumplió en seguida.

La gestión de Rivera fué tan feliz que la población de Montevideo olvidó prontamente los atropellos de que fuera objeto por la soldadesca turbulenta de Otorgués. Se volvió a respirar con tranquilidad y la vida pública empezó a florecer en todos los aspectos. Hasta la vieja Casa de Comedias renació de nuevo con el nombre de Coliseo, bajo la dirección del poeta Hidalgo.

Artigas estuvo colocado siempre, como el hombre superior que era, más allá de los pequeños rencores y pasiones personales, como lo demostraron muchos actos de su vida, entre ellos este mismo caso de Hidalgo. El poeta que lo acompañó en el Exodo fué de los que le abandonó en el Ayuí y formó en la camarilla díscola de Otorgués. Sus conocimientos lo llevaron a la dirección de la Hacienda Pública. En ese puesto sufrió un traspié que obligó a severas investigaciones por orden de Artigas. Pero como su honestidad quedó probada, el Protector, sin tener en cuenta ningún antecedente, lo repuso en el puesto, porque esta muestra de confianza, dijo, debería empeñarlo en resolver las cosas con madurez para no llorar en adelante las consecuencias.

El Jefe de los Orientales puso siempre su vida como ejemplo y obró limpia y lealmente. Al Gobernador de Corrientes le escribió diciendo que la pureza de su conducta debería ser la norma para sus subalternos. Al tenor de las cabezas se movían los miembros del cuerpo político, agregó, y además, todo hombre es igual en presencia de la ley. Por eso recomendaba a sus subalternos olvidar esa maldita costumbre, son sus palabras, de que los engrandecimientos nacen de la cuna...

Y a los miembros del Cabildo, en cada nueva carta, les reafirmaba su autoridad para el más alto cumplimiento de su misión gubernamental.

2 — Su delicadeza frente a las necesidades de sus familiares.

Tantas eran las preocupaciones que embargaron a Artigas, que las íntimas casi no tenían lugar en el campo de sus sentimientos. Parecía que para él no existían más que los hechos y las funciones públicas, que en su alma no cabía el pequeño drama particular y doméstico. Que acaso nunca hubiera existido y que tal vez nunca existiría tampoco. Hombre no muy apegado al hogar, por esa vieja herencia que arrastra de los guerreros, Artigas, no obstante construyó su hogar, como sus ascendientes más directos, hogar que la mala suerte destruyó. Su familia, que vivía en Montevideo, había sido virtualmente destruída por la insanía de su mujer, la otrora bella Rafaela Rosalía. Su hogar se había convertido, en realidad, en ese campamento que plantaba al azar sus caminatas un día y otro. Era extraño que incluso permaneciera algunos meses en el mismo lugar. Por esa misma razón parecía siempre desligado de toda traba afectiva. Y si su correspondencia política fué numerosa y constante, en cambio sus cartas privadas apenas si alcanzaban a media docena.

En el correr de estos duros meses de invierno, sin embargo, su madre política se encargó de recordarle la existencia de su familia, que en esos momentos sufrían las privaciones que él también pasaba en su campamento, a pesar de que era el Protector de tantas inmensas provincias. Su familia vivía malamente gracias a las rentas que producían las casas de Artigas, en Montevideo, reconquistadas después de la evacuación de los españoles. Pero estas rentas eran del todo insuficientes y cuando los inquilinos se atrasaban en sus haberes, la miseria rondaba la casa del Protector.

En uno de esos duros trances, doña Francisca resolvió noticiarle de su angustiosa situación. ¿Y qué creéis que contestó Artigas a su suegra? Que era necesario tener siempre un poco de paciencia, porque seguro todo habría de arreglarse. Y que en cuanto a esos alquileres que no se cobraban, ya se cobrarían algún día. El sabía que Suárez, en esos momentos, ayudaba a su familia, al igual que otros

buenos amigos, mientras él velaba por las familias de todos.

Pero el Cabildo, al enterarse de la tan crítica situación de su familia, le asignó una pensión de cien pesos mensuales y la invitó a volver a Montevideo en donde se la alojaría con mayor comodidad, al tiempo que se podría atender la educación de su hijo José María, ya en edad escolar. Sus familiares, hijos en cierto modo de su escuela sencilla, no se animaron a aceptar la pensión sin la expresa voluntad de Artigas. A fines de julio, éste se enteró del generoso rasgo del Cabildo para con su familia y de inmediato contestó agradeciendo tan grato recuerdo. Pero como conocía mejor que nadie las urgencias económicas que padecía la Provincia, decía en su carta, sin traicionar sus sentimientos, jamás podría consentir en esa **exorbitancia.** Por tal razón ordenó a su familia que admitiera la educación de su hijo, que pasara a vivir en su casa y que solamente recibieran cincuenta pesos para su subsistencia. Y aún este gasto le hubiera ahorrado al estado naciente, agregaba en este honrado y ejemplar documento al Cabildo, si sus facultades bastasen para sostener aquella obligación. Pero no ignora Vuestra Señoría mi indigencia, escribía, y en obsequio a mi patria, ella me empeña a no ser gravoso y sí agradecido. . .

Es recién cuando el Cabildo se da cuenta exacta de la pobreza en que vive el Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres, pobreza que la ratificaron los delegados que fueron hasta su campamento. Por tal razón le hicieron llegar algunos enseres: unas simples cucharas, tenedores de acero, algún catre de campaña armado con colchón, simples piezas de loza, todos simples objetos para no hacer mala figura ante las continuas visitas y reuniones que se realizaban en su pueblo.

Pero no paraban ahí sus desvelos familiares. Por el mismo correo que recibió las noticias de su mujer e hijo, recibió también una carta de su padre que estaba viviendo casi en la miseria. Esta noticia le resultó superior a todas las pruebas. Recordó por un instante la opulencia que vivió en su niñez. Podía contar en alta voz las innumerables propiedades que adquiriera legítimamente su padre y que él las había de ayudar a acrecentar con su trabajo,

todo lo que fué entregado a la revolución, con el más generoso de los corazones. Su padre había compartido sus angustias y sus alegrías patrias, desde los primeros días de la lucha. Pero en ese entonces ya no era aquel hombre fuerte, recio cabildante, capitán de milicias, que cruzó todos los caminos de la Banda enseñando rutas o galopando detrás de bandoleros. Su padre era ahora un viejo, casi octogenario, que escribía carta temblorosa al hijo pidiéndole unas vacas para poder comer. Esta vez fué Artigas quien escribió al Cabildo diciendo que le era muy doloroso oír los lamentos de su padre a quien amaba y veneraba, y de quien había recibido una solicitud relativa a la mendicidad en que se hallaba y la urgencia que tenía de recoger algún ganado para ocurrir a la necesidad de la familia, él que había sido dueño de grandes haciendas.

Lo que aquí parece increíble es que Artigas, dueño de todos los puntos cardinales por la voluntad de sus conciudadanos, tuviera necesidad de pedir al Cabildo, a pesar de hallarse penetrado de lo justo de la solicitud de su padre, la subsistencia para el autor de sus días.

Sus padecimientos son notorios igualmente que sus pérdidas, les dijo Artigas. Todo el mundo sabe que él era un hacendado de crédito antes de la revolución y que, por efecto de ella misma, todas sus haciendas han sido consumidas y extraviadas. . . De ahí que pida al Cabildo que le conceda cuatrocientas o quinientas reses del modo que esa autoridad entendiera más conforme a la justicia. Y todavía agregaba en su carta, casi evangélicamente, que no se atrevía a firmar tal medida, ansioso de que el mérito decidiera de la justicia y que no se atribuyera a parcialidad lo que debía ser obra de la razón.

Así procedía, en los más íntimos aspectos de sus relaciones familiares con la economía nacional el hombre que la dignidad le había hecho acreedor al más bello de los títulos ofrecidos a nadie en nuestro país: **Protector de los Pueblos Libres.**

3 — El gobierno de Barreiro y las recomendaciones de Artigas.

Como los problemas de gobierno aumentaran en Montevideo, cada día que pasaba, a fines de agosto de 1816,

encargó a su primo Miguel Barreiro del gobierno de la Provincia. Barreiro era hombre de cierto talento y virtudes patriotas, por lo cual no podía Artigas haber encargado de tal función a mejor candidato. Pero, a pesar de ello, le recomendó ser inexorable en la aplicación de sus medidas y no condescender en manera alguna con lo que no se ajustara a la más estricta justicia y razón, castigando severamente a los que cometieran actos de pillaje en contra de los habitantes de la ciudad.

El joven Barreiro se dirigió de inmediato a Montevideo. Tan pronto como se hizo cargo de la administración pública, inició un reajuste necesario en la economía, reafirmando las juiciosas medidas que había adoptado Rivera desde la Comandancia Militar. Desde ese momento, todo perseguido que anheló justicia tuvo franco el camino para llegár hasta el cuartel de Artigas. Todo maltratado por la administración, fué oído por el Protector. Los ingresos públicos empezaron a ser manejados escrupulosamente y Barreiro, sin más que una mediana cultura y un corazón sencillo, pero sin duda con instinto y talento, fué venciendo todas las dificultades, austeramente desinteresado y siempre vigilado desde lejos por el Caudillo de Purificación.

La tarea de Artigas en ese entonces era fatigante en extremo, porque era un jefe con alta penetración y responsabilidad de la función pública. Nada escapa a su visión política, especialmente en lo que se relacionaba con la conservación y acrecentamiento de la campaña, la fuente productora de los bienes materiales. Muy a menudo escribía al Cabildo y al Gobernador sobre la necesidad de la conservación de la campaña, porque de lo contrario se expondrían a mendigar. ¿Que el ganado desaparecía porque se lo llevaban para el interior? Artigas aconsejaba: obligar a los hacendados a poblar y fomentar sus estancias. ¿Que los comerciantes ingleses querían comerciar con la Provincia? Artigas volvía a aconsejar: que reconozcan como puertos precisos los de Colonia, Montevideo y Maldonado y que se abstuvieran de comerciar con Buenos Aires, y si tal cosa les disgustaba que retiraran sus buques de estas costas que él abriría el comercio con quien más conviniera. Y en especial, conservar siempre la dignidad.

Nada de debilidades ante nadie. Y sobre esto quería que el Cabildo le oyera bien:

—No se rebaje ni un ápice en su representación, le escribía; jamás deben imponérsenos, sino, por el contrario, someterse a las leyes territoriales, como lo verifican todas las naciones. . .

Y como éstas eran todas sus demás recomendaciones. Desde la más sencilla, que establecía privilegios de comerciar portones afuera a los hijos del país, para que pudieran progresar, hasta las de mayor jerarquía espiritual, como el apoyar la creación de la Biblioteca Nacional cuando se enteró de los propósitos de Larrañaga. Y eso, sencillamente, porque jamás dejaría de poner el sello de su aprobación a cualquiera obra que tuviera por objetivo alcanzar la pública felicidad, como escribió en tal fecha, al Cabildo.

—Conozco la ventaja de una Biblioteca pública, agregó en la misma carta, y espero que V. S. cooperará en su esfuerzo e influjo para perfeccionarla coadyuvando en los heroicos esfuerzos de tan virtuosos ciudadanos.

Y para que la colaboración fuera eficaz, ordenó juntar los libros de otras bibliotecas para agregar a la Nacional, e invitó a los demás patriotas para perfeccionarla. Y como homenaje a tal acto, formuló en su campamento, como santo y seña del Ejército, en ese día 30 de mayo de 1816, las tan sencillas como elocuentes palabras recogidas en sus documentos y popularizadas por sus admiradores:

—Sean los orientales tan ilustrados como valientes.

4 — Artigas repartió tierras en 1815.

Entre todas sus preocupaciones, sin duda ninguna fué tan grande como la relacionada con la campaña, cuyo fomento Artigas pensó que lo conseguiría solamente con la división de las tierras. Esa era también una de las tantas razones de su **sistema,** que no quería que fuera solamente político.

Carta tras carta, fué insistiendo al Cabildo sobre la necesidad de que los hacendados pusieran sus estancias en condiciones de producir para que se pudiera adelantar en cuanto a esta materia. Y en estas recomendaciones llegó a ser terminante: sino se realizaban las mejoras necesarias

amenazaba con que dichas tierras serían depositadas en brazos útiles.

Conjuntamente con estas medidas, Artigas aconsejó a los vecinos para que se reunieran y discutieran sobre la mejor manera de combatir a los que destruían la campaña. Cuando lo hicieron, enviaron ante Artigas un miembro del Cabildo que llevaba sus proposiciones sobre este asunto. En el campamento de Purificación, el Protector estudió y discutió largamente el reglamento y las instrucciones para el fomento de la campaña y produjo un documento que sin duda fué una de las partes esenciales de su sistema político.

Este documento consta de veintinueve artículos y tiene todos los caracteres de un código de reparto de tierras. En él se empieza por dividir la zona repartible en tres regiones o cuarteles, para el mejor desempeño de su cometido: uno comprendido entre los ríos Uruguay, Negro y Yi; otro desde el Santa Lucía hasta la costa del Río de la Plata, y un tercero desde el Yi hasta el Santa Lucía. Estos cuarteles estarían a cargo de subtenientes de provincia, dependientes del Alcalde Provincial, que era el autorizado para distribuir los terrenos y velar por la tranquilidad del vecindario.

Pero estas tierras no se repartían de cualquier modo, sino dentro de la más estricta justicia. Se empezó así por revisar en cada jurisdicción, los terrenos disponibles y las personas merecedoras de tierras, dice el artículo VI, teniendo en cuenta que **los más infelices serán los más privilegiados.** En consecuencia, agrega el mismo artículo, los negros libres, los zambos de esta clase, los indios y los criollos pobres, todos podrán ser agraciados en suertes de estancia, si con su trabajo y hombría de bien propenden a su felicidad y la de la Provincia... Serán igualmente agraciadas las viudas pobres y que tuvieren hijos... Serán igualmente preferidos los casados a los americanos solteros, y éstos a cualquier extranjero. Y así, de este modo, en su código de tierra, se fueron contemplando todos los aspectos sociales. En cuanto a los terrenos que se repartían eran los de los emigrados, los de malos europeos y peores americanos... O aquellos que desde 1810 hasta el

año en que entraron los orientales a la plaza de Montevideo, habían sido vendidos o donados por el gobierno de ella. Pero aún en tales casos previstos, nunca sería la injusticia la que debiera pesar en la balanza del reparto. Porque aún los malos europeos o americanos si eran casados, estarían defendidos en el número de sus hijos.

Como el sentido de este reparto no era el de favorecer el acumulamiento de tierras, el reglamento preveía, en varios artículos, la posibilidad de que los favorecidos no tuvieran más que una suerte de estancia, ni que tampoco pudieran enajenar, vender o contraer deudas sobre esta tierra, bajo pena de nulidad. Esas heredades que se repartían tenían un alto sentido de reparación social y no de simples instrumentos para transacciones comerciales. Y como Artigas entendía, con su gran criterio realista, que sólo la tierra no alcanzaría para realizar el cometido que se proponía por otro artículo dispuso la posibilidad de que los poseedores de tierra recogieran animales para el principio de la población de sus campos, pero esto tampoco por su propia cuenta sino con intervención de un juez para que la distribución fuera equitativa.

Este reglamento fué firmado por Artigas el 10 de setiembre y hecho circular de inmediato por el Cabildo Gobernador. Y quince días más tarde Artigas facultaba al Alcalde Provincial para que procediera con amplio criterio al reparto de las primeras suertes de estancias de su jurisdicción, cosa que se llevó a cabo por medio de un edicto colocado en muchos lugares poblados, después de la misa del domingo.

Este reglamento que se fué cumpliendo en su medida, impulsó a nuevas gestiones en el mismo sentido, como las del Ayuntamiento de Canelones, dividiendo las tierras en chacras y proponiendo una serie de condiciones para intensificar la población y fomentar la agricultura.

No sólo estimuló para que se cumplieran estos reglamentos, sino también reprendió severamente a sus capitanes que se extralimitaban, como en el caso de Encarnación, un pardo grueso y alto, cuya figura imponía respeto y terror, como así lo pintaban los propios oficiales

de Artigas. Ante una serie de denuncias, Encarnación debió comparecer en el campamento de Artigas.

—Usted no debe ser más que un celoso guardián del orden, le dijo: ¿A dónde iría a parar la Provincia si cada uno de ustedes procediera como se le antojara? Estoy dispuesto a cortar de raíz todos los males que aquejan a la Provincia, le agregó Artigas al feroz Capitán, y no tranzaré con nadie en esta emergencia. Vaya usted a desempeñar su cometido confiado en esta advertencia...

5 — Artigas no encontraba periodistas que lo defendieran.

Esta su decidida lucha en pro de los necesitados y de los débiles, obligando a que los poderosos colaboraran en los destinos de aquéllos, fué quien creó los mayores enemigos al Jefe de los Orientales. Era lógico, pues, que Artigas encontrara en su época, más detractores que simpatizantes de su causa entre las clases ilustradas. En esa época el pueblo, chusma o plebe como se le llamaba, importaba poco.

Cuando, en octubre de 1815, el Protector recibió el primer folleto impreso en Montevideo en el que se hacían consideraciones bastantes vagas sobre política, llamó la atención sobre el abuso de la imprenta. Artigas sabía mejor que nadie, y así lo había asentado en la constitución que se perdió, que la libertad de imprenta, toda la libertad, sería posible el día que los enemigos no acecharan con todos sus medios al sistema que se desenvolvía a duras penas. Pero que ahora esa libertad de imprenta, si proporcionaba a muchos la posibilidad de ilustrar a sus semejantes, también proporcionaba a los malvados el prurito de escribir con brillo aparente, las más perniciosas contradicciones sociales, como él decía, cosa que había que tratar de evitar. Y como sus medidas respondieron siempre a una gran realidad política indicó al Cabildo la necesidad de nombrar un censor, cosa que aquel cuerpo, y especialmente Larrañaga, lógicamente debía rechazar. Todos ellos, en el fondo, eran enemigos del artiguismo justiciero y equitativo. Pero entendieron que cada uno de-

bería hacerse responsable de lo que escribiera, criterio que aceptó Artigas finalmente.

Lo importante es que se escribiera un periódico en Montevideo que ilustrara sobre sus medidas y el objetivo que ellas se proponían a los habitantes de la Provincia. Cuando se le comunicó que no se encontraba en la ciudad una sola persona que escribiera el periódico, que defendiera sus ideas, Artigas, desde Purificación, hirvió de indignación. Su fervor y su verguenza crecieron allá en el lejano pueblito y dictó una carta más para enrrostrarle al Cabildo esta despreocupación, esta guerra sorda que le hacían a su sistema. Las palabras que fueron surgiendo de su boca, mientras se paseaba a largos pasos por la pieza, y que el magro escribiente ensotanado escribía, en tanto que un hálito de campamento siempre en revolución entraba por la puerta de la casa, resonaban a veces como martillazos. Por momentos eran consejos de fuego; en otros, amargas recriminaciones de un hombre que se siente inmensamente solo con su pueblo miserable, frente a todos los poderosos complotados contra la revolución que debe marchar a cualquier precio. La revolución exigía sin duda duras pruebas. Y el que no se hallare capaz de esta resolución, gritó más que dictó Artigas al cura Monterroso, su secretario, que huya más bien de nuestro suelo. ¿En verdad, para qué le servían los flojos? Pocos y buenos somos bastantes, agregó Artigas, para defender nuestro suelo del primero que intente invadirle. El Protector no podía creer que no hubiera en Montevideo un solo compatriota que, encargado de la prensa, diera a luz sus ideas ilustrando a los orientales, ¡y sin embargo era cierto! Nadie lo quería hacer. Por eso les gritó, a más de cien leguas de distancia:

—Todo me penetra de la poca decisión y la falta de espíritu público que observo en ese pueblo. Yo deposité en Vuestra Señoría esta confianza ansioso de verla desempeñada y una frialdad degradante ha ocupado el asiento de las resoluciones. . .

Pero de pronto, ya no pudo lamentarse más, detuvo sus pasos y dictó a su secretario las exactas palabras que tiene que dictar un jefe de su responsabilidad:

—Más energía, más actividad, de lo contrario tomaré medidas más ejecutivas.

Pero toda esta clase dirigente, junto con los grandes terratenientes y comerciantes caudalosos, estaba deseando acabar con él y su sistema.

6 — Inflexibilidad de Artigas frente a curas y maestros antipatriotas.

Y ni bien terminó con esta carta, quizás debió empezar con otra contestación al Cabildo sobre la Curia de Buenos Aires que pretendía entrometerse en los destinos de la Provincia. Esa Curia había enviado a Montevideo una serie de párrocos que realizaban trabajos políticos para acercar esta ciudad al centralismo porteño. Y lo hacía valida de su jerarquía eclesiástica sobre la Provincia. Enterado Artigas de ello por intermedio de Larrañaga, se dirigió al Cabildo replicando el responso del Previsor de Buenos Aires:

—¿Es que acaso el Previsor pretende triunfar de la ignorancia con sus excomuniones, escribió Artigas que sabía bien, y así lo comentaba, cuál había sido la influencia de los curas para sostener el despotismo en Buenos Aires, tanto como para aumentar sus fondos con los diezmos que debían percibir de esos pueblos con gran perjuicio de ellos mismos, como dijo Artigas. Si ese era su objeto, agregó, claudicaba su autoridad y el señor Previsor debería ser más escrupuloso para no desunir el santuario del Estado. . .

Y como medida práctica e inmediata, cambió todos los curas de Buenos Aires que actuaban en Montevideo, diciéndole al Cabildo que tales párrocos dejaran sus prebendas y **se mandaron mudar** en seguida a Buenos Aires. Pero como verdadero cristiano que era, no quería impedir la religión a quien la quisiera practicar, y recomendó proponer sacerdotes patricios si los hubiera, para llenar esos ministerios, y sino los hubiere que esperaran a que vinieran, y sino vinieran, acaso sin ellos, agregó en su carta, seríamos doblemente felices. . .

Pero una conciencia verdaderamente libre no se ase-

gura solamente librando a los espíritus de temores y precauciones, sino, además, reafirmándola con la cultura. Fué así una de sus primeras preocupaciones, desde el principio del año 15, dotar a Montevideo de escuelas públicas, clausuradas por los españoles desde 1812.

En la segunda quincena de agosto, los cabildantes montevideanos propusieron que la niñez tuviera un maestro que además de enseñar a leer y escribir, instruyese a los niños sobre lo que verdaderamente es un hombre libre, y los principios de la libertad para ser un ciudadano completo. Se pensó para esta misión en el culto fraile José Lamas, distinguido patriota, como el mejor reemplazante del maestro español Juan Manuel Pagola, que seguía conspirando, desde los bancos de la escuela, contra la independencia de la Provincia. Pagola fué separado y se le prohibió dictar clases. Recurrió ante Artigas pero éste, además de ratificar la medida del Cabildo, le prohibió que tuviera escuela privada, porque los jóvenes, opinó, debían recibir un influjo favorable en su educación, cosa que no sucedería recibiéndola de un maestro enemigo del sistema vigente.

Para llevar a cabo la escuela que pedía el Cabildo, Artigas envió desde Purificación a los curas Lamas y Otazú. A pesar de que le eran muy útiles, no vaciló en enviarlos porque desde la escuela, como desde los púlpitos, opinó, ellos sabrían sostener la legitimidad de la causa patriota.

La misma preocupación que tuvo por la escuela de Montevideo, la tuvo por la de su pueblo de la Meseta, anteriormente, y el Cabildo recibió en ese sentido notas de Purificación pidiendo cartillas para fundar escuelas en esa población.

En cuanto a Pagola, por ruegos de José María, el hijo de Artigas, que había sido alumno de aquél, se le permitió ejercer su magisterio privado luego que se hubo comprometido a enmendarse de sus imprudencias y ser consecuente con su promesa, cosa que Pagola cumplió lealmente.

7 — Otros conceptos de gobierno y de economía.

Siempre inquieto por los manejos de gobierno, Artigas

trataba de que no sucediera ninguna oscura maniobra en la cosa pública. Su atención no descuidaba siquiera la revisación de las cuentas, y escribía largos párrafos sobre menudos pesos y centavos para que no se autorizaran pagos con haches y cruces, como en tal sentido le escribía a Barreiro.

Formuló un completo reglamento para que sirviera de norma a la Comisión que entendía en los bienes de los extranjeros, en todos sus aspectos, dentro del más estricto respeto y justicia social. Cada una de estas medidas fué una reafirmación de su política, que entendía que los gobiernos y sus actos fueran expresiones de la voluntad popular, en el más perfecto cumplimiento de su destino. De ahí su preferencia por la institución administrativa más popular que nos dejara la Colonia: los Cabildos, que tanta importancia tuvieron en la evolución de nuestras ideas sobre administración.

A fines del año, Barreiro, aconsejado por algunos amigos, siempre un poco agazapados en su absolutismo, escribió a Artigas en el sentido de que no se eligieran regidores en el año entrante, como era la costumbre, sino que se nombrara una sola persona en el Gobierno a fin de que pudiera obrar con más rapidez y su acción tuviera mayor fuerza ejecutiva. El Jefe de los Orientales, a pesar de comprender estas razones de la demora en los trámites oficiales, encontraba, sin embargo, que había serias dificultades para reducir a uno el gobierno de varios. Primero, decía, era necesario encontar esa persona de confianza y que el pueblo acertara con ella. Segundo, que el Cabildo compuesto de muchos miembros, servía para el desempeño de muchas comisiones, que de otro modo resultaba más costoso ejecutadas por particulares, teniendo en cuenta que los cabildantes eran honorarios. Pero el más importante argumento que hacía Artigas en su preferencia por el gobierno pluripersonal, era que, poniendo el gobierno en manos de muchos, sería más difícil la complotación, y como no era mayor la confianza que hasta ese entonces le habían inspirado los gobernantes, tampoco se atrevía a depositar la confianza en uno que a lo mejor pudiera ser peor.

Profundo conocedor de la condición humana sabía bien lo que decía cuando afirmaba que quitar de un golpe las pasiones de los hombres, era lo más difícil. Nunca fueron virtuosos, decía, por lo mismo costaría mucho el hacerlos. Si cinco capitulares podían no inspirarle confianza, ¡con cuánta mayor razón no le inspiraría uno solo! Por eso prefirió siempre el gobierno pluripersonal y además con una condición indispensable: que surgiera del pueblo.

—Yo nunca eligiría, dijo, sin consentimiento del pueblo, sobre todo cuando, como en este caso, puedan obrar la intriga y la mala intención...

X

LUCHAS DE ARTIGAS CONTRA LA SEGUNDA INVASION PORTUGUESA

1 — El centralismo porteño se alía con los portugueses.

El año de 1816, que marcaba el segundo año del apogeo de Artigas, no había empezado con mejor cara que el anterior para el centralismo porteño. Santa Fe seguía siendo el centro de la Liga Federal, con graves prejuicios económicos para Buenos Aires. En esta ciudad se habían sucedido los gobiernos, más o menos centralistas, y cada nuevo Director Supremo que alcanzaba el poder, enviaba hasta Artigas o ante las Provincias, otros emisarios. Todos iban dispuestos a entablar pactos, pero siempre sin que la autonomía provincial apareciera como norma política. Por ello mismo todos esos enviados fracasaron en sus intentos.

Sin embargo, bajo una misma bandera antifederacionista, anti - autonomista, se fueron uniendo todos los sectores económicos más poderosos del Río de la Plata, los que movían hilos diplomáticos desde distintos lugares: Buenos Aires, Río de Janeiro, Europa, en favor de sus cuantiosos intereses en juego, pero en especial en uno de carácter político: la necesidad de un gobierno absolutista, más o menos fuerte, que fuera capaz de centralizar todo el Río de la Plata en una sola mano.

Para el gobierno de Buenos Aires, Artigas se había convertido en un enemigo poco menos que invencible, como así lo expresaban en sus correspondencias, debido al apoyo incondicional que le prestaban las Provincias y la popularidad de su causa federalista. Si la Liga Federal resultaba vencedora en esta enconada lucha, cosa que

sucedería sin duda, Buenos Aires perdería su poderío comercial como puerto que recogía toda la producción del interior del país, y que repartía, a su vez, toda la ultramarina que necesitaba el interior, tal como había realizado el monopolismo español. No era más que ese el deseo del centralismo porteño. Para estos ambiciosos políticos, movidos por poderosos hacendados y comerciantes, el destruir el poderío artiguista en el Río de la Plata, era, así, cuestión de vida y muerte. Y no se vaciló en hacerlo de cualquier modo.

Como primer medida firmaron un tratado con Santa Fe, por separado de Artigas, por el cual se otorgaban su autonomía, al menos en el papel, con prescindencia de la autoridad del Protector. Esto significó una primera traición de Santa Fe a los desvelos de Artigas y a la política confederacionista. Al mismo tiempo, los porteños enviaron delegados a Río de Janeiro para ofrecer a la Corte Portuguesa, la Provincia Oriental, pues sólo la fuerza de un poder extraño, escribía el ministro García, mediador en este asunto, sería capaz de terminar en favor del centralismo, la contienda en el Río de la Plata.

Preferían incluso una monarquía, como así dicen todas las correspondencias de ese tiempo, al triunfo del republicanismo federalista. En este plan de entrega de la Provincia Oriental a los portugueses, llegaron a colaborar tres directores supremos: Alvarez, Balcarce y Pueyrredón, y sus maniobras fueron realizadas siempre a espaldas del conocimiento público, aunque respaldadas por el propio Congreso de Tucumán. El conocimiento de estas tratativas de Buenos Aires con el Brasil, trajo una protesta de la prensa argentina, pero el destierro de los periodistas denunciadores del hecho fué medida transitoriamente suficiente para acallar tales protestas.

El plan contra Artigas fué movido muy hábilmente. No sólo se quitaron de en medio a los periodistas que protestaron, sino también a meritorios militares y patriotas argentinos, como French y Dorrego que quisieron ponerse al triunfo de estas oscuras maniobras contra el Protector.

—El hecho de haber guerreado contra Artigas, dijo Dorrego, no supone que quiera su ruina a todo trance...

Pero igualmente se le alejó de Buenos Aires, como a otros jefes. Limpio el campo de posibles simpatizantes del artiguismo, negociada la intervención de los portugueses en la Banda Oriental, los que la justificarían como necesidad de resguardar sus fronteras de las **hordas artiguistas,** quedó así sentenciado a muerte el federalismo y proyectado para el futuro la más dura lucha que habrían de tener Artigas y sus tenientes.

2 — Artigas se preparó contra la Invasión.

A pesar de que los portugueses reiteraban a Artigas sus seguridades de paz, aunque estuvieran preparando su rápida invasión, el Jefe de los Orientales, que desconfiaba de sus palabras, empezó una intensa preparación para repeler la conquista que se proponían los portugueses. Desde varios meses atrás, había empezado a movilizar las fuerzas de sus Provincias en ese sentido, especialmente las del Norte, en donde actuaba su teniente indio Andrés Guacurari, Andresito, hijo de madre india, natural de San Borjas y que habiéndose criado con Artigas y compartido todas las campañas patriotas, había adoptado el apellido del Protector, alcanzando entre los Blandengues grados y distinciones. En sucesivas cartas a Andresito, Artigas había ido poniéndolo en antecedentes de una posible invasión, advirtiéndole además que no sería extraño que los paraguayos también se aliaran a los portugueses en esta invasión.

Por eso confió a él y a un estrafalario marino irlandés Pedro Campbell, otro de sus tenientes, la defensa de esas fronteras. Campbell, con sus barcos, fué el patrón del Paraná, desde fines del año 14 en adelante. Era un tipo curioso, mezcla de aventurero e idealista, alto y huesudo, de barbas y bigotes rubios enmarañado, con sus cabellos del mismo color, todo ello adherido con sudor y polvo, por lo general, a una piel quemada por el sol, hasta parecer negra, ampollada hasta los ojos y desgarrada en tiras, que le componía un físico feroz y asustante. No menos extraña era su vestimenta, por lo general el traje gaucho, con un par de pistolas de caballería, un sable envainado en acero herrumbroso, colgado de un cinturón de cuero

a medio curtir, y amén de un enorme cuchillo con vaina de cuero. Resultaba aún más curiosa su figura, con su par de aros colgado de las orejas, uno de esos sombreros que usaban los salteadores, su poncho en girones, su chaqueta azul adornada con cintas rojas, las botas de potro pegadas a unas espuelas de un pie y medio de diámetro. Siempre andaba seguido de una especie de escudero tan pintoresco como él. Ambos eran desertores de las tropas de Beresford, cuando las invasiones Inglesas, y que quedaron en el Plata más por amor a la aventura, que por interés económico.

Andresito se instaló en Corrientes como Gobernador e hizo en esta región el centro de su preparación, mientras Artigas, desde Purificación, carta a carta, recomendaba a todo el mundo no descuidar ningún detalle de la organización militar porque, escribía, ningún americano debía ser indiferente al sistema.

En todos estos meses en que se amenazaba con la invasión, Artigas no descuidó un solo detalle: movilizó sus escuadrones; armó y pertrechó a los que carecían de materiales; intervino en la compra de pólvora y de armamentos; escribió a Barreiro para que le enviara armas y para que vigilara mil y un aspectos relacionados con la rápida movilización de las fuerzas, como incluso el de las canoas o botes de los ríos. Artigas quería que el año 16, o sea el **año 7º de nuestra regeneración,** como él decía, fuera remarcable por el éxito de los orientales.

3 — Cómo vieron los viajeros el campamento de Purificación.

Purificación, a raíz de estos preparativos, vivía una intensa febrilidad, mucho mayor aún de la que hacía poco había presenciado un minucioso narrador inglés: el contrabandista Robertson. Cuando este comerciante inglés visitó a Artigas, lo encontró sentado en una cabeza de buey, junto a un fogón encendido en el suelo fangoso de su rancho, comiendo carne de asador y bebiendo ginebra en un cuerno de vaca. Esa vez estaba rodeado de una docena de oficiales andrajosos, y dictaba a dos secretarios que

ocupaban, en torno de una mesa de pino, las dos únicas sillas que había en toda la choza, y esas mismas con el asiento de esterilla rota. Alrededor de la mesa, el suelo de la choza, que era espaciosa, se encontraba sembrado de ostentosos sobres de todas las Provincias dirigidos a **Su Excelencia, El Protector.**

En el momento de la visita de Robertson, ya esperaban en la puerta de la choza, los caballos jadeantes de los correos que llegaban cada media hora y los de refresco de los que salían con igual frecuencia. De todos los campamentos llegaban a galope soldados, edecanes, exploradores, dirigiéndose al Protector que, sentado en su curioso banco, fumaba, bebía, dictaba, conversaba y despachaba sucesivamente todos los asuntos que le llevaban a su conocimiento, y todo esto con una calma que parecía querer traducir: **vamos despacio que estoy de prisa,** escribe Robertson, el que agrega que si los negocios del mundo entero hubieran pesado sobre sus hombros, seguramente hubiera procedido de igual manera.

—Parecía un hombre abstraído del bullicio, dice Robertson de Artigas, y era, de este solo punto de vista, si me es permitida la alusión, dijo el inglés, semejante al más grande de los generales de nuestro tiempo... refiriéndose sin duda a Napoleón.

El campamento, en los últimos meses del año 16, tenía una vida mucho más intensa aún que cuando lo visitara Robertson. Si en aquel entonces, a cada cinco minutos, la llegada de un gaucho interrumpía la conversación del Protector y le obligaba a engolfarse en su inmediato dictado a los secretarios, al final de este año el ritmo acreció considerablemente. De todos los pueblos de ambas márgenes de los dos grandes ríos, desde la Candelaria hasta el Plata, le llegaban continuamente, chasques veloces, comisiones militares, pedidos, oficiales, tropas. Pero Artigas, sin perder su serenidad, estudiaba todos los asuntos, despachaba de acuerdo con las más premiosas necesidades, y alentaba a sus oficiales en todo momento, en especial a los del Norte, como Andresito, sobre la necesidad de proceder movilizando gentes, continuamente, para responder a la guerra de nervios de los portugueses.

El mes de febrero de ese año 16 lo encontró, pues, insistiendo a los cuatro vientos sobre las medidas preparativas de las milicias que debían oponerse a la invasión portuguesa, en especial en cuanto a armas y vestuarios se precisaban. Esperaba poder vestir un poco mejor a sus milicias, que hasta la fecha se vestían con un miserable saco, un poncho recogido a la cintura como las enagüitas de los escoseses y montañeses y otro poncho que caía de los hombros, completado juntamente con una gorra de cuartel, un par de botas de potro, grandes espuelas, un sable, un trabuco y un cuchillo, como así describe Robertson el traje tan miserable como pintoresco de los soldados de Artigas.

4 — Preocupación de Artigas por los pequeños problemas.

Las enormes inquietudes que lógicamente debieron crear en el ánimo de Artigas estos amagos de la invasión portuguesa, no fueron causa para que perdiera el pulso de los pequeños acontecimientos de las Provincias. Sus cartas de esa época están llenas de recomendaciones sobre numerosos menudos problemas que no descuidó. Al Cabildo le escribió en marzo sobre la necesidad de que multiplicara las vacunas para poder enviar a las Provincias norteñas en donde la viruela hacía estragos en esos momentos. Y para ello, a sus Gobernadores les envió tubos con vacunas y cuadernillos con instrucciones reclamándoles la importancia de su aplicación y cuidado. Pedía al Cabildo cartillas para la enseñanza de la lectura, cuerdas para instrumentos musicales. Le reclamaba además los libros ofrecidos sobre el descubrimiento y la revolución de Norteamérica para distribuirlos entre sus Gobernadores, porque su deseo fué siempre que historia tan interesante la tuviera cada uno de los orientales. Y tan pronto recibe estos libros los distribuye a sus tenientes de las Provincias, ansioso de que sus luces, les escribía, bastasen para esclarecer sus ideas.

A Corrientes recriminaba por su presupuesto de gastos el que temía podría conducir a la Provincia a la

ruina y, además, les daba ideas para soluciones equitativas, al tiempo que enviaba un reglamento provisional sobre comercio con atinadas reflexiones. Artigas entendía las desventajas de los sudamericanos frente al comercio de los ingleses, cosa que sucedería mientras Buenos Aires no mejorara su conducta y cesara de impedir el comercio por mar con sus buques. Pero en realidad, solamente los ingleses eran quienes podían activar en el comercio de introducciones y exportaciones, porque su pabellón estaba defendido en cualquier puerto que se encontraran, por los barcos de guerra de su Rey. Además, Artigas prevenía que no había por qué asustarse de esta clase de tráfico.

—Esta no será la forma precisa de comercio, escribía a Corrientes. Yo sé muy bien el manejo de los ingleses, y no hay motivos para creer que ellos obtengan utilidades excesivas con perjuicio de nuestros fondos. Yo sé que todo derecho lo paga el consumidor, pero sé también que los efectos ingleses son llevados sin trabas hasta para las propias tropas. . .

Recomendaba a todos que trabajaran en sus pueblos para encontrar en ellos mismos su solución material, del mismo modo que él hacía, despachando continuamente río abajo sus barquitos cargados con cueros y maderas, crines y astas, que era todo lo que tenía y podía vender. Pero era suficiente para que de regreso ellos pudieran venir cargados con productos para la guerra y el aprovisionamiento.

Al Cabildo de Montevideo aconsejaba el acopio de caballadas; al Gobernador Barreiro, la compra de pólvora, el cuidado de los soldados, la formación de los escuadrones y muchos otros detalles.

Pero toda su preocupación no era compensada con el mismo celo por todos los cabildantes que tenía Montevideo. Muchos de ellos se encontraban afectados por las medidas del nuevo arreglo de la campaña a raíz de la repartición de tierras y población de campo. La mayoría de los regidores eran poderosos terratenientes que deberían hacer concesiones en bien de las masas desposeídas. Los propios cronistas de la época anotan la fría aprobación que había causado el reglamento de tierras, las críticas a los repartos y los conceptos que se oían relacio-

nados con los mismos y coincidentes en que era más cómoda la venta y el que los ricos pudieran acumular grandes cantidades de tierra en pocos años.

Pero todo este malestar de los coaligados contra sus medidas revolucionarias no alcanzaban hasta su campamento, en donde el trabajo, desde la mañana a la noche era la única ley que regía. Ninguno de ellos sin duda era capaz de compartir la santidad de la vida del Protector y la honradez de su prédica, que hiciera los dos pilares de su vida y acción.

En su campamento, solamente al anochecer, se apaciguaba en algo la febrilidad de la pasión guerrera. A la caída de la tarde, por lo general, Artigas inspeccionaba a su pueblo y a su tropa, al paso de caballo, acompañado de su Estado Mayor, o dirigía las maniobras que crearon sus montoneras ejercitando los infantes convertidos en jinetes al mismo tiempo.

Su séquito no era una oficialidad sujeta a rigurosa disciplina, la que, grave y pomposa, marchara al lado de su jefe. Sus oficiales, que le querían de verdad, tenían otro concepto del respeto disciplinario. Por eso iban a su lado conversando, riendo o confundidos en sentimientos de perfecta familiaridad, tal como en su oportunidad anotó el inglés Robertson. Ni siquiera se llamaban por sus grados, sino por sus nombres de pila, sin darse tratamiento de Capitán o de Don, pero todos al dirigirse a Artigas, lo hacían con afecto y respeto empleando el: **Mi General.** Sus soldados eran los gauchos que habían ido llegando de todas las latitudes. Nunca enganchados a sueldo, sino voluntarios que aspiraban a construir un tiempo mejor.

Y mientras Artigas vigilaba de cerca la marcha de los preparativos, los argentinos, ya negociada totalmente la invasión de los portugueses, aún a costa de un monarca en el Río de la Plata, decidieron cubrir en algo las apariencias. Para ello enviaron hasta el campamento de Artigas al cura Zapiola, a ofrecerle colaboración en vista de los amagos de invasión, llevando incluso monturas y pólvora como presentes del Gobierno Argentino. Esto sucedía al mismo tiempo que otras comisiones trataban de

entenderse, sin Artigas mediante, con las Provincias, a fin de sacar al Protector de en medio, costara lo que costase, y asegurar la neutralidad del Litoral en este pleito en el que los portugueses tenían por misión acabar con Artigas y su doctrina.

Pero ante las maniobras de Buenos Aires, el federalismo parecía recrudecer de un extremo a otro de ese inmenso país. Se condenaba a las intrigas que querían entregar al Jefe de los Orientales en mano de los enemigos y justificar tales medidas por la necesidad de acabar con los **díscolos, promovedores de la anarquía.** De este modo llamaban al artiguismo en las correspondencias diplomáticas que podían llegar hasta el público, pero en las notas reservadas y **reservadísimas,** corría el negocio de un monarca constitucional, por clamor de la gente **sana e ilustrada,** del Congreso de Tucumán, como afirmaban las cartas de los torvos mediadores en este asunto.

5 — El plan de Artigas en acción.

En junio de 1816, salieron del Brasil las tropas portuguesas en dirección a la Banda Oriental. Pero ya no tomaban a Artigas de sorpresa, pues este había madurado su plan, atrevido y bien desenvuelto, que podía hacer honor a cualquier general. Con él trató de movilizar a todos los recursos que disponía. Antes que nada, dispuso que Andresito fuera quien primero se moviera en el norte, en Santo Tomé, en tanto que sus tenientes Sotelo y Miño, guarecerían Yapeyú y Concepción del Uruguay. Era necesario ganarle de manos a los portugueses, invadiendo sus tierras, y asegurar un golpe importante, escribió a Andresito, un golpe maestro del cual pudiera depender todo el triunfo de nuestra libertad. Artigas sabía que se echaba encima todo un imperio coaligado con porteños y malos orientales, deseosos de acabar con su sistema, pero no les temía y el aliento que transmitía a sus tenientes era parte de su propia confianza.

Conjuntamente con las tropas de Andresito, que deberían repasar el Uruguay, las del Cuartel General, reuniendo todas las milicias del Norte del Río Negro, mar-

charían hacia Santa María, en donde estaba su campamento; Otorgués iría por Santa Tecla y Rivera, con su división, ocuparía Maldanado y vigilaría Santa Teresa, puerta de entrada del Este. El año 16, escribía Artigas a Barreiro en abultada carta con cientos de órdenes, ha corrido favorablemente, acaso complete con sus días de gloria, el vernos triunfantes, libres y felices.

Nada asustaba al Protector, cuyo campamento era un hervidero. Ni siquiera la extensión del territorio que abarcaría el desarrollo de las operaciones que solamente con un mapa era posible apreciar. Cerca de trescientas leguas medían desde el Chuy y Santa Teresa, sobre el Atlántico, hasta el Yapeyú en las Misiones, entre el Paraná y el Uruguay, y desde allí hasta Santa María, Apóstoles y Concepción, y desde el Arroyo de la China hasta Santa Fe y Corrientes, en un vasto territorio quebrado, con ríos tan invadeables y con recursos y comunicaciones tan escasas. Pero sus palabras eran terminantes y animosas. Mucha sangre habría de derramarse antes de que los portugueses nos conquistasen y él, con un solo hombre que le quedara, había dicho, con ése habría de hacerles la guerra!

Para que los pueblos supieran del peligro que corrían su libertad y republicanismo, proclamó a Corrientes, públicamente, que esa invasión no era más que un obstinado empeño en contra de los intereses de su sistema. Pero advertía que su propósito no sería detenido por ninguna traición, ni siquiera por la de quienes aprovechaban los momentos de confusión, en Montevideo, para conspirar contra su Gobernador.

Y diecisiete días contados después de su última carta a Andresito, escribía el 25 de agosto de 1816, y ya salido Artigas con sus tropas para el norte, aquel jefe repasó el Uruguay con un millar de hombres, solo la mitad con fusiles, y se situó en Itaquí.

Los portugueses trataron de impedirle el vado del Uruguay pero Andresito dispersó sus jinetes y los reunió de nuevo en la margen oriental apagando el fuego de la mosquetería a punta de lanzas, primer choque en esta guerra de los orientales, el que se repitió al día siguiente

favorable a los mismos. Y mientras el jefe artiguista marchó en seguida hacia San Borjas, en donde se había encerrado el brigadier portugués Chagas, su teniente Curaete, con la proclama de Andrés Guacurari en la mano, fué levantando en su idioma a todos los rezagados que aumentaron, día a día, las tropas orientales

Con más de mil quinientos hombres, al amanacer del 21 de setiembre, Andresito se situó frente al caserío de San Borjas al son de músicas extrañas, intimando a Chagas a la rendición. Pero el portugués se fortificó en la plaza, apuntaló sus débiles murallas con pilas de cueros y repelió por varios días el ataque, y, en momentos que, exhaustos estaban ya por entregarse, el vigía de la torre de la iglesia anunciaba a Chagas la llegada de refuerzos. Era Abreu que venía en su auxilio desde Alegrete, en marcha forzada, trabándose de inmediato en recia pelea con Andresito que le obligó a volver a pasar el Uruguay. Sotelo, amparado por la escuadrilla de Campbell, venía en auxilio de Andresito, pero los portugueses acudieron en defensa de su territorio desalojando a los orientales y destrozando estas maniobras, de la misma manera que la de Berdum, quién tampoco pudo incorporarse.

Artigas, que a raíz de la conspiración de Montevideo debió correrse fronteras adentro, venía acompañado de las familias que persistían en sus viejas costumbres de acompañarlo, dificultando sus marchas en todo sentido.

6 — Las primeras derrotas de los artiguistas por los portugueses.

Ciertamente frente a los gauchos desarrapados de Artigas, que peleaban casi a fuerza de lanza, desde el principio de la guerra, estuvo un ejército veterano de las campañas de Europa, que había peleado contra Napoleón, y que estaba comandado en su mayoría por oficiales de escuela, bien pertrechados, con buenas piezas de artillería. Todo lo que Artigas había podido hacer humanamente por dotar de medios a sus tropas, lo había hecho. Pero eso fué poco e inútil.

El 26 de setiembre de este año de 1816, se empeñó

por segunda vez un fortísimo ataque en las cuchillas de Santa Ana, en donde la vanguardia de Artigas, comandada por el bravo rubio Gatell, un joven sobrino de Artigas, probó eficazmente su dirección, obteniendo un primer éxito. Pero la táctica de prolongar las alas en semicírculo, como peleaban los indios pampas, dicen los comentadores militares, frente a los portugueses que peleaban en cuadro y en filas cerradas, trajo desastrosas consecuencias para los valerosos pero inexperientes soldados artiguistas. Esos sus raros jinetes-infantes, que peleaban por parejas y que tanto éxito habían tenido en la lucha de guerrillas, no servían para estas batallas campales. Desde esta derrota de Santa Ana, tal táctica quedó plenamente desvalorizada.

Pero como Artigas trataba de sacar de todos sus errores buenas experiencias, aconsejó en seguida a Barreiro que escribiera a Rivera para que no cayera en el mismo error.

—Los enemigos nos han hecho muchos destrozos con su caballería, le escribía, siempre han roto nuestras alas y la línea de infantería por ser sencilla. . .

Por eso insistía en que presentara batalla bien reforzada. Y mientras él se corría en dirección al Arapey, sus oficiales eran derrotados en otros lugares, como Berdum en Guerancay. Y el 26 de octubre ya quedaba solamente Artigas en persona con tropas sin derrota, por sobre las cuchillas de Río Grande, para detener al invasor que marchaba con paso triunfal hacia nuestra Banda.

Estableció entonces su cuartel en las cerrilladas de Carumbé, sobre el río Cuareim. Quinientos infantes y mil jinetes componían sus efectivos, gente casi toda gaucha, voluntaria y mal armada. Al amanecer del 27 de octubre, partidas portuguesas localizaron a Artigas y se batieron con los primeros grupos de su vanguardia. Ambos ejércitos tenían solamente un pequeño arroyuelo de por medio. A pesar de que Artigas había visto en Santa Ana la ineficacia de las líneas extendidas, la oriental se componía de una sola fila de hombres, con intervalos de tres o cuatro pasos por combatiente, ocupando el centro quinientos infantes y los flancos toda su caballería.

A la una de la tarde, con esa disposición militar, atacó a los enemigos. El brigadier portugués Oliveira Alvarez, de inmediato midió el desacierto de Artigas. Esperó que llegaran muy cerca los orientales y cuando los tenía a tiro de fusil, mandó a su gente avanzar compacta y velozmente, produciéndose lo que era de esperar. La fila artiguista fué rota en diversos trozos, cañoneada, acuchillada y dispersada. De nada valieron los esfuerzos del cacique Manduré quien, de pie sobre su caballo, daba voces terribles y extrañas para detener a sus indios. De nada valió tampoco el valor de Castell, que incluso cayó prisionero.

Los orientales peleaban como desesperados, dijo en su parte el jefe portugués, y eso era verdad. Pocas horas más tarde, dejando un campo lleno de muertos y heridos, Artigas, con un pequeño resto de sus tropas, se internó en el territorio oriental, apenas si llevando consigo las reliquias.

Si en el Norte fueron graves esos momentos, no lo fueron menos en el Este. Desde la segunda quincena de octubre había invadido la Banda el general Lecor, jefe portugués de gran prestancia y fino trato. Marchaba siguiendo el camino abierto por su vanguardia, que ocupaba ya Santa Teresa, la llave de entrada, desde hacía tres días. Los patriotas tenían que retener este ejército que se dirigía a Montevideo. El encargado de ello fué Rivera, cuyas avanzadas ya habían sido batidas por los oficiales de Lecor al sorprenderlos en el lugar llamado Chafalote.

Era necesario, pues, maniobras más rápidas, las que estuvieron a cargo del propio Rivera, quien, de pronto, hallóse situado en la retaguardia de los portugueses, en un paraje conocido por Higuerón, entre los arroyos India Muerta y sarandí de la Paloma. Eran éstos, campos de ciénagas, arenas y resumideros. La vanguardia de Lecor concentró sus efectivos en una masa cuadrada que imponía respeto desde lejos. También en India Muerta se volvió a repetir el error de la táctica oriental: la caballería que marchaba a los flancos formaba martillo, y la infantería tendida en línea tan larga como raleada, más bien parecía una fila de cazadores en guerrilla. Anotan los

cronistas que algunas divisiones ocupaban hasta seis cuadras de largo.

No obstante esta disposición, por dos veces Rivera envolvió a los enemigos por la derecha, matando jefes e infligiéndoles enormes pérdidas. Pero las cosas no pasaron de la misma manera en el ala izquierda, en donde los escuadrones orientales esperaron el choque de los portugueses poco menos que con los brazos cruzados. Más de tres horas mostraron a Rivera que no sólo su táctica y la poca decisión, según él, de algunos de sus oficiales eran enemigos del triunfo, sino que también el número y los armamentos ya tenían decidida la batalla en favor del enemigo.

Por un momento, y frente a los maturrangos portugueses que combatían, muchos de los cuales se mantenían a caballo atados con correas, a Rivera le entró asco y rabia. Especialmente cuando sus tropas huían a pesar de los gritos de la valiente cordobesa Juana Bustamante que, firme en las estriberas, con su figura aindiada, su cara descompuesta de coraje y sus cabellos al viento, los exhortaba a no huir. Fué entonces cuando Rivera quiso demostrar a sus tropas hasta dónde el valor era importante en la guerra y en un instante, solo, materialmente solo, cuenta uno de los actores de la batalla, cuando una columna enemiga flanqueó otra de patriotas, el teniente de Artigas apareció sobre un costado a la carrera, figura inolvidable, seguido apenas por cuatro o cinco valerosos. Venía acostado sobre su caballo tordillo, sin sombrero, abierta la chaqueta, tostado y brillante de sudor y sin más armas en la mano que una hoja de espada enastada en una caña en figura de lanza. A la velocidad de su brioso animal flanqueó la columna portuguesa y al llegar a la cabeza de la misma atropelló al oficial que la guiaba. El portugués que oyó el tropel a su costado, miró rápidamente a su izquierda, pero apenas si tuvo tiempo de saber lo que pasaba. Rivera, después de tenderse hasta tocar su espada en el anca de su caballo, con un rostro de cólera y decisión, brillante y encendido, enderezó el cuerpo, soltó las riendas sobre su caballo y con la lanza en las dos manos, le pegó una terrible lanzada al portugués que le

sacó la espada por el costado derecho quebrando el asta que llevó consigo, ensangrentada como una bandera roja. El herido hizo ademán de quitarse el arma que le atravesaba pero cayó muerto, mientras su columna, llena de pavor por aquel instante tan dramático, volvió grupas a sus caballos y empezó a huir, siendo acuchillada durante tres o cuatro cuadras por el escuadrón oriental que había dado la espalda al enemigo. Pero todos estos rasgos de epopeya no sirvieron para evitar la derrota, y después de cuatro horas y media de un fuego terrible, escribieron los portugueses, Rivera, vencido, con los restos dispersos de sus tropas, se hundió en la tarde por entre los cajones de las cuchillas.

Los desastres empezaron a hacerse rosario para los orientales. Los pequeños encuentros que le fueron favorables, después de esta batalla, no alcanzaron a impedir que Lecor continuara en dirección a Montevideo. Pero todavía no había que desesperarse. Artigas estaba de nuevo en pie y el 16 de noviembre, lleno de fe, escribía a Barreiro diciéndole que ya tenía otra vez más de dos mil hombres por habérsele unido la división de Berdum y los correntinos, y que con el resto que le vendría del Hervidero y Soriano, esperaba que entonces la suerte no lo desairaría.

Era necesario cualquier esfuerzo, escribía a Barreiro, para poner a salvo los intereses del sistema federal y la causa de América. Lo que era cierto, pues su causa no era solamente la de los orientales, sino la de todas las provincias del Litoral. La indiferencia con que Buenos Aires veía desangrarse esta Banda, justificaba a Artigas la seguridad de la componencia de ese gobierno con los portugueses. Ante esa evidencia, Artigas ordenó cerrar sus puertas al comercio de esa ciudad.

Al propio tiempo que adoptaba esta medida, prólogo a una declaración de guerra, hacía circular por las provincias una valiente proclama explicando su actitud. En ella decía que el giro de la revolución debía medirse por el de los sucesos; que en sus seis años de trabajos y sacrificios acreditaban suficientemente su amor al país y a los sagrados intereses de la libertad; y que el gobierno de Buenos Aires se había empeñado en aniquilarlo a pesar de su

moderación, de los diversos contrastes que había sufrido y de la resistencia que había encontrado en todas partes. Y que no habían bastado sus intrigas de todo orden, sino que todavía mantenía relaciones de comercio con Portugal, que estaba empeñado en destrozarlos totalmente. Por eso entendía que había que cortar el tráfico con Buenos Aires.

Pocos días después que Lecor derrotó a Rivera, Buenos Aires envió un emisario ante los portugueses en marcha, para establecer más concreta y ya personalmente, las condiciones de la ocupación, actitud que Artigas no desconoce. Mientras tanto había dispuesto que Otorgués hiciera frente al Mariscal Silveira, que había invadido por Cerro Largo. Las primeras maniobras de este invasor fueron desbaratadas por los patriotas, y tal vez los portugueses habrían sufrido un rudo golpe, si no hubiera obrado entre los orientales las desinteligencias que sucedieron. Otorgués, Rivera y Lavalleja, en desacuerdo por comandos, luego de haber tenido prácticamente en sus manos a Silveira, se separaron disgustados, dejándolo escapar sin haber realizado ninguna acción. De nada valieron las palabras de Artigas llamándolos a la cordura, para que trataran de recuperar la gloria, el honor y la libertad.

7 — Una ayuda al precio de la sumisión.

Sin enemigos de por medio, el Ejército portugués avanzó numeroso y precipitado hacia Montevideo. El Cabildo de la ciudad estaba enterado de su marcha, en los mismos momentos que el Director Supremo de Buenos Aires, Pueyrredón, protestaba por el cierre de los puertos y pedía a Barreiro interpusiera sus buenos oficios ante Artigas, por tal medida.

Barreiro, contrariando las órdenes del Protector de no contestar al gobierno argentino mientras éste no enviara auxilios, había solicitado ayuda de Pueyrredón para defender la plaza amenazada. Artigas era partidario no sólo de evacuar Montevideo, sino de poner a salvo todos los útiles y artículos de guerra y echar por tierra los muros, para que esta ciudad no volviera a servir de apoyo a los guerreros. Mas el Cabildo de Montevideo, sin oír las in-

dicaciones del Jefe de los Orientales, envió a Buenos Aires al alcalde Durán y al regidor Giró, facultados también por Barreiro, para entenderse con el Directorio a cualquier precio.

Para estos acaudalados regidores, la única preocupación que existía era poner en salvo sus cuantiosos bienes. Por eso no tuvieron muchas dudas para celebrar un convenio por el cual la Banda Oriental juraría obediencia al Gobierno argentino, enarbolaría su pabellón y enviaría diputados a su Congreso. Por este acatamiento servil, el gobierno del Directorio facilitaría todos los auxilios para su defensa. Vueltos de Buenos Aires los emisarios, y enterado Artigas de tales tratativas, reaccionó lógicamente, calificando este hecho de un verdadero insulto hecho a su honor y al decoro de los pueblos orientales.

Quien había escrito hacía pocos días a Rivera que ya tenía nuevamente dos mil hombres disciplinados, y que esperaba multiplicarlos con los que vendrían de Corrientes; quien insistía poco después en nuevas recomendaciones y ánimo de lucha, no podía reaccionar de otra manera frente al proceder de sus gobernantes, más que como lo hizo, llamándolos **extranjeros en la historia de nuestros sucesos.** Y como si esta designación a tales hechos y comisionados no fuera suficientemente clara, agregaba en su carta del 26 de diciembre de este año 16, como para que no olvidaran nunca más, ni ellos ni sus hijos, y como para que pudieran repetirlo en su nombre a ese gobierno que suponía poder reducirlo por la necesidad, que:

—El Jefe de los Orientales ha manifestado en todos los tiempos, que ama demasiado a su patria, para sacrificar este rico patrimonio al bajo precio de la necesidad. . .

8 — Nuevas derrotas a los artiguistas en Arapey y Catalán.

En enero de 1817, los portugueses bajaron desde las asperezas del Norte, talando y arrasando todo, en especial después que dispersaron a Andresito en Aguapey. El general Curado, ya dueño de todo su territorio, entró a

la Banda Oriental en procura de Artigas, que había confiado sus mayores fuerzas a Andrés Latorre, uno de sus más valientes tenientes y que ostentaba como condecoraciones un cuerpo cubierto de cicatrices. Artigas quedó situado entre cerros escabrosos, sobre las márgenes del río Arapey.

Hasta ese lugar marchó el portugués Abreu, que en rápida maniobra debía batir a Artigas en la noche antes de que se incorporara a Latorre. Abreu vadeó el Arapey y dejando una guardia a sus espaldas, avanzó con su artillería hacia el campamento de Artigas, en un temeroso pero sin duda bien planeado asalto. La fusilería blandengue y correntina, mandada por Artigas en persona, recibió a los asaltantes con nutrido tiroteo. El portugués vió que su salvación y victoria estaba en abrirse paso a la carrera y ordenó la maniobra. Los orientales abandonaron entonces sus posiciones y ganaron el centro del campamento, pero la artillería portuguesa, bien emplazada, rompió un fuego denso y constante, desmoralizando a los defensores y creando enorme confusión entre los orientales que, a duras penas, pudieron salvar al propio Artigas de que cayera prisionero de los portugueses. El campamento tomado fué saqueado e incendiado, mientras Artigas se internó con el resto de sus hombres en dirección al Hervidero.

Abreu, cumplido exactamente su propósito, en las primeras horas de la noche se incorporó a las tropas del Marqués de Alegrete, tal como habían convenido, dispuesto a atacar de inmediato a Latorre que, en esos momentos, estaba casi a la vista de las tropas del Marqués.

Latorre repasó de nuevo el Cuareim, y el 4 de enero de 1817, estuvo sobre el campamento del portugués, en los campos de Catalán, sobre la desembocadura del Cuareim, con su línea desplegada en orden sencillo y la misma disposición que en todas las anteriores batallas, como si los errores no hubieran servido de nada a los orientales. Numerosos lanceros indígenas arrollaron las primeras guerrillas enemigas y poco después comenzó una batalla de muchas operaciones, dura y sangrienta, indecisa y reñida, cuya victoria, tan terrible casi como derrota, correspondió

sin embargo a los portugueses una vez más. Sobre los campos del Catalán quedaron bagajes, heridos y más de trescientos orientales muertos...

La cadena de las derrotas se hacía infinita. Un reguero de huesos, desde el Cuareim hasta el Atlántico, era apenas lo único que mostraba el anhelo de ser libre de los orientales. Y el 5 de enero, desde un campo volante en algún lugar del país, Artigas, hombre sencillamente admirable por su tenacidad, escribía a Barreiro lacónicas pero expresivas palabras sobre medidas futuras. Y mientras los portugueses se acercaban a Montevideo, él entraba en Purificación, desde donde había de gritar, casi en seguida, a su gobernador que estaba de nuevo reuniendo otro ejército, con la esperanza de hacer una vigorosa defensiva, y que le mandasen armas para ajutsar las cuentas a sus adversarios.

—Hemos de prodigar sacrificios hasta derrotarlos, escribía este hombre tenaz y esperanzado, que parecía en realidad que recién iba a empezar a pelear...

9 — Evacuación de Montevideo por los orientales y entrada de Lecor.

El vigía que Barreiro había colocado sobre la costa del Solís para darle cuenta de la marcha de los portugueses, lo había ido haciendo minuciosamente, día por día. Burgueño no se separaba un cuarto de legua de la vista de los invasores y de este modo fué anunciando su pasaje por Maldonado, San Carlos, Solís Chico, Pando, Manga, Toledo. Era todo un pueblo y ejército que venía con los portugueses hacia la Capital.

El 18 de enero, Barreiro evacuó la plaza de Montevideo, dentro del mayor orden, sin accidentes ni robos ni desgracias, anotaron sobre ello los cronistas. Este resto heroico, que no quiso marchar en la procesión de recibimiento de Lecor, que no esperaba lisonjas de mesas de plata, que no estaba formado por señores internacionales del comercio, creía aún en la justicia del sistema que defendía su jefe, por eso marchóse rumbo a Canelones, cabizbajo y apenado. A su frente iban las enjutas figuras

del delegado Barreiro, de su segundo Joaquín Suárez, de algunos oficiales de vergüenza y familias con dignidad. Las tropas se componían de ochocientos hombres de Ramos y Bauzá que se fueron a juntar con la pequeña división de Manuel Francisco Artigas que estaba en Canelones y salieron en la tarde de ese cálido día de enero, por el portón de San Juan.

Libres para proceder a su antojo, los apurados regidores, muy temprano de la mañana siguiente, se reunieron en minoría en el Cabildo para votar muy gustosos su repudio a Artigas y su acatamiento al Rey de Portugal. Además delegaron una comisión ante Lecor para que detuviera un poco su marcha a fin de dar tiempo de prepararle un recibimiento aparatoso. . . y en efecto lo hicieron. Lecor entró por el portón de San Francisco, recibiendo las llaves de la ciudad de manos del síndico y marchó rodeado de los cabildantes, y bajo palio, a la cabeza de un brillante ejército, hacia la Matriz en medio de muchas aclamaciones de regocijo y algunos **¡Muera!** y **¡Abajo los portugueses y los aportuguesados!** que Larrañaga y demás regidores seguramente tratarían de no oír. Y desde el 20 de enero de 1817, en lugar de la bandera tricolor de Artigas y de los orientales, fué enarbolada, en los cuateles y fortalezas de Montevideo, el pabellón de los reyes portugueses.

Y mientras Lecor, hábilmente, mediante cargos, títulos nobiliarios y hasta casamientos, aportuguesaba a los personajes más importantes de Montevideo, sus secuaces reducían las Misiones, población tras población, convirtiéndolas en polvo y cenizas después de saquear hasta las iglesias. Artigas, en Purificación, con una paciencia nunca superada, reconstruía su ejército con ánimo de seguir defendiendo su tierra y su libertad.

En Buenos Aires, tanto como en las Provincias del Litoral, las tropelías portuguesas y la resistencia de los orientales habían enardecido los partidarios del federalismo, debiendo el Gobierno adoptar medidas violentas, como el destierro impuesto a Dorrego, en contra de un grupo de ilustres patriotas de mayo que estaban en abierta oposición a los planes monarquistas de la camarilla Puey-

rredón. Este director fué el que jugó el mayor papel entreguista en el Río de la Plata.

Para Artigas había una sola realidad: la necesidad de multiplicar la defensa y arbitrar recursos para seguir la guerra, costara lo que costase. Para ello recurrió esta vez a las provincias que fueron quienes le ayudaron en tan apurada situación: el gobernador Méndez de Corrientes, Vera de Santa Fe, Ramírez y Jordán de Entre Ríos.

En los primeros días de abril de 1817, Artigas vino hasta el campamento de las tropas orientales situadas en el Paso de la Arena, próximo a Montevideo, y pudo notar el grado de descomposición que existía ya entre sus mismos oficiales, disputándose el mando y haciéndose eco de la propaganda de Pueyrredón. Uno por uno de sus oficiales o traicionaban la causa patriótica, o debían ser fusilados, o se entendían solapadamente con los porteños, como sucedió con algunos entrerrianos.

Solamente el indio Andresito, en las Misiones, se defendía brillantemente. Pero Artigas no estaba vencido, ni prisionero ni muerto. Y contraatacó políticamente a quienes le tenían asediado. Envió una comisión al Paraguay para entenderse en el Cabildo de la Asunción; firmó un tratado de libre comercio como Jefe de los Orientales y Protector de los Pueblos Libres, con delegados de la Gran Bretaña, a fin de asegurar bastimentos para sus provincias; entró en relaciones directas con el Gobierno de Estados Unidos por intermedio del Cónsul de ese país en la Banda Oriental, y escribió al Presidente Monroe sobre sus luchas e intenciones, extendiendo patente de corso a los barcos norteamericanos con el fin de hostilizar el comercio y navegación portugueses, patentes perfectamente respaldadas por instrucciones relativas a la conducta de los marinos.

•

XI

GUERRA TAMBIEN CONTRA LOS ARGENTINOS

1 — Declaración de guerra al Gobierno Argentino.

A medida que Artigas movilizaba todo el Interior, Pueyrredón multiplicaba sus maniobras con el fin de debilitar el poder de Artigas en las Provincias. Sin duda sus trabajos alcanzaron algún éxito. Entre ellos, el pasaje de los oficiales orientales Bauzá y Oribe, con tropas y armas, perfectamente entablado entre portugueses y argentinos. Este acontecimiento apenó profundamente al Protector, que consultó a sus pueblos en una historiada circular, sobre su autoridad y manejos, siendo ratificada la confianza depositada en él.

Fué después de lo cual que dirigió Artigas una furibunda carta a Pueyrredón responzabilizándolo, ante la Historia, de estos hechos y declarándole la guerra. Y de inmediato se trabaron en lucha en el litoral, Ramírez, teniente de Artigas, contra los caudillejos de menor cuantía que trataban de separar esa provincia de la esfera de acción del Protector, y de las tropas que envió Buenos Aires para colaborar con los caudillejos. En poco más de dos meses quedó terminada esta campaña de Entre Ríos en donde Ramírez empezó a ser, desde entonces, el **supremo entrerriano.**

Artigas aprovechó esto para hacer una nueva entrada al Brasil, invadiendo por Cerro Largo y tomando diversas poblaciones de Río Grande, apoderándose de Santa Teresa y Cerro Largo. Estas victorias fueron breves, porque los portugueses lo desalojaron de inmediato. Los cronistas consideran esta campaña de Artigas como una de sus últimas grandes llamaradas de guerrillero.

Empujado de esas posiciones, buscó de nuevo el li-

toral. Como las desgracias parecían perseguirle más de la cuenta, su oficial Lavalleja, en un intento de descubierta al enemigo, boleado su caballo, cayó prisionero y fué salvado de ser ultimado por haberle reconocido un oficial portugués. Nuevas derrotas sufrieron algunos otros de sus oficiales, que le obligaron a replegarse hasta los potreros del Queguay, desde donde trató de comunicarse con Rivera.

Otorgués, poco después, fué hecho prisionero también por los portugueses, y Artigas, sorprendido en Queguay Chico antes que se le incorporara Rivera, por las fuerzas de Bento Manuel, sufrió una derrota total, teniendo que ganar de nuevo los potreros del Queguay para recomponer su mermado ejército. Todo esto sucedía en momentos en que los partidarios del gobierno de Buenos Aires deponían al gobernador federalista Méndez, en Corrientes, y nombraban uno nuevo. Pero hasta esa provincia llegó Andresito con sus tenientes indios y el irlandés Campbell, destrozando al enemigo. Cuando entró a Corrientes, fué aclamado por el pueblo y conducido en palio, proclamándose Gobernador. . .

2 — Artigas y su federalismo defendido en Estados Unidos.

Buenos Aires había enviado un comisionado hasta Estados Unidos para tratar de conseguir el reconocimiento de la independencia a sus territorios. Cuando le preguntaron cuáles eran los territorios que constituían ese Estado, el delegado contestó:

—Los que formaban el antiguo Virreinato del Río de la Plata.

—¿Y el territorio que gobierna Artigas, insistió el Ministro Estadounidense, no forma también parte de ese territorio? ¿Y si traéis cartas de O'Higgins, el chileno, por qué no traéis de Artigas, que está luchando solo con su pueblo contra los portugueses?, agregó el Ministro Adams.

Los norteamericanos estaban enterados de las luchas de Artigas en contra el centralismo argentino. Sabían que el oriental había proclamado una forma política semejante a la de su país, de amplia autonomía y justicia, y

sabían también que era injusta y despiadada la guerra que le hacía Buenos Aires. Para conocer la exacta verdad, Estados Unidos decidió enviar una delegación al Río de la Plata. Mientras tanto, en el Congreso de la Unión, el asunto del reconocimiento que pedía Argentina, dió lugar a un extraordinario debate.

Adams, contestando al delegado argentino, dijo que el único campeón de la democracia en esas regiones **era el bravo y caballeresco republicano, General Artigas**... El único que podía oír el nombre de Wáshington, agregó, sin sentir serpientes que se movían en su alma... mientras que el delegado que enviaba Buenos Aires, era el amigo, más o menos encubierto, del invasor monárquico portugués que derramaba la sangre del heroico pueblo oriental...

Cuando terminó de hablar Adams, el diputado Smith agregó a su vez que Artigas era un republicano, un hombre de cerebro fuerte, inteligencia vigorosa, valiente, altivo, abnegado por su país y poseedor de la plena confianza del pueblo del que era jefe.

Y así, sucesivamente, fueron opinando muchos diputados sobre el problema del Río de la Plata, y solamente quedó sin mancha de críticas, y enaltecido para la Historia, el Jefe de los Orientales.

3 — El año 1818 fué terrible para las armas de Artigas

Nuevas tropas portuguesas que atravesaban el país para reforzar a Lecor en Montevideo, vencieron la vanguardia de Rivera al mando de Laguna. En ese combate cayó prisionero Bernabé, medio hermano de Rivera, y otros oficiales menores. Como algunas partidas orientales habían infligido castigo a los portugueses, por el suroeste de la Banda, Lecor despachó a uno de sus oficiales para hacerles frente, pero como éste no se encontró con tropas, al pasar por San José apresó a las señoras de Laguna, de Medina y de Ramírez, las metió en un carretón de bueyes, y custodiadas con guardias las hizo marchar en dirección a Montevideo. Al pasar por Canelones aumentó sus prisioneras con la señora de Llupes, que estaba en-

ferma de cuidado en la casa de Doña Bernardina Fragoso, esposa de Rivera, salvándose ésta porque, avisada, pudo escapar gracias a la velocidad de los caballos y ocultarse en un bosque. Con tan valiosas presas, entró el portugués en Montevideo, instalándolas en los calabozos de la Ciudadela, como si se trataran de vulgares delincuentes.

Pocos días más tardes de estos sucesos, también cayó prisionero el hermano de Artigas, Manuel Francisco, y en Canelones, fué sorprendido Joaquín Suárez mientras dirigía la confección de vestuarios para los patriotas. . .

Día a día, así, Artigas fué perdiendo sus oficiales. Los que no caían prisioneros o se entregaban con plaza y todo, como Fuentes en Colonia, se pasaban a los portugueses, como D. Tomás García de Zúñiga. Pero Artigas seguía firme, conmocionando sus provincias.

Lecor pensó equivocadamente que Artigas, en tales emergencias, debería ceder en su resistencia. Y hasta él envió también sus emisarios con los ofrecimientos y halagos que habían sido tan bien recibidos por los venales y acaudalados regidores. Pero la contestación de Artigas no podía ser otra que el fusilamiento del emisario.

Y, de inmediato, recrudeció en sus preparativos y en sus pedidos a los que aún quedaban en pie de lucha para que intensificaran la campaña contra el enemigo. Mas a pesar de previsiones, Duarte fué destrozado por los portugueses, de lo que se apuró en desquitar Rivera con Bentos Manuel cuando éste se encontraba en la barra del arroyo Rabón. Fracasado su intento de sorprender a las gentes de Bentos Manuel sobre un recodo del arroyo, en casi un pañuelo de tierra combatieron duramente a punta de lanzas y sables debiendo luego Rivera emprender una retirada que ha sido considerada como brillante. Fué hecha siempre en pelea, desde las seis de la mañana hasta las cuatro de la tarde, recorriendo más de sesenta kilómetros, hostigando de firme y perdiendo solamente doce hombres. Después de esta retirada, Rivera se situó sobre el Arroyo Grande, en donde fué atacado nuevamente por el tenaz portugués, y después de un lucha reñida y sangrienta Rivera debió abandonar el campo de batalla dejando numerosas pérdidas.

Todavía en los últimos meses de este año verdaderamente terrible para las armas del Protector, nuevos oficiales continuaron detrás de los halagos del portugués, entregando San José y Canelones e incorporándose a la ya amplia camarilla de beneficiados por los lusitanos. Pero ninguna de estas traiciones alcanzarían a abatirlo. Con un solo hombre que le quedara, dijo, con él haría la guerra, y cuando le faltaran hombres, había insinuado a alguno de sus tenientes, pelearía con perros cimarrones.

Y para afianzar la resistencia dió instrucciones a López de Santa Fe, para empujar de sus dominios a las tropas de Buenos Aires. Eso lo consiguieron en seguida los santafecinos que parecían llamaradas, con sus vestidos de chiripás colorados, botas de potro, boleadoras a la cintura y las extrañas tropas indias vestidas con pieles de tigre del Chaco, armadas con chuzas emplumadas y que marchaban al son de cuernos y trompetas.

López afianzó su territorio y se puso en contacto con Ramírez que, en Entre Ríos, procedió de la misma forma, siendo ambos ayudados por el pintoresco Campbell. El Protector, en los Potreros del Queguay, con un batallón de seiscientas plazas sin más vestidos que un chirapacito para cubrir las partes, había ido esquivando el riguroso invierno. Los soldados amanecían en sus ranchos encendiendo fuego, escribía un oficial de Artigas, y cuando se tocaba diana, salían a formar arrastrando cueros de vacas para taparse. Sin embargo, a ninguno de ellos, se le ocurría abandonar a Artigas, que esperaba el afianzamiento del Litoral para dar un nuevo impulso a sus acometidas contra los portugueses.

4 — Dos duros reveses: la traición de Santa Fe y la prisión de Andresito.

Después de la derrota que sufrieron los ejércitos de Buenos Aires, en manos de López, de Santa Fe, la mayor preocupación de los porteños fue entrar en arreglos, a cualquier precio, con el caudillo santafecino. En ese momento más que nunca las provincias del Litoral habían tenido el contralor político en sus manos. Vencer a los

ejércitos federales ya no sucedería, pues, tan fácilmente como había pensado antes el general argentino Belgrano.

Pero derrotado el ejército militar y el comandado por Viamont, Belgrano pensó entonces que para esta guerra ya no sería suficiente ni todo el ejército del famoso Jerjes. Por eso los argentinos propusieron la suspensión de las hostilidades, que sucedió el 5 de abril de ese año 1819. López aceptó a pesar de que Artigas le advirtiera que debía tener cuidado con las tretas del Directorio. Por esa misma razón fué que Ramírez no envió delegados al pacto que López firmó solo y por su cuenta, con Buenos Aires. Esta actitud apenó enormemente a Artigas, que veía cómo por segunda vez, Santa Fe traicionaba los compromisos con la Liga Federal.

El Protector escribió entonces al Cabildo de Santa Fe diciendo que hubiera preferido una derrota en la guerra, antes que ver debilitados los resortes que animaban las comunes esperanzas, como había sucedido. Por eso pedía que se le reintegraran sus tropas auxiliares para con ellas, y cada vez más solo, insistir contra los portugueses, pues entendía que los momentos eran demasiado críticos para que se pudiera detener en vanas especulaciones.

Con su teniente Andresito, el oficial de mayor confianza que le iba quedando, trazó nuevos planes de invasión al Brasil con dirección a Santa María. El intento de Artigas fué el de estrechar a los portugueses para obligarlos a volver sobre su territorio. La tarea era difícil, escribía en sus comunicaciones, pero entendía como necesario ese esfuerzo porque, de otro modo, todo quedaría perdido.

Pero antes de emprender su tercera tentativa en territorio portugués, contestó al Cabildo de Santa Fe, que le hizo conocer los beneficios que le otorgaría el pacto con Buenos Aires. Lo importante no era precisamente esos beneficios transitorios, le escribió Artigas, sino fijar definitivamente los resortes que afiancen esas adquisiciones y que ahorren la sangre de los hermanos en lucha, concediendo a cada pueblo los derechos que reclamaban y que tan caro les había ido costando...

Buenos Aires, incorporando a Santa Fe a su órbita rea-

lizaba su fundamental propósito: poner ese importante puerto bajo su dependencia económica.

Pero tampoco estaba Artigas vencido. Y mientras el Director Pueyrredón, después de más de tres años de maquinaciones gubernamentales de toda clase contra Artigas, renunciaba asegurando que aún seguían en el pantano de Santa Fe, Artigas en el Norte, Quijote irreductible aunque no detrás de vanos sueños sino de concretas realidades, trataba de incorporarse a Andresito para una nueva tentativa contra los enemigos. Los tenaces portugueses persiguieron al indio ferozmente, lo derrotaron y lo tomaron prisionero casi solo y sin armas. Esta pérdida fué el golpe para Artigas más duro de toda esta campaña, sin duda...

El leal indio Andrés Guacurari había sido siempre el alma de la resistencia en todo el Norte. Los portugueses, a pesar de que conocían bien a este **Artiguinhas,** como le llamaban, que sabían qué valeroso e inteligente oficial era, no tuvieron para él un solo miramiento. Junto con otros compañeros, atados por el pescuezo con cueros frescos, que secándose con el sol resultaban más fuertes que el hierro, los condujeron centenares de leguas a pie, dándoles por única comida un poco de fariña descompuesta. Muchos de estos prisioneros fueron a trabajar en las obras públicas del estado de Río Grande y otros, como Andresito, murieron en las mazmorras de Porto Alegre, final desgraciado para el que fuera un auténtico héroe popular en la epopeya artiguista.

5 — Ultima campaña del Brasil y desastre de Tacuarembó.

Alvear, que había regresado de Río de Janeiro, junto con otros aventureros políticos que se movían a la sombra y complacencia del gobierno portugués de Montevideo, armó, desde esta ciudad, una expedición para colaborar con Buenos Aires. Su intención era, además de insistir en su política anterior, ganar a Ramírez, el **supremo entrerriano,** desvinculándolo de Artigas.

Toda la política argentina, en este final del año 19 y principio del 20, fué una política divisionista: conseguir armisticios por separado, con los caudillos, exaltando

el poderío de cada uno, para debilitar el de Artigas, e ir lanzando, provincia tras provincia, contra el Protector.

El plan de lucha que había propuesto Artigas: Rivera por la Banda Oriental, Andresito en las Misiones, Ramírez de dueño de la banda occidental del río, y él avanzando hacia Río Grande, quedaba entorpecido por el desastre ocurrido a Andresito. Pero él se prometía cumplir su parte, ajeno al entendimiento entre López y Ramírez con miras a desligarse de la Confederación. Como la actitud de López fuera poco clara en los últimos meses, Artigas comprendió que era necesario obligarlo a determinarse en un sentido o en otro, y para ese objeto ordenó el cierre de los puertos de su territorio con Santa Fe y el traslado de las tropas entrerrianas de Paraná.

Poco antes había escrito a su hijo natural, Manuel Artigas, para que se encargara de sus asuntos familiares. Luego volvió a Mandisoví, pasando más tarde a la Banda Oriental para ordenar su plan de lucha e internarse con sus tropas hacia el Brasil. A fines de noviembre de 1819, vencida casi la resistencia del Sur, Artigas marchó con su resto heroico hacia el interior del Brasil. Los portugueses que sabían de su marcha lo esperaron en Ibirepuytá, en donde Latorre, vanguardia de Artigas, derrotó a Abreu.

El ejército de Artigas siguió marchando hacia Santa María. Al llegar a ese lugar se encontraron faltos de caballadas. Artigas regresó entonces al Uruguay para solucionar este problema y alcanzar vituallas al ejército. Mientras tanto, los orientales marcharon hacia el paso de Rosario en el río Santa María, en donde los portugueses dispersaron a los orientales, y aprovechándose de su falta de caballos, los persiguieron por entre las sierras, siendo detenidos en la Quebrada de Belarmino, en donde se libró una sangrienta batalla. Los orientales cometieron los mismos errores tácticos anteriores y los pagaron con más de cuatrocientas vidas. Ahí cayeron muchos de los mejores oficiales de las Misiones como lo eran Ticurey, Lorenzo Artigas, Juan de Dios, nombres que apenas si los ha recogido la historia. Este desastre sucedió en los primeros días del año 20.

Artigas, desde su campamento de Mataojo, juntaba caballadas y vituallas para alcanzarle a Latorre, que cruzó el río Tacuarembó, sobre sus puntas, y acampó del otro lado mientras la división de Misiones, comandada por Sotelo, vanguardia de su ejército, quedó sin poder cruzarlo. En ese lugar, cara a cara, debieron quedar las fuerzas orientales, más de una semana de intensas lluvias. La creciente del río inmovilizó las tropas y las mantuvo separadas. En esta forma fué que los sorprendió justamente el conde Figueiras, gobernador de Río Grande, con tres mil hombres, en la mañana del 22 de enero de 1820.

El portugués quería vengar la derrota que había sufrido en Ibirepuytá y lo hizo cruelmente. Fueron tan sorprendidos los orientales, que la más grande confusión se apoderó del campamento y solamente se salvaron de morir o caer prisioneros los que se echaron a nado para ganar la costa opuesta en donde Latorre, imposibilitado para hacer nada, vió morir las mejores tropas misioneras, incluso el bravo Sotelo, que arengó a sus soldados hasta el último instante, y vió caer prisioneros a ilustres oficiales como Llupes, Segundo Aguiar y otros. De este desastre no se escaparon más que los seiscientos hombres que con Latorre fueron espectadores desde la orilla opuesta y que, prontamente, se internaron tierra adentro. Este resto se dirigió hacia la costa del Uruguay, a pie y descalzos, sin comer, hasta que llegaron al campamento de Artigas en Mataojo, en donde Artigas, cosa que parece increíble, ¡estaba reuniendo gente nuevamente para lanzarse otra vez contra los portugueses!

6 — . . .Solo un grupo de leales quedaron firmes!

El desastre de Tacuarembó que supo Artigas en su nuevo campamento del paso Mangrullo, sobre el Arapey, le apenó hondamente porque entendió que era un revés superior a sus merecimientos, a sus esfuerzos, y a la justicia que soñaba con su sistema. Varios días se envolvió en el más impenetrable silencio, se tornó más parco y solitario. Sin embargo Rivera estaba aún con las armas en la mano y eso todavía le consolaba. Es decir, lo consoló

mientras no supo que las últimas escaramuzas de Rivera contra Bentos Manuel, sin quererle pelear en verdad, eran ya un preludio de la entrega que estaba tramada mediante intermediarios que había enviado Lecor hasta el campamento del teniente artiguista. El propio Rivera pronunció las palabras de su entrega, cuando escribió que la revolución les había prometido un paraíso y les había dado un infierno. . .

Cuando Artigas se enteró que también Rivera se había pasado a los portugueses, Rivera, que era su compadre, que había sido su brazo derecho y el oficial de mayor distinción que tenía, entonces sintió un gran vacío y la inutilidad de toda la lucha. Una honda pena embargó su espíritu, que se sintió por primera vez verdaderamente derrotado. En vano los tenientes de la campaña del Brasil, escapados de las últimas derrotas, habían llegado de nuevo hasta él, con sus caballadas por delante y le habían ratificado su confianza y autoridad, quedándose en el Campamento. En esos momentos mismos lo rodeaban Latorre, Aguiar, Tejera, Monterroso. . . y un resto de tropas de confianza. Pero Artigas parecía que ya no creía en más nadie. Por eso una mañana, llamó a su segundo Latorre y le dijo breves palabras:

—Formen la tropa y disuélvanla en mi nombre. Que cada uno vaya adonde quiera. No pienso pelear más contra los portugueses. Toda resistencia ahora me parece un sacrificio inútil. . .

Sus palabras fueron de infinita pesadumbre, pesadas y medidas. Sobre el fondo tupido y verde del Arapey, ahí en Mangrullo, se alinearon una mañana cuatrocientos hombres ¡todo el ejército oriental! Los oficiales explicaron a sus tropas la decisión del Jefe y ordenaron romper fila en libertad. Pero sucedió lo que pocas veces cuenta la historia que sucede. Aquella porción de humanidad hecha girones, endurecida en cien derrotas, luego de oír las palabras de sus oficiales, quedó impasible, en silencio, cada uno en su sitio. Quedaron en posición de firmes, muchos de esos hombres barbudos, llorando, quedaron firmes como si se hubieran enraizado a la tierra. El Jefe de los Orientales aún tenía hombres fieles dispuestos a morir hasta

el último de ellos por la libertad...

Cuando se lo comunicaron a Artigas y hubo abandonado el oficial Cáceres el campamento, el único que desertó en ese día memorable, el Protector resolvió continuar la lucha ayudado por sus amigos del Litoral, después que resolviera algunos asuntos personales en Mandisoví. Cuando Artigas marchó a vadear el Uruguay, para dirigirse a este lugar en donde tenía tantos recuerdos y desde donde suscribió tanta correspondencia, pasaje que sin saber lo haría por última vez, sus oficiales lo acampañaron. Vadeó el Uruguay, río que no había unido sino separado, a la altura del pueblo Constitución que queda casi enfrente a la desembocadura del arroyito Mandisoví.

Detrás suyo quedaron sus campos, sus sierras, sus bosques y arroyos, sus sacrificios de toda una vida, sus miles de muertos queridos, sus familiares, sus creyentes en la justicia y en el sistema de reparación a los necesitados, sus indios, sus gauchos, sus negros, **plebe, chusma, montonera,** pero que no traicionaron nunca su libertad y tuvieron fe en la revolución que encabezó su Jefe. Que murieron una y otra vez, pero que cada vez parecían renacer más fuerte aún con la sangre bebida de la tierra: hombres que vivieron desnudos, hambrientos, fugitivos, pero que fueron lealísimos y justicieros.

Cuando Artigas subió al bote para atravesar el río, dejó todo esto detrás. Iba un poco más agobiado que antes, casi calvo ya, surcado el rostro de arrugas, cansado de cuerpo y alma y llevaba la cabeza descubierta, cuando cruzaba este río que no une, sino separa. Sobre el paisaje melancólico de la costa del Uruguay atardecía lentamente...

•

XII

GUERRA DE ARTIGAS EN EL LITORAL

1 — La traición de Ramírez.

Mientras Ramírez y López, ya unidos, y sin nunca haber entendido la importancia política que tenía el federalismo que pregonaba Artigas, derrotaban las fuerzas de Buenos Aires en famosas batallas, y Ramírez, sin soltar la lanza, sobre el recado, ponía alas a sus partes de victorias para que llegaran más pronto al Protector, como así le escribía, el Jefe de los Orientales repasó el Uruguay y se ofreció al Gobernador de Entre Ríos. Sus tenientes, de nuevo por Corrientes y Misiones, trataban de levantar el prestigio de Artigas para reiniciar la lucha.

La noticia de los triunfos de los federalistas en el Sur, había causado profunda alegría en Buenos Aires, pero el desastre de Tacuarembó, agrandado por los enemigos de Artigas, dió mayor pie para que los hábiles políticos argentinos, a quienes manejaba una vez más el intrigante Sarratea, lograran la adhesión de Ramírez. Este entrerriano, había adquirido un indiscutido prestigio y vió que nunca tendría mejor oportunidad que ésta que se le ofrecía, para desligarse de Artigas. Hombre ambicioso y falaz, aunque en sus proclamas exaltara a Artigas y se apoyara en el nombre del Protector para escalar posiciones, sus intereses podían más que sus devociones. Seducido por las ofertas de Sarratea, el hombre que se había propuesto terminar de cualquier manera con Artigas, firmó el Tratado de Pilar, que si bien pareció un triunfo de los federalistas por las concesiones que se les hacía, no tenía otro objeto en verdad que eliminar a Artigas del escenario político. Ese fué el fundamento de este Tratado convertido, poco después, en letra muerta.

La lucha llevada contra Artigas y su sistema, por los acaudalados comerciantes y hacendados, había sido sin cuartel y se había utilizado de todas las armas, incluso este Tratado final, cuya copia la recibió Artigas estando en Mandisoví. Vió de inmediato la traición sin nombre que este Tratado significaba para los destinos confederacionistas y escribió una de sus últimas grandes cartas políticas dirigida a Ramírez. Analizó en ella los hechos y demostró la confabulación que ese Tratado significaba, confabulación que probaba sobradamente la traición de Ramírez.

Escribió igualmente a Santa Fe diciendo que jamás pudo persentir unos resultados tan desventajosos, frente a sus inmensos afanes y sacrificios. Pero el silencio de Santa Fe le demostró que estaba solo y que López y Ramírez, estaban de perfecto acuerdo para destruir su autoridad, cosa que era efectivamente cierto. Ambos jefes del Litoral, poco después, recibían de Buenos Aires, armas, dineros y técnicos militares para realizar la campaña contra el Protector y empujarlo del Litoral definitivamente.

De Mandisoví, lugar en el que se refugiara a menudo en estos últimos años, Artigas pasó a Purificación, su viejo campamento, desde donde escribió al Cabildo de Corrientes, el 6 de abril de 1820, noticiándole sobre todos estos tristes sucesos y cuál había de ser su decisión final. Con dirección a Concepción, mandó su teniente indio, Siti, para oponerse a la vanguardia de Ramírez que marchaba hacia ese lugar. Y Artigas en persona se dirigió hacia Abalos, para cuyo lugar citó al gobernador de Corrientes, en donde estableció transitoriamente su cuartel general. Todavía envió una última carta a Ramírez contestando sus términos anteriores, demostrándole su connivencia con la Corte del Brasil y asegurándole que se engañaba miserablemente en cuanto a sus atribuciones a la sola provincia de Entre Ríos, olvidando el destino de las demás de la Liga, actitud la suya que era idéntica a la de Santa Fe, un año antes, y que él entonces criticara duramente.

—Usted ha elegido el choque de las armas, le agregó finalmente, y estoy dispuesto a resistirlas; en consecuencia, lo hago responsable a usted de la sangre que se derrame. . .

2 — Lucha final con Ramírez.

Al día siguiente que envió esta última carta a Ramírez, 7 de mayo, dió comienzo a las hostilidades. Parecía que Artigas, ante cada nueva traición, creciera como una sombra vengadora y terrible, una sombra que fuera la pesadilla de los confabulados. Artigas nunca hubiera sido vencido por las armas sino hubieran dividido y aprovechado las ambiciones de los caudillos venales, que si se hubiesen mantenido unidos al Protector, hasta el final, habrían salvado la Federación y evitado a las Provincias los desastres que sucedieron más tarde.

Siti, que había sido destacado contra la vanguardia de Ramírez, lo destrozó y dispersó en Arroyo Grande, entrando en Concepción del Uruguay, pueblo al cual saqueó para proveerse de materiales. Esta conducta fué desaprobada y duramente criticada por el Protector. Artigas vino rápidamente detrás de Siti con intenciones de apoderarse de toda la parte que media entre el río Uruguay y el Gualeguay y establecer su centro de acción en el Arroyo de la China, centro próximo a sus recursos y amigos.

Derrotada la vanguardia de Ramírez, éste repasó el Uruguay para rehacerse del percance en la cañada de Las Guachas. Hasta ese lugar llegó Artigas con sus orientales, misioneros y correntinos, en junio de ese trágico año 20. Sobre la orilla de ese arroyuelo, el día 13 de ese mes, se encontraron ambos ejércitos comandados en persona por los propios caudillos. En la vanguardia de Artigas estaba Latorre, su famoso teniente, con más de cuarenta cicatrices en el cuerpo y ansioso de recuperar ante su jefe el brillo perdido en el desastre de Tacuarembó.

El primero que atropelló fué Ramírez, seguro de su táctica arrolladora y sin que siquiera las tropas de Artigas tuvieran tiempo de armarse en batalla. El choque fué violento y logró dispersar parte de las fuerzas artiguistas, que ganaron los espesos bosques que rodean el arroyo Montiel. Artigas, con cierto esfuerzo, consiguió rehacer sus tropas y rechazarlo consecutivamente. Catorce cargas de sable, una tras otra, llevó esa tarde Latorre contra los enemigos, hasta que, finalmente, las tropas de Artigas que-

daron dueñas del campo de batalla no sin sufrir también pérdidas respetables. Después de la batalla de Las Guachas los dos ejércitos quedaron frente a frente, a poca distancia mirándose la cara, como escribía un actor, y ocupados ambos en rehacerse.

Artigas, reforzado con gentes que vinieron de Paraná, con un efectivo de casi dos mil soldados, los que por momentos parecía que nacieran debajo de la tierra, marchó hacia La Bajada del Paraná, en donde estaba Ramírez. Buenos Aires, aún temeroso de que Artigas pudiera destrozar sus planes derrotando a Ramírez, reforzó el ejército del entrerriano con hombres y oficiales técnicos. ¡Había que acabar de cualquier manera con Artigas y su sistema!

Y ahí, en las inmediaciones de La Bajada, once días más tarde de la batalla de Las Guachas, chocaron nuevamente y con gran violencia los dos ejércitos: uno, desprovisto de medios, vestido sólo de valor; otro, bien municionado y disciplinado por Ramírez, que había puesto en esto parte de su orgullo, con piezas de artillería y técnicos en su dirección. Las cargas se sucedieron siendo solamente la primera favorable a Ramírez. En las siguientes se empezó a repetir lo de la batalla anterior sobre su caballería que flaqueó, y fué entonces cuando Mansilla, el enviado de Buenos Aires, le allegó el hombro de su infantería ordenada y los jinetes consiguieron rehacerse sobre los infantes, salvando el prestigio de Ramírez y lo que pudo haber sido el desastre de su traición. Vencido Artigas se dirigió hacia el Norte. Entonces Ramírez ordenó su persecución sin descanso, noche y día, recogiendo caballos para no detener la marcha. El Protector comprendió la magnitud de sus críticos momentos y comenzó su ordenada retirada provincia arriba. En Sauce de Luna pretendió hacer pie nuevamente sobre el Gualeguay, pero también fué batido por Ramírez y tuvo que seguir su retirada siempre al Norte. Los correntinos, a quienes había escrito pidiendo auxilios, se mostraron indecisos y temerosos. Y mientras esperó que Corrientes, si aún tenía suficiente energía para desafiar los peligros y superarlos, como les escribía el 3

de julio desde Libres, obrara de acuerdo con él, marchó hacia el Norte en dirección a Mandisoví.

3 — La tenaz persecución de Ramírez.

Ramírez ordenó a sus tropas seguir la marcha. Había que seguirlo a Artigas, seguirlo siempre; no darle tregua a este hombre impetuoso, avasallante, que amenazaba siempre, y que con un solo minuto de paz o de reposo en un campamento le bastaba para levantar otro ejército. Las tropas de Ramírez caminaron día y noche y amanecieron en Yuquerí sobre la costa del Uruguay. Ahí Artigas había dejado a otro de sus tenientes indios, Perú Cutí, con más de cuatrocientos misioneros. A pesar de la bravura del indio no pudo detener la fuerza arrolladora de Ramírez. Artigas no se desesperó. Tuvo fe todavía en estos tenientes de la escuela de Andresito que hasta ese momento habían sido sus más fieles amigos. Las tropas de Ramírez, después de disparar la gente de Perú Cutí marcharon Norte arriba como una horda al galope. Artigas adelantó sus tropas, las pocas que le quedaron, y pasó por Mandisoví, en donde dejó a otro oficial indio tratando de detener a los entrerrianos en su marcha vertiginosa. Pero Matías Abacú, que fuera segundo de Andresito, al enterarse de que los enemigos no se detuvieron un minuto en el camino y ya estaban próximos a Mandisoví, abandonó el pueblito por la noche. Y al amanecer, Ramírez y sus tropas negrearon sobre el pueblo. Ese bárbaro fornido y retacón, hombre de fuerzas hercúleas y temperamento de hierro, incansable, ordenó a las tropas que habían pasado a Corrientes, que siguieran al Protector. ¡Había que marchar a través de esa provincia o del infierno, pero había que marchar mientras es ehombre estuviera sobre el caballo de guerra!

Artigas caminó con ritmo acelerado. De pronto intentó resistir en un terreno sobre el que pensó que Ramírez no podía llegar, pero el entrerriano, hijo de su escuela, apareció de pronto sobre el lugar en que reposaba y le puso en terribles aprietos.

Dejó ensillado su caballo y se me escapó en las ancas

del que montaba su hijo Manuel, escribió Ramírez indignado por habérsele escapado la presa de las manos.

Desde el camino, desde su campamento en marcha, Artigas escribió el 11 de agosto su última carta al Cabildo de Corrientes. Junto a su dolor de ver que los correntinos habían sido también seducidos por Ramírez, dividiéndolos para que se atacasen unos a los otros, rechazó todo sacrificio que ya creía inútil:

—No quiero que se ensangrienten en una guerra entre hermanos y traigo reunidas todas las tropas y familias para que vuelvan a sus casas y se acabe todo. . . dijo con apenado lenguaje.

Ramírez le siguió incansable con sus tropas, alcanzó a Abacú en Mocoretá y lo destrozó completamente. Ahí en el límite de la provincia, fué alcanzado también el misionero Siti, pero prefirió entenderse ¡también él! con los enemigos de su Jefe. Sobre él caerían también los rayos de Artigas y los de su raza, porque él era doblemente traidor. Tres días más tarde, Ramírez, renovado de caballadas, siguió por Corrientes al Norte en busca de la presa. Quería aprehenderle, correrlo o internarlo definitivamente, hasta más allá del límite de los grandes ríos para que no volviera nunca más, porque hasta su sombra podía resultar peligrosa. . .

Cuando Ramírez entró a Corrientes persiguiendo a Artigas, López Chico, un jefecito taimado y hábil que manejaba excelentes tiradores y que venía protegiendo la retirada de Artigas, se encargó de la protección del Jefe y de las familias que se venían escapando como por milagro. Su pericia alcanzó para que la retirada se efectuara en orden. Artigas tuvo que apurar la marcha porque, poco antes de llegar a su campamento de Abalos, casi fué nuevamente sorprendido. Tuvieron que levantar el campamento en el que recién descansaban. Cuando los enemigos llegaron se encontraron con las huellas frescas. Ahí fué apresado el cura Monterroso, secretario de Artigas, mientras éste en su campamento atrincherado, intentó resistir una vez más. Ramírez, en las primeras horas del amanecer, irrumpió violentamente en Abalos, acuchillando sin miramientos y sin vacilar, desruyendo todo, como confiesa, y

apoderándose de la artillería, armas, municiones, veinticinco carretas, quinientos bueyes y gran número de sus mejores oficiales. Este fué el desastre final.

Artigas huyó con doce hombres, por entre esteros y lomadas, en dirección a las Misiones. Ramírez, después de la victoria de Abalos, se dirigió a Corrientes llevándose consigo a Monterroso, que fué infidente a su Jefe, después de preso. En efecto, sabiendo dónde se encontraba el campamento de un comandante de Artigas que marchaba enfermo, protegido por una pequeña guardia, llevando los pocos caudales que le quedaban al Protector, lo denunció a Ramírez. El mismo se ofreció para acompañar a los asaltantes. Todo lo que fué cumplido exactamente, recibiendo Monterroso de Ramírez, en pago de esta última traición, una sola moneda de oro...

Artigas marchó hacia Misiones. Parecería que ya estaba totalmente derrotado, pero era tal su prestigio todavía, dicen los propios oficiales perseguidores, que luego de destruído en Abalos y cuando se creía que ya no podría rehacerse, en su tránsito por Misiones, los indios salían a pedirle la bendición y le seguían con sus familias. en procesión, abandonando sus casas, sus sementeras y sus animales. Cosa increíble, en breves días de marcha, llevaba consigo ya más de ochocientos hombres que lo empujaron hacia Cambay, en donde se hallaba atrincherado el traidor Siti. Cuando Ramírez lo supo se volvió a espantar: ¡ochocientos hombres! Había que seguirle de nuevo, y en seguida, sin un minuto de vacilación. Y los tenientes de Ramírez marcharon otra vez detrás del hombre que reunía sus soldados al parecer como por un milagro. Sin embargo era bien fácil de explicarse... ¡Eran tantos los pobres, los indios, los desheredados!

El oficial de Ramírez caminó día y noche hasta Cambay. En esos mismos momentos Artigas estaba por rendir a los sitiados. Pero tomado por la espalda, sorpresivamente, para no morir en aquel infierno de fuego, dispersó a sus tropas y con un resto heroico que no se le desprendió ni un solo minuto, siguió velozmente a Candelaria, sobre la costa barrancosa del Paraná. Vió que ahora sí era vana toda resistencia. Desde ese momento

ya no le fué posible otra cosa que buscar la seguridad personal, hasta que vinieran tiempos mejores, o caer en las garras de ese bárbaro e incansable perseguidor que no le hubiera dejado un solo minuto de vida.

De Cambay, el oficial que lo perseguía sin darse un minuto de descanso, le siguió, más que persiguiendo a un hombre, a la simbolización de un sistema y a la exaltación de un principio claro y verdadero como la luz. Por eso esa persecución fué tan tenaz. Había que impedir que surgieran de nuevo las multitudes. Los perseguidores llevaban ritmo de locura, y muchos de ellos, como Cáceres, habían sido sus oficiales hasta hace poco. Apenas si acampaban para vivaquear y casi sin dormir, día y noche, siguieron por la costa del Miriñay, bordeando las grandes Lagunas Iberá y Luna, atravesando leguas y leguas por los bañadales de Santo Tomé. Once días de saña cruel durante los cuales los perseguidores, para no dar un minuto de reposo a Artigas, comían la carne de los caballos que se les cansaban.

En uno de los últimos campamentos en el que descansó el Protector, antes de entrar a Misiones, recibió la visita de dos caciques del Chaco que habían atravesado una enorme distancia para venir a ofrecerles su indiada y continuar la resistencia. ¡Nunca un pueblo auténtico había sentido una causa más suya, como sintieran estos pueblos la de Artigas!

Artigas vaciló un instante y meditó una noche. Hasta pensó por un momento utilizar ese resto fiel del pueblo para rechazar a sus persiguidores, pero su resolución planeada, sin duda, le pesó demasiado. Y al día siguiente, visiblemente emocionado, agradeció el ofrecimiento de los caciques chaqueños, hombres de caras anchas y tristes, y entró a la provincia de Misiones, en dirección al puerto de Candelaria, sobre el Paraná, por donde pasaría al Paraguay.

4 — Camino al asilo del Paraguay.

Poco antes de atravesar el Paraná, en uno de sus postreros campamentos, recibió otros ofrecimientos: el de

los portugueses, de un confortable asilo en Río de Janeiro y el de Estados Unidos. Los portugueses le orrecían no ciertamente alguna de las tantas mazmorras en las cuales habían muerto tantos soldados y tenientes suyos, como su fiel Andresito, o en la que sufrían, en esos mismos momentos, su propio hermano y algunos de sus más distinguidos oficiales. Artigas rechazó altivamente el asilo de quienes se habían quedado con su tierra.

Quizá hubiera aceptado el ofrecimiento, que en nombre de su gobierno, le hizo el Cónsul de Estados Unidos en Montevideo. Los comisionados que el gran país del Norte había enviado dos años atrás para enterarse de los problemas del Río de la Plata, regresaron sosteniendo que Artigas y sus gauchos habían defendido bravamente sus hogares, sus derechos y su país; que Artigas era sin duda alguna un hombre de talento raro y singular y el ser más sencillo y honrado en vida y acciones que nadie hubiera visto. Todas estas referencias le hubieran precedido a su llegada a Estados Unidos. Pero Artigas, profundamente conmovido, quizá hasta consolado en medio de tanta traición y confabulación que habían hecho de su vida una tempestad, agradeció el ofrecimiento de comodidades, sueldo y jerarquía de General que le ofrecía, para vivir tranquilo bajo un gobierno que tendría mucha satisfacción de recibir a un huésped tan honorable, como decía la nota de invitación. Artigas prefirió quedar en las proximidades del vasto teatro de sus hazañas, apegado a su tierra americana e indígena.

Ya en la provincia de Misiones, próximo a San Borjas, acampó con el resto de sus doscientos amigos. Y luego de una noche de decisiones definitivas, rodeado de sus acompañantes, les comunicó su pensamiento final que era solicitar un inmediato asilo al Dictador Francia del Paraguay, a pesar de que no supiera bien cuál podría ser su destino final. Redactó de su puño y letra la carta en la que le pedía un refugio en algún lugar de la república, **siquiera un bosque,** para pasar el resto de su vida.

Al tomar esta determinación, escribía, lo hacía porque confiaba en la generosidad del Dictador y en la hospitalidad del pueblo amigo en donde había tenido reso-

nancia simpática su nombre. Y agregaba que lo hacía, desengañado por las defecciones, traiciones e ingratitudes de que había sido objeto y víctima... Al llegar a este párrafo, sin duda el Protector habrá visto cruzar a la distancia una larga cadena de cabezas: los traidores. Desde aquellos primeros del Ayuí, el guitarrero y payador Valdenegro, que de un vaquero y bandolero hizo su Mayor General; Ventura Vázquez, que a su lado se había cubierto de gloria y de grados con su admiración sin retaceos; Viera, el de Asencio; el paraguayo Vargas... Y así habrán seguido cruzando: los hacendados que defendió; los cabildantes que alentó, dió autoridad y los elevó moralmente ante sus propios pueblos; los tenientes insubordinados y desafectos, Bauzá, los Oribe; los tan bravos al principio y que se fueron entregando mansamente después: Fuentes, Pimienta, del Pino; los que se pasaron vergonzosamente a los portugueses detrás de prebendas y honores: los Durán, Pérez, Bianqui, el cura Larrañaga, García de Zúñiga, todos interesados y acomodaticios; su primo y compañero de escuela, Otorgués, sobre cuya suerte final le quedaron dudas terribles; Barreiro, su querido primo, buen gobernante, pero al que tuvo que arrastrar con grillos para poder continuar la resistencia a los portugueses y que ahora estaba preso en un pontón de las afueras de Montevideo; ese mocito culto, Cáceres, el único que lo abandonó en Mangrullo y que ahora le perseguía con la saña de un buitre... y la caravana seguiría, seguiría. En algunos momentos, cuando escribía esta carta, habrá tenido que secarse las lágrimas para no mancharla, sobre todo cuando se acordó de D. Fructuoso Rivera, su compadre y amigo, aquella brava lanza que se había sostenido por sobre los demás, casi hasta el último momento. ¡De Don Frutos sí que no hubiera esperado nunca una traición, sin embargo...! Y todavía, después de esfumarse la figura magra y ensotanada del cura judas, frente a sus ojos empañados, también debió cruzar la larga cadena de cabezas de las otras provincias, sus protegidos de hasta hace pocos días: traidores, falsarios, interesados, desde el ínfimo Correa o el estanciero Samaniego, pasando por Hereñú, hasta D. Estanislao López y este Pancho Ramírez,

su voraz perseguidor, que lloraba lágrimas por un ojo la suerte del Protector, y con el otro dirigía la más encarnizada persecución a su persona. Habrían algunas figuras que le andarían por el alma, más que otras, aunque sin remordimiento, porque él sabía que siempre había sido justo. Entre ellas, la de ese muchacho correntino, Perrugorría, de tan bella figura que hasta parecía mentira que pudiera traicionar, caído arrepentido, delante de sus ojos, detrás de un parapeto de piedra, exhortando a sus compañeros para que respetaran las leyes y no traicionaran al sistema. . .

Y ya pasado este río de los recuerdos, sin duda continuó su carta al Dictador Francia. Ahora, agregaba, que se retiraba de la vida pública en obsequio a los principios republicanos que la América entera proclamaba, de los que él había sido sostenedor desde el principio, pugnando por la libertad que debía asegurar la independencia. Estas últimas palabras fueron ya casi enardecidas. Es que de nuevo había llameado el heroico que llevaba consigo, el que nunca dormía. Y en esos instantes, casi rompió los pliegos que escribía. Sin duda lo hubiera hecho, si al levantar los ojos no hubiera visto el grupito sombrío y callado de sus últimos tenientes, todos aquellos que estaban allí, indios y negros, ya no soldados, caras que fué nombrando una por una y que en esos momentos rodeaban a su último gran teniente compañero: Matías Abacú. Todos esos eran iguales a las figuras de su galería de niño, eran los mismos. Ahí, en ese preciso instante, estaba el negro Joaquín de su niñez, con su caballo de la rienda, avizor y cauto, mientras su general escribía esa carta en el breve respiro que le dejaban sus perseguidores, esa carta que él quería adelantar al comandante de la guardia de Itapuá, para el Dictador Francia. . .

5 — Su último gesto, síntesis de sus ideales.

En su último campamento, en la Tranquera de San Miguel, hizo junta colectiva con sus tenientes y tomó algunas resoluciones generales, en cuanto al destino de la vida de sus amigos, antes que llegara la contestación de

Francia. Revisó sus agotadas bolsas del tesoro de su pueblo y se encontró aún con algún dinero. Eran cuatro mil patacones que hubieran podido ser más si su comandante no hubiera sido traicionado por Monterroso y apresado por Cáceres. Pero era todo el caudal existente, caudad que le hubiera sido muy necesario, que lo necesitaría en estos momentos sus propios familiares que en la Banda quedaron librados a su sola suerte. Pero Artigas pensó en sus bravos tenientes presos en la Islas das Cobras, en el Brasil: su hermano Manuel Francisco, Lavalleja, Bernabé Rivera, Berdúm, Otorgués, que fué también trasladado, desde un pontón, junto con otros orientales, Llupes, tal vez...

Buscó entre sus compañeros alguno que se sintiera capaz de tan larga y difícil travesía por entre bosques y serranías de cuatro extensos estados, para llegar a Río de Janeiro. Se ofreció para hacerlo un nativo de Rocha, Francisco de los Santos, que se comprometió a llegar hasta sus amigos prisioneros, al precio de cualquier sacrificio. El mensajero recibió de manos de Artigas la suma total sin que el Jefe se reservara una sola moneda. De los Santos recibió el dinero y el encargo de ponerlo en manos de Lavalleja para que lo aplicara en aliviar su situación y la de sus bravos compañeros cautivos. El mensajero partió a caballo por Libres, Brasil adentro, a cumplir tal misión que realizó con todo éxito.

Luego de esto el Protector reunió a su guardia y le dió libertad para elegir su destino. Algunos se dirigieron a la costa de Iberá, otros a Loreto. Pero los más, con Matías Abacú a la cabeza, no quisieron abandonarlo a Artigas y cruzaron con él por Candelaria, el 5 de setiembre de 1820, a territorio paraguayo, entregándose a la guardia que había mandado Francia para recogerlos.

Al atravesar el río, Artigas no llevaba consigo nada más que esos sus ochenta mendigos desastrados, ni más vestuario que una chaqueta colorada y una alforja, como así dijo en una carta el propio Francia. Lo esperó un oficial con veinte húsares que lo condujo a la Asunción, junto con alguno de sus allegados: el teniente Abacú, su viejo esclavo negro Joaquín, el sargento Ledesma... El resto

de las tropas que venían detrás y pasaron el río, fueron distribuídas por las guardias paraguayas en la jurisdicción del departamento del Campo Grande, y algunos concentrados en el campamento de Laurelty.

Esto sucedió exactamente el 5 de setiembre de 1820.

La revolución en su más profundo y total concepto, aquélla que continuaba del Plan de Moreno, y a la que Artigas había pretendido darle contenido social; la revolución que entendía que junto a la idea de la independencía debía marchar igualmente la de la transformación social de los pueblos del Río de la Plata, esa, por ahora, había terminado. Porque José Artigas, el sostenedor de esta lucha, había atravesado el barrancoso cauce del Paraná y había sido internado, tal vez para el resto de su vida, en el corazón de América.

Detrás de la escolta que lo llevaba Paraguay adentro, sólo quedaron polvos levantados marcando fugazmente el camino que recorrían. El verde lujurioso, maraña impenetrable del Trópico, fué cerrando detrás del Protector la senda que lo condujo al obligado o voluntario cautiverio, pero en definitiva su vuelta a la tierra.

•

XIII

SUS TREINTA AÑOS EN EL PARAGUAY

Del 5 de setiembre de 1820, día en que Artigas atravesó el Paraná, al 23 de setiembre de 1850, día en que murió en Iviray, media un largo tiempo de treinta años y dieciocho días que sigue siendo aún oscuro y contradictorio para la historia. Hay quienes piensan que Artigas permaneció cautivo, quienes afirman que vivió en voluntario ostracismo...

Internado del puerto de Itapuá, sobre el Paraná, llegó a la Asunción y la escolta lo entregó al Convento de la Merced. En el momento de su llegada había sido descubierta una vasta conspiración contra el Dictador Francia, que gobernaba con poderes absolutos, lo que no dejó de ser un grave inconveniente a su llegada. A pesar de ello, Francia ordenó que se le proveyera a Artigas de los efectos que pudieran serle útil para su decente vestuario, pues Artigas había llegado poco menos que desnudo al Paraguay.

El Protector escribió dos o tres cartas al Dictador con la intención de suministrarle importantes datos, le decía, pero Francia no aceptó la entrevista. Se limitó a enviarle su secretario para que se enterase de sus deseos y se los comunicara. El Jefe de los Orientales le manifestó entonces cómo se habían desarrollado los acontecimientos y cuáles eran sus ideas, y acabó pidiendo ayuda para reducir a los traidores comprometiéndose formalmente a defender al Paraguay en todo terreno. También solicitaba permiso para residir en el territorio de las Misiones, acompañado de su gente. Pero Francia no atendió su pedido y dispuso que Artigas quedara internado en el Convento donde le hacía atender con toda regularidad. De mañana y de tarde, todos los días, le visitaba el Prior y un ayudante

del Dictador, cuenta Artigas, con el objeto de saber de su estado y si necesitaba algo. Francia había ordenado darle una celda por alojamiento y que hiciera ejercicios y se confesara.

Ramírez supo por un agente suyo que Artigas había entrado en la Asunción y temeroso de que Francia le ayudara, escribió reclamando su presa. Francia no contestó. Volvió a repetir su pedido, alegando que Artigas tenía que responder en juicio público de todos los males que afligían a la América del Sur. Y para tener más éxito en la entrega, ofrecía al Dictador el libre giro comercial del Paraguay y las Provincias del Litoral. Francia por toda contestación hizo encarcelar al conductor del pliego.

La vida del Protector se hacía bastante insoportable en el Convento. En uno de los días en que el edecán de Francia visitara a Artigas, al preguntarle cómo se encontraba en el Convento, el Jefe de los Orientales le respondió:

—. . .Como un soldado entre frailes. . .

Llegado a oídos del Dictador tal contestación, éste dispuso su traslado, junto con sus ordenanzas, a la lejana Villa de Curuguaty, al Norte de la Asunción. Antes de marcharse para ese lugar, Francia le hizo proveer de numerosos efectos personales, entre los cuales se anotaban casimires, géneros de Bretaña, paños diversos, ligas de seda, pañuelos y sombreros finos, encajes ingleses, cristalería, vinos Carlón y de la tierra y otras menudencias que se pueden leer en una larga y detallada lista.

Poco antes de salir para el lugar de su internación, cargado con tanta cosa seguramente inútil, Artigas, conmovido por la gratitud, escribió una extensa y agradecida carta a Francia. Esta carta contestaba a la del Dictador que determinaba su destino y residencia que tan gustosamente parecía haber aceptado Artigas, según comunicara en los últimos días de diciembre. Y en el curso de enero de 1821, Artigas fué conducido por el Comandante de Curuguaty que vino expresamente a buscarlo. Lo acompañaban sus fieles servidores Joaquín y Ledesma.

En Curuguaty, en la pequeña villa de San Isidro el Labrador, a siete leguas de la capital al Noroeste del país, en ese lugar circundado de enmarañada selva y lejos de

toda comunicación y tránsito, Francia dispuso que Artigas se alojara en una casa con terreno de propiedad del Gobierno. Se le notificó además que en ese punto de su residencia quedaba libre. La evasión hubiera sido, por otra parte, imposible al menos de haber caído de inmediato en manos de los portugueses.

En esa villa recibió durante algún tiempo una asistencia económica regular. Desde ahí escribió una nueva carta al Dictador, llena de agradecimiento y elevada de palabra y pensamiento que bastante honra a quien le diera asilo. Hasta el año 1832, dos años después de la Jura de nuestra Constitución, Artigas recibió en Curuguaty la pensión de treinta y dos pesos que le había asignado Francia. Pero como el Protector, reintegrado totalmente a la tierra y ayudado por sus asistentes, prodigaba fuerzas al cultivo, viviendo de su propia cosecha, el Dictador le retiró la pensión al saber que Artigas, al no necesitarla mayormente, la repartía entre los menesterosos.

Su honrada vida, sus sencillas costumbres, su fervoroso método de trabajo, labranza y cultivo, sementeras y cosechas, su ayuda a los necesitados y desheredados, a quienes, por su siempre noble impulso, siguió vigilando luego bajo el título de Padre de los Pobres, bastaron para alcanzarle la profunda admiración y respeto de los nativos, al mismo tiempo que le proporcionaban, en naturaleza tan pródiga, un holgado medio de subsistencia. Su vida por veinte años, hasta el 20 de setiembre de 1840, fecha en que murió Francia, corrió tranquila y apacible, sin molestias ni perturbaciones en San Isidro el Labrador. Francia respetó siempre a Artigas en su aislamiento. Y Artigas volvió a la tierra en un conmovedor silencio y misterio que aún ahora nos conturba si pensamos, por un instante, que él había sido el más intranquilo y ardiente héroe de una lucha sin descanso.

Artigas había vuelto a la tierra, la siempre gran amante, había vuelto un sembrador penitente y un avasallante cosechador. En la Banda Oriental habían sucedido grandes hechos históricos: los Treinta y Tres habían realizado una heroica travesía, ganando batallas, carcomido un impero... Y Artigas estaba ahí sobre la tierra.

Se había declarado la independencia en su país y creado una nueva República en América, la República Oriental del Uruguay; se habían sucedido campañas y batallas; las grandes potencits de América habían ratificado esa independencia; se había elaborado y jurado una Constitución aunque sin duda distinta a la que él había soñado... Y Artigas seguía allí junto a la tierra.

Se habían sucedido las Presidencias tanto como las revoluciones; sus ambiciosos tenientes de otrora, tanto como los imperialismos extranjeros se disputaban el dominio de nuestros puertos y productos, pero Artigas, de espalda a todo, seguía escarbando la tierra en un ritmo invariable: sembrar, cosechar y repartir entre los pobres.

Tenía setenta y seis años cuando murió Francia. Sin embargo, su nombre sonaba todavía como algo peligroso. Por eso, tan pronto murió el Dictador, al primero que se engrilló fué a Artigas. Se le sacó curvado sobre el arado y se le remachó una barra de grillos en los pies. Justamente por este hecho Artigas supuso que habría muerto Francia. En seguras prisiones, como decía el decreto del nuevo Gobierno, se le retuvo por varios meses. Serenado el ambiente y nombrado Carlos Antonio López en el Gobierno, se libró orden al Comandante de Curuguaty para que le hicieran más llevadera su prisión y averiguaran si Artigas quería volver a su patria. Artigas contestó que prefería quedar en el Paraguay y el gobierno dispuso entonces, que se le atendiera en cuanto lo exigieran las circunstancias.

Dos meses más tarde, algunos ayudantes del entonces Presidente de nuestro país, Rivera, no pudiendo llegar personalmente hasta Artigas, le enviaron a la lejana villa los pliegos del Presidente Rivera para la reexpatriación del anciano, si ése era su deseo. Pero Artigas ni siquiera los abrió, los devolvió cerrados al Gobierno del Paraguay. Poco tiempo después, el propio López ordenó su traslado a un rancho de la chacra del Monorá, en donde vivió hasta 1845. De ahí fué trasladado a su última residencia, la quinta de Iviray, en un rancho que López, que lo trató personal y admirativamente, hizo construir en sus propias tierras, próximo al que ocupaba su propia familia, para Artigas.

Su fama a través de los tiempos había acrecido las leyendas que su lucha creara. Numerosas visitas en estos últimos años dan cuenta del héroe olvidado: el oficial Bravo que se atribuyó el único retrato de Artigas, hecho del natural, y que lo comenzó en la siesta de un día caluroso del verano del 46, dice, y al que Bompland dió los últimos toques. Otros prefieren suponer, con alguna razón, que ese apunte del natural no es de ninguno de los dos, sino del también naturalista francés Demersay, que lo visitó también en este tiempo.

En el correr de este año fué a verlo su hijo José María, que era oficial del ejército uruguayo. José María encontró a su padre, robusto, sano y ágil para todo, sin dejar de montar diariamente su caballo zaino que aún conservaba, cuidado por su leal asistente Joaquín. También lo visitó el General Paz, táctico militar y político famoso, quien lo encontró con sus facultades ya un poco debilitadas, o bien por la avanzada edad, o bien por la paralización física y mental a que lo había reducido Francia, escribió el argentino.

Todos los que llegaban hasta Artigas, no lo hacían sin duda con otra intención que la de conocer una de las más auténticas reliquias históricas del tiempo más intenso y borrascoso sucedido en el Río de la Plata. En 1847, Artigas, pobre y resignado, no era en verdad más que la imagen de un monumento en ruinas, como así expresara un oficial brasileño que lo visitó en tal fecha, y el que no se hartaba de estar frente a este hombre intrépido, de todavía mirada centelleante y pensamiento claro. Como Artigas, al preguntarle al oficial si su nombre sonaba aún en su país recogiera una respuesta afirmativa, luego de una pequeña pausa, sonriendo entre melancólico y burlón, comentó al oficial recordándole su situación:

—Es lo que me resta después de tantos trabajos... Hoy vivo de limosnas.

Lo que quedaba de tan recia figura era apenas un hombre de mediana estatura, delgado y corvado, sin barbas de acuerdo con la costumbre de aquel país, con largos rizos blancos cayéndole sobre los hombros, vestido siem-

pre con un poncho paraguayo, el clásico **carai** y apoyado en un bastón alto. A menudo andaba a caballo por la chacra. Vivía sencillamente: le bastaban un poco de agua y de mandioca; había alcanzado una extraordinaria resignación y serenidad en sus últimos años.

Ahí, en su quinta de Iviray, rodeado por un lado de oscuro boscaje y por otro, por las aguas de ese maravilloso río padre, en el fondo de una especie de valle grande y profundo, estaba su casa de dos aguas, construída de adobes, con su techo de tejas y su entramado de tacuaras y tirantes redondos de palma. A pocos metros de su casa se alzaba, se alza aún hoy, el corpulento maní grande, el **manduví-guazú,** y el **ivirapytá** o madera colorada, los dos árboles bajo cuya sombra el viejo Artigas se acercaba a la muerte, en sus largas siestas del trópico.

Montevideo vivía los últimos años de su asedio de casi diez años por las tropas rosistas y por el cual se había conquistado en el mundo el título de Nueva Troya. Estaba en su final la etapa feudal en el rosismo. En el mes de setiembre de 1850, la lujuria del trópico reverdecía y los árboles florecían salvajamente, en especial su manduví-guazú, que reía en el azul intenso de sus racimos. Pero José Artigas, postrado en cama, ya estaba casi insensible a la armonía casi infinita de la naturaleza y a las frutas que fulgían en las redondas copas de los árboles. Esperaba silencioso y sereno el fin de su día de guerrero en ostracismo o cautiverio, lo esperaba casi sin enfermedad alguna.

Y el 23 de este mes y año, haciendo esfuerzos aún por incorporarse en actitud de montar su caballo para morir de pie sobre las estriberas, como así pidió a su fiel Joaquín, y tal vez para escrutar un horizonte más infinito e indescifrable que el que le tocó avizorar en sus luchas, extinguiose serenamente el Jefe de los Orientales. Viajero entre verdores y perfumes, a los ochenta y seis años, marchose callado y sereno en medio de la luz infinita de una magnífica tarde de esas en las que el trópico parece quedarse con nuestro cuerpo para liberar definitivamente nuestro recuerdo. . . Vaciados de luz sus ojos quedaron mirando al cielo, delante de su buen y último amigo, el negro

esclavo de su niñez. En esa actitud se le podía ver más afinado su mentón, un poco desordenados sus cabellos blancos sobre la almohada, su frente más blanca y ancha en el espacio casi azul de la pieza, más curvada su nariz aguileña. Este perfil recordaba para el tiempo una antigua y discutida medalla : ¿otsracismo? ¿cautiverio?

Y en la mañana del día siguiente, un carretón sin toldo, traqueteando, llevó el cadáver del Protector desde su rancho hasta la fosa en el campo de los anónimos. Allí quedó el adulto, extranjero, José Artigas, en el número veinte y seis del tercer sepulcro del Cementerio General. Esos fueron los datos que anotó el cura enterrador. Apenas si lo acampañaron algunos vecinos y su inseparable compañero Joaquín, que lo lloró con lágrimas de casi cien años.

Seis años más tarde, unos comisionados, graves y solemnes, trajeron sus restos del Paraguay y los depositaron en la Aduana, en donde permanecieron un año. Luego vinieron a dar, finalmente, al Panteón Nacional en medio de un alto y recogido sentimiento nacional.

José Artigas, historia y mito, quedó de este modo reintegrado nuevamente y para la eternidad, al seno de su pueblo que ha reverenciado en él a su Héroe, ejemplo de patriotismo, desinterés y alto sentimiento de justicia social.

FIN

INDICE

INDICE

Cap. I

HISTORIA DEL ABUELO DE JOSE ARTIGAS

Cap. II

HISTORIA DEL PADRE DE JOSE ARTIGAS

Cap. III

NACIMIENTO E INFANCIA DE JOSE ARTIGAS

LA JUVENTUD DE JOSE ARTIGAS EN VAQUERIAS Y COMERCIO

Cap. IV

Cap. V

LA VIDA MILITAR DEL BLANDENGUE JOSE ARTIGAS

Cap. VIII

1815: EL PROTECTORADO DE ARTIGAS

Cap. IX

EL GOBIERNO DE ARTIGAS EN SU PROVINCIA

Cap. X

LUCHAS DE ARTIGAS CONTRA LA SEGUNDA INVASION PORTUGUESA

Cap. XI

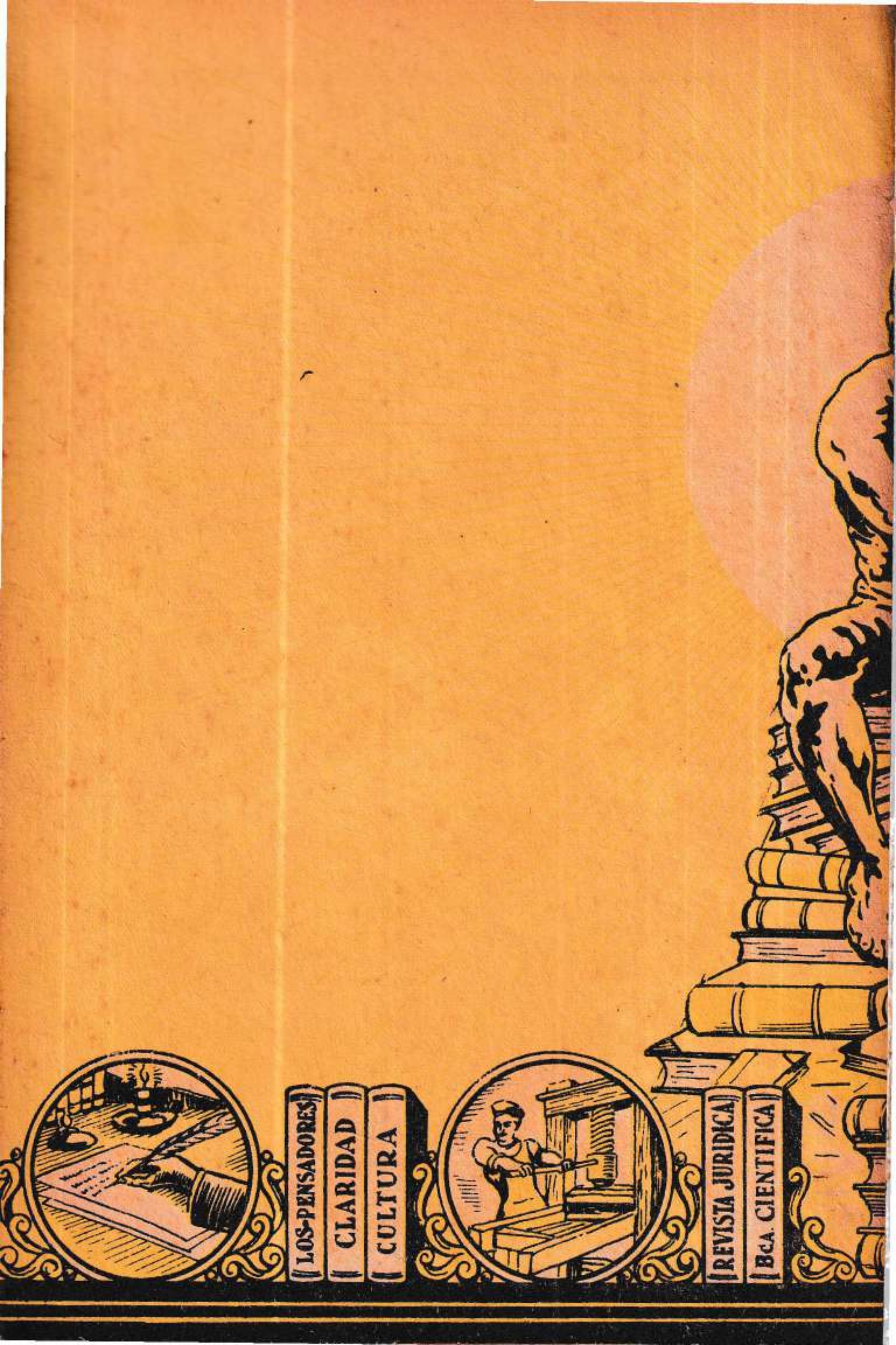
GUERRA TAMBIEN CONTRA LOS ARGENTINOS

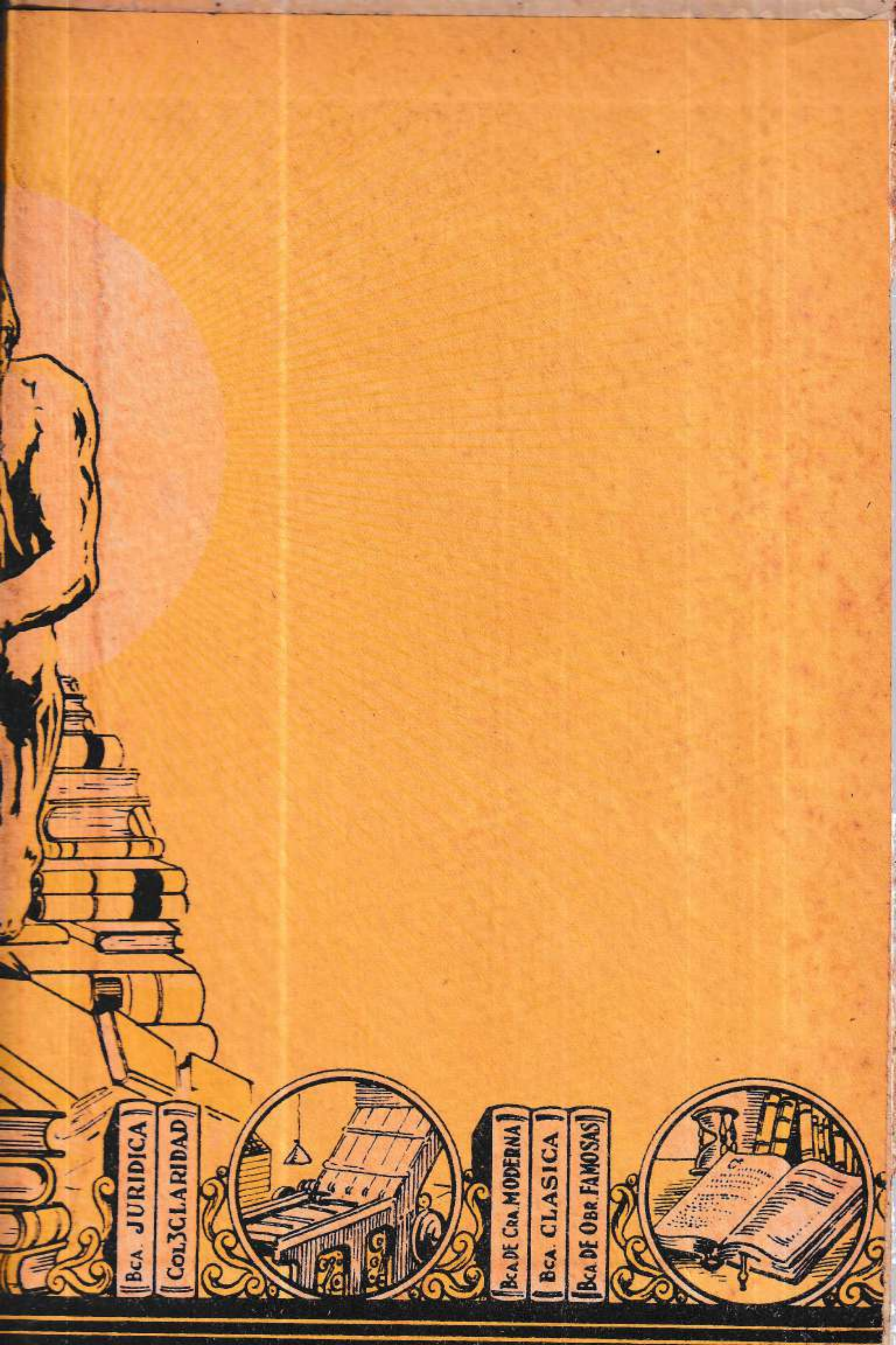
GUERRA DE ARTIGAS EN EL LITORAL

Cap. XIII

Cap. XII

Este libro se terminó de imprimir el día 17 de Julio de 1944 en los Talleres Gráficos "33" S. L., Piedras 522, para la EDITORIAL CLARIDAD
Sucursal Montevideo.


LOS-PENSADORES
CLARIDAD
CULTURA
REVISTA JURIDICA
BcA. CIENTIFICA



Bca. JURIDICA
Col. 3 CLARIDAD
Bca. DE Cra. MODERNA
Bca. CLASICA
Bca. DE Obr. FAMOSAS



S 1.50 m/u.